

LOS PRIMITIVOS (Tomo II)

Elías Reclús

El progreso se hace de general a particular. En los organismos inferiores todo está en todo, y el organismo sube y crece, a medida que se efectúa la división del trabajo.

Baer.

LOS NAIRES

O LA NOBLEZA GUERRERA Y LA FAMILIA MATERNAL¹

Un canto errático en campo cultivado, en medio de un jardín, un menhir levantando su cabeza de granito por encima de las vincas, clemátidas y rosas trepadoras, tal se nos presentan los naires, que en un Estado de los más cultos han conservado con tenacidad singular la costumbre de la Familia Maternal, una de las más antiguas de que tengamos conocimiento, y sin la cual muchos primitivos serían inexplicables. Esos residuos de prehistoria, incrustados en la civilización oriental, no son la menor maravilla del *País de los diamantes y piedras preciosas*.

Desde el cabo Comodín a Mangalora, entre los Ghats y el mar de las Indias, se extiende Malabar o Malayalam, palabra tomul que significa: «banda de terreno al pie de los montes». Poco de llanuras, suelo muy accidentado. El paisaje es muy parecido al que tanto se admira en las Sandwichs y otras islas de Oceanía. Lluvias abundantes dan al «jardín de la península» una vegetación feracísima. Del más pequeño terrón sale una flor, y hasta la arena verdea. Las olas del mar bañan los troncos de los cocoteros; por encima de los arrozales, sobre cada eminencia, se elevan bosquecillos de árboles: mangueros, bambúes, bananeros gigantescos, cactus de flores rojas, púpulas de follaje tembloroso, papayos de enormes hojas palmeadas, dispuestas en verticilos.

En medio de esa verdura están diseminadas pagodas y casitas blancas, por encima de las cuales el áreca, la más graciosa de las palmeras cimbrea sus palmas al menor soplo del viento. Entre los arrozales y campos de caña se atraviesan avenidas de ananás y áloes; a la más pequeña aldea se entra por entre dos hileras de árboles de sombra bienhechora. La naturaleza se muestra bella, el cielo clemente y la tierra generosa. Digamos con Firdousi: «El calor es fresco y tibia la frescura». En parte alguna tendría el hombre menos derecho a decirse y sentirse desgraciado.

* *Recuérdese que este libro fue escrito y editado (1907) en tiempos pasados.* Traducido del francés por A. López Rodrigo. Digitalización: KCL.

¹ Tanto para la idea principal, como para la mayor parte de los documentos en su apoyo, el presente estudio ha sido sacado de la monografía que Bauchofeu, un sabio y un pensador, ha publicado en los *Antiquarische Briefe: La Familla Maternelle chez les Nairs*.

El suelo fértil que produce tantas flores y tanto fruto sabroso, da origen a bellos tipos humanos, a hombres bien formados, a mujeres de admirables contornos. La población está mezclada. El comercio y la pequeña industria han enriquecido a Malabar, y, cual nueva Fenicia, la inmigración ha sido numerosa. Sobre un fondo indígena más o menos duro, sobresalen los brahmanes; los árabes moplahs y los malasios se han establecido y fijado en los puertos de mar frecuentados por los europeos. Los portugueses llegaron los primeros, luego los holandeses sobrevinieron, y los ingleses viven como dueños hasta nueva orden.

Los aborígenes se dividen en castas numerosas. En primer término está la casta aristocrática y guerrera, la de los naires. Aunque de origen sudra, dicen los brahmanes que ellos han llegado a oficiales militares y civiles, administradores de toda categoría. Con su subcasta formaban, no ha mucho, la quinta parte del contingente de la población. Venían en último lugar las tribus rústicas de los tchermour o autóctonos, y como intermediarios los tirs, emigrados de Ceilán, según se dice, foco de artesanos, agricultores y servidores domésticos, convertidos desde tiempo inmemorial en siervos y clientes de los naires, en medieros y cortijeros. Sus mujeres, por modestas y pudorosas que sean, no quieren usar ninguna clase de vestidos de la cintura arriba, diciendo que ellas no son prostitutas para cubrirse los pechos. Son hermosas y de espléndida cabellera. Las damas inglesas que las contratan como criadas y nodrizas, han intentado varias veces ponerles una toquilla en nombre del decoro británico, pero han encontrado siempre la firme resistencia que ellas mismas hubieran opuesto si las hubieran invitado a ir desnudas por calles y caminos. En Malabar, al final del siglo XVIII, el sultán Tippu pretendió imponer la costumbre de vestirse a los malayos que ganaban su vida extrayendo el jugo de las palmeras; llegó a ofrecerles todos los años la tela necesaria a expensas del Estado. Pero las pobres gentes dijeron que jamás se acostumbrarían a ponerse una piel sobre su cuerpo. Como sus humildes razones no eran atendidas, se decidieron, en masa, a abandonar el país. Visto ello por el soberano, tomó la determinación de dejarlos en paz en sus bosques. Los mismos naires cubren su cuerpo bien sobriamente; las mujeres, hasta las princesas, gastan pocas prendas más que los hombres.

Además de su fisonomía particular y ciertos detalles de su indumentaria, los brahmanes se reconocen por un penacho de cabellos que echan hacia delante, penacho que todos los otros se echan hacia atrás. Los naires se afeitan la cabeza no dejándose más que un pequeño mechón, con un nudo en la punta, que se extienden por la cabeza; las mujeres tienen el buen sentido de respetar toda su cabellera, de un negro brillante. Color moreno de aceituna, finas extremidades, talle elegante, actitud noble, porte distinguido. Es una raza bien hecha que, según el decir de Richard Bouston, se parece singularmente a los retratos que se hacían al finalizar el siglo XVIII, de los insulares del Pacífico.

Los naires del antiguo tipo eran guerreros espartanos, y tan caballeros como los de una Corte de amor. Todos sabían por lo menos leer y escribir; pero su principal educación se hacía en el gimnasio y en la sala de armas, en donde aprendían a despreciar el cansancio, a no preocuparse de las heridas y a demostrar una valentía que con frecuencia frisaba en temeridad y hasta en locura. Entraban en combate casi desnudos, lanzaban con igual habilidad su lanza hacia atrás como hacia adelante, tiraban con el arco tan diestramente que con frecuencia iba una flecha a picar sobre otra. Su extraordinaria agilidad les hacía temibles en los combates de los bosques y encrucijadas. Los que el príncipe reclutaba para su escolta, tenían vergüenza en no seguirle, y en esos casos uno solo hacía frente a cien. Oigamos a Pyrdard, que les vio en sus buenos tiempos:

«Los naires... son todos señores del país, que viven de sus rentas y de las pensiones que les concede el rey. Son éstos los hombres más bien formados, los más bellos y bien proporcionados que yo vi jamás. Son de color oscuro aceituna, y todos de alta estatura; por lo demás, los mejores soldados del mundo, atrevidos y valientes, fuertes y diestros en el manejo de las armas, con tal ligereza y agilidad de miembros que se doblan en todas las posturas

imaginables, de suerte que paran y esquivan sutilmente todos los golpes que se les pueden dirigir y se lanzan sobre el enemigo al mismo tiempo».

En resumen: jamás se vieron más brillantes soldados. Tal vez por eso su orgullo no era pequeño. Todo individuo de casta inferior que se hubiera permitido tocarlos o rozarlos con su aliento, venían obligados a matarle o a perecer ellos mismos. Aun hoy, cuando la policía les confía la custodia de prisioneros plebeyos, es interesante ver cómo no se aproximan a ellos, no pensando sino en mantener la distancia; parece que les temen. Han llegado hasta negarse a entrar en batalla con enemigos juzgados inferiores; hubiera sido faltarles al respeto oponiéndoles simples Tayeros, y a últimos del siglo antepasado, un príncipe hubiera creído ofenderles mortalmente poniéndoles ante adversarios simples, agricultores o soldados sin grandes honores. Pero esta vanidad no es sólo un hecho de los naires; todos los ejércitos aristocráticos tienen su dosis.

Véase sino lo que dice Rigord y Guillaume le Breton:

«En la batalla de Bouvines, los caballeros flamencos, después de haber derribado algunos hombres de armas, les despreciaron, no queriendo combatir sino con gentiles hombres... Se indignaron al ver que la primera carga dirigida contra ellos no hubiera sido dada por caballeros, según lo conveniente, sino por gentes de Soissou, conducidas por un tal Garín. Demostraron una repugnancia extrema en defenderse, porque es la última de las vergüenzas, para gentes salidas de sangre ilustre, ser vencidas por hombres de la plebe. Quedaron, pues, inmóviles en sus puestos».

Está prohibido reducir a prisión a un nair. Se defendía de una acusación contra él lanzada por la ordalía -cogía un hierro al rojo, lo llevaba alguna distancia, metía la mano en aceite hirviendo, e iba a tomar un baño en un estanque de cocodrilos-. Si la acusación resultaba probada, emisarios del rey tenían la misión de matarle donde fuera hallado, dejando la orden clavada en el cadáver.

Su divisa era: «¡Honor y galantería! ¡Amor y batalla! ¡Mi espada es mi amada!» En lo concerniente al honor, eran delicados y quisquillosos. Detalle digno de mención: las partes interesadas no siempre ventilaban sus querellas personalmente; amigos de ambas partes solventaban las diferencias, sobre todo si eran cuestiones de orden civil y en litigio había intereses considerables. Los segundos se tomaban el tiempo necesario, se ejercitaban en la esgrima, atendían a sus propios negocios; el encuentro podía ser aplazado hasta doce años, como último término. Las cuestiones de y en general los duelos judiciales, procuraban una pequeña renta al rey, arbitrio oficial cuya intervención era pagada según la fortuna de los litigantes.

En otro tiempo, en Malayalam se habían precavido contra el peligro de que el Estado cayera en poder de un viejo, y que de un monomaniaco decidiera las cuestiones interesantes. La Constitución exigía que el príncipe que hubiera reinado doce años, no ocupara el trono ni un día más; era preciso que el Hijo del Sol volviera al reposo después de haber trabajado durante un ciclo. A última hora presentaba al pueblo su sucesor, y luego le daba de puñaladas.

La costumbre tenía su razón de ser, puesto que otras poblaciones, en África notablemente, la pusieron en vigor. Pero a los príncipes reinantes, como se comprenderá, no les agradaba mucho el sistema, y si podían los burlaban. El soberano de los tolteques había obtenido una latitud bastante razonable; antes de que se le hiciera morir, sus pueblos le concedían cincuenta y dos años de reinado, la duración del ciclo mejicano. El buey Apis gozaba de su divinidad durante veinticinco años.

Fiestas magníficas y un gran jubileo se anunciaban en Calicut para cerrar dignamente el reinado del monarca. Llegado el gran día, el rey inauguraba por sí mismo sus propios obsequios, y yendo a la cabeza de una procesión, compuesta de sus más altos dignatarios, bajaba hasta la orilla. Cuando sus pies habían tocado el agua, bajaba sus armas, deponía su corona, se despojaba de sus vestidos, se sentaba sobre una almohada y cruzaba sus brazos. Después cuatro naires, a los que había rogado insistentemente que le prestaran un último servicio -el de degollarle-, tomaban un baño en el mar, junto al príncipe. Los brahmanes los purificaban, los vestían de gala, los empolvaban con azafrán, los rociaban con agua perfumada y luego les entregaban sable y escudo. Al grito de «A ellos», los campeones se arrojaban sobre los guardias, dispuestos en cerrado batallón alrededor del rey, y dando estocadas y cuchilladas intentaban abrirse paso hasta el hombre sentado sobre la almohada. Increíble o no, la leyenda afirma que más de uno de esos desesperados clavó su espada en el pecho real. El vencedor entonces subía al trono que tan bien había ganado: «Quítate tú para que yo me ponga». Después de todo, si el príncipe era impopular, los regimientos desafectos decidían la prueba de falta de destreza.

Parece ser que en los tiempos antiguos los arias enviaron a Malayalam expediciones conducidas por sacerdotes que se apoderaron del país, sometieron a sus habitantes a la servidumbre sin encontrar seria resistencia. Lo difícil que fue la conquista, las leyendas lo hacen suponer, presentándonos a Vichnú haciendo ante los hombres divinos emerger la tierra del fondo de los mares. Los recién llegados no tuvieron que partir con los kchatryas, o guerreros, que, por otra parte, hacían vacilar el poder de los brahmanes y los obligaban a sostener una lucha secular, en la cual los triunfos alternaban con los reveses. Pero es peligroso vencer cómodamente. No teniendo que contar ni con enemigos ni con rivales, los conquistadores ocuparon su actividad y habilidad en combatir entre ellos. Los sacerdotes señores, provocaban a los señores sacerdotes; los santos personajes se robaban y se destruían alternativamente, y después de haberse mutuamente debilitado, se vieron obligados a aceptar la soberanía de un príncipe temporal, con residencia en Qadesh. Las teocracias son fecundas en esas desgracias, inexplicables, según se dice. Pero las disensiones intestinas habían relevado poco a poco al elemento indígena, que dio origen a la aristocracia militar, llamada de los naires. Comerciantes árabes se establecían en los puertos, se enriquecían al mismo tiempo que el país, del cual hicieron un depósito de mercaderías de Europa y África, del Decán de la Persia y de la China. Poco a poco cambiaron en Malayalam el centro de gravedad, hicieron inclinar la balanza del poder. Como sectarios del Islam, se entendían mejor con los indígenas que con los brahmanes, henchidos de ortodoxia védica, hasta el punto de que una revolución estalló en la segunda mitad del siglo XII. El bajo pueblo, la aristocracia local y los comerciantes extranjeros, combinando sus esfuerzos, derribaron el régimen sacerdotal. Tcher Rouman, personaje histórico o legendario, cuyo nombre indica ser un representante de los «hombres del suelo», reunió los ejércitos, dio grandes batallas y obtuvo victorias. La facción sacerdotal sufrió la pena del orgullo que le había impedido confundirse con la nación; la nación sacudió el yugo, la obligó a declararse vencida y a entablar tratados. Tcher Rouman dividió el país en doce distritos, bajo doce gobernadores con residencia en doce ciudades, las más antiguas. Quilon fue reservado para los brahmanes, vencidos decididamente, que aceptaban o parecían aceptar el nuevo estado de cosas. La Cananora de nuestros mapas; Nannour, de donde había surgido la revolución, tomó un carácter esencialmente indígena. Otra ciudad, Caricot o Calicut, fue fundada y mantenida independiente para convertirse en almacén árabe, como cuartel general de la nueva confederación, y residencia del presidente, que tomó el nombre de Gran Tamoul. La sucesión al trono, que hasta entonces se había efectuado de padres a hijos, siguiendo el derecho de los conquistadores, fue en lo sucesivo entregada al sobrino, hijo de la hermana, conformemente al derecho primitivo.

Se adivina que la revolución que puso fin al régimen brahmánico, tomaba sus orígenes en el orden social; hasta entonces dos sistemas habían estado en lucha irreconciliable durante una larga sucesión de generaciones: el Patriarcado de las razas privilegiadas y el Matriarcado,

esencialmente popular y democrático. Así es que los brahmanes, a pesar de su fuerza y destreza, no pudieron imponer definitivamente a sus súbditos de Malabar el hábito que traza la demarcación entre dos mundos: el de los pueblos que tienen historia y el de los pueblos que carecen de ella. Nos parece que el gran hábito sobre el cual nuestras civilizaciones modernas están fundadas, debió imponerse por sí mismo, o hacerse aceptar sin grandes combates, si hubiera verdaderamente poseído la superioridad que se le atribuye. Pero no nos anticipemos a las explicaciones que daremos después.

La revolución popular triunfó sobre el sistema aristocrático; hizo más, se mantuvo, y el país entró en una era de prosperidad. Al finalizar el siglo XIII Marco Polo se maravillaba de la riqueza de las ciudades y de la riqueza de los campos; prosperidad que Camoens y los portugueses admiraban aún a mediados del siglo XVI.

Oigamos a Francisco Pyrard lo que dice sobre el particular:

«El Calicut, el Samori o Zamorin es uno de los más grandes y de los más ricos príncipes de la India. Puede poner en armas 150.000 naires, sin contar los malabares o mahometanos, tanto de su reino como de todos los piratas y corsarios del país, que son numerosísimos. Todos los reyes naires de esta costa son sus vasallos, le obedecen y ceden a su grandeza, a excepción del Cochín, con el cual vive casi siempre en guerra desde que los portugueses ocupan esta ciudad».

La llegada de los portugueses y su invasión, pacífica al principio, asestó el primer golpe a la existencia de la confederación, que después desagregaron y dismantelaron los holandeses, los franceses y finalmente los ingleses, los cuales consiguieron la total conquista.

Tres religiones se ocuparon en Malabar contra la familia maternal: la Brahma, la del Evangelio y la de Mahoma.

Según una leyenda que sería difícil de probar y de refutar, el apóstol santo Tomás hubo de abordar esos parajes, donde sus predicaciones le valieron las palmas del martirio, lo que se prueba por el hecho de que la tierra quedó roja en el lugar del suplicio. Los peregrinos que se administran esta arcilla, se sienten inmediatamente curados de sus calenturas y otras enfermedades (Marco Polo); prodigio parecido al de Tintah, en Egipto, en donde todo un campo quedó encarnado con la sangre de los mártires, en número de ochenta mil, todos degollados en el mismo sitio (Pablo-Lucas). La gloria de Santo Tomás penetró hasta en la Galia merovingia, y San Gregorio, escribiendo en la ciudad de Tours, dice que en la capilla mortuoria del apóstol «... una lámpara colocada delante de la tumba arde día y noche sin mecha y sin estar alimentada por aceite. El viento no lo apaga, jamás se vuelca y hace luz sin consumir. Está alimentada por una virtud del apóstol, desconocida para el hombre, pero se siente en ella el poder divino».

Es interesante oír lo que dicen los viajeros respecto a esos cristianos, los tomistas, llamados también jacobitas. Parece ser que poseen gran cantidad de libros que tratan de los sortilegios, con los cuales aseguran ellos que los sacerdotes hacen lo que quieren, y que los diablos les obedecen (Tavernier)... Ellos invocan a los santos, ruegan por los muertos, pero ignoran el Purgatorio. Su agudo bendita goza de propiedades milagrosas -sin duda porque está mezclada con la predicha tierra encarnada-, rechazan la transubstanciación, comulgan con arrak en vez de vino (Paoli), con pan de trigo fermentado, sazonado con aceite y sal, y para consagrarlo, hacen caer el bizcocho sobre el altar por un agujero practicado en el techo.

Lo mismo que la iglesia primitiva, celebraban ellos agapas con manjares sin sangre, arroz, pastas, miel y caña de azúcar. Para bautizar a sus hijos les imprimían en la frente el signo de la cruz con un hierro ardiendo; se dice que los cristianos de Abisinia conservaron mucho tiempo

esa costumbre, y en cuanto los habían marcado así, aun cuando fueran niños de pecho, les hacían comulgar bajo las dos especies. A los sacerdotes se les llama kassanar, se casan y llevan luego barba. El día de Viernes Santo revientan los ojos a Judas Iscariote; al postre presentan un bizcocho que cortan en pedazos; cada cual a su vez va y se como un pedazo. Por Pascua, los fieles relatan sus grandes pecados en un pedazo de papel, con los que llenan un cañón de bambú; luego disparan y la explosión lanza al aire los mil pecados de la comunidad, de los cuales ya no se hablará más. El censo de 1772 arrojaba una cifra de cuatrocientos mil jacobitas.

En tiempo de sus primeros fervores, esos nuevos convertidos, imbuidos de doctrinas traídas de Siria y de Armenia, pensaron constituir en Malabar un nuevo orden de cosas: abolir el antiguo matriarcado, inaugurar un patriarcado mucho más riguroso que le brahmánico. Declararon al sexo femenino sin ningún derecho a heredar y sus descendientes continuaron dándolo todo a los hijos, nada a las hijas.

Las conquistas de los portugueses hicieron al principio mucho favor a los cofrades cristianos los *Nasarani*, los cuales, por lo demás, no tenían necesidad de protección. La opulenta Calicut debía su prosperidad, su poder y su riqueza a la tolerancia de todos los cultos. «Cada cual vive en plena libertad de conciencia», observaba Pyrard, que no estaba acostumbrado a ver por entre los cristianos de Europa tal espectáculo. En 1541 sobrevino el sorprendente Francisco Javier, que, asistido por algunos compañeros, hizo la pesca más maravillosa que entrara jamás en la barca de San Pedro: quinientos mil hombres con sólo una redada. Él mismo se quejó varias veces de tener el brazo dolorido por el cansancio -los bautismos por cientos de cientos-, y lamentaba también no comprender una palabra de lo que le contaban sus neófitos. No hay duda que la secta pudo constituir un partido poderoso, gracias a los lusitanos, sentar definitivamente su poder, por el cual los cristianos de Occidente tomaron como un deber tiranizar a sus hermanos de Oriente, tratarlos como heréticos, lo mismo que hicieron con sus cofrades de Abisinia, no menos milagrosamente convertidos. Los jacobitas cometieron la imperdonable torpeza de no haberse sometido inmediatamente al obispo de Roma; se obstinaron en rechazar las nuevas plegarias, liturgias y encantaciones latinas, de las que no entendían ni jota, y en conservar sus fórmulas siriacas, de las que tampoco comprendían nada, pero las cuales decían haber sido dictadas por Nuestro Señor Jesucristo en persona; se defendían diciendo que sus fórmulas sacramentales perdían fuerza y virtud desde el momento que sufrieran la menor reforma, aun cuando no fuera más que en la pronunciación. De las dos partes se obstinaron más en aquello que conocían menos.

Las cosas estaban ya bastante mal, cuando aparecieron los jesuitas. La misión romana cayó en gracia de los príncipes, de los habitantes y hasta de los sacerdotes. Se llamaban a sí mismos los brahmanes de Occidente, se vestían como brahmanes y comían como tales, demostraban disgusto por todo lo que no era del agrado de los brahmanes, se adaptaban a las prácticas y costumbres de los brahmanes, hicieron decidir, por un concilio de su devoción, que el cordón sagrado, llevado por los brahmanes, en su calidad de regenerados, o «dos veces nacidos», está desprovisto de toda significación religiosa, y no tiene más que un valor de distinción social, puramente social. Ellos mismos imaginaron dividirse en jesuitas de alta y baja casta; y cuando un jesuita llevado en un palanquín encontraba a un compañero marchando a pie, los dos jesuitas parecían no conocerse. Esforzándose para dar a sus doctrinas el color brahmánico, llegaron a forjar un quinto libro de los Vedas, que fingieron descubierto por casualidad. En él estaba contenida toda la revelación cristiana. Brahmanizando para que los brahmanes se cristianizaran, hicieron tal amalgama de ritos brahmanocristianos y cristianobrahmanes, que entre Cristo y Krichna no se hubiera podido distinguir. Pero hicieron a miles las conversiones. Nadie mejor que ellos practicó el precepto dado por el apóstol San Pablo. «Hacerlo todo a todos».

Más severos, mucho más severos, los carmelitas y dominicos, reprimían esa conducta con vehemencia, no escatimando los epítetos de perjuro y superchería. El Papa no sabía a quien escuchar. Pero unos y otros estaban bien de acuerdo para tratar a los pobres jacobitas con rigor inflexible. Las hazañas de la Santa Hermandad en Malabar y Ceilán, las hogueras y los autos de fe de Goa, fueron tristemente célebres. Numerosos jacobitas se marcharon a otros países, su obispo se refugió en las sierras, lo que le valió el sobrenombre de «prelado cimarrón». La Inquisición trabajó tan bien, que suprimió la mayor parte de los heréticos, es decir, de los cristianos primitivos.

Los supervivientes acogieron con suspiros de satisfacción a los holandeses que, en 1663, se apoderaron de Malabar. El arzobispo huyó a su vez, pero al arremangarse la ropa para correr, lanzó rayos de excomunión sobre su cofrade el obispo siríaco y sobre todo el viejo partido que se decía de Santo Tomás apóstol.

«¡Oh, que bello ver los hermanos entre ellos unidos por igual amor!».

A su vez, los holandeses impusieron su fe dogmática; exigían a los guardas rurales y a los jueces de paz una declaración de conformidad con la Confesión helvética; hasta para firmar un simple arriendo de cortijo, era necesario demostrar, sentir la nueva fe. El Formulario de Dorrecht era repetido bajo los mangueros donde chillaban los papagayos y se arrullaban las palomas.

Por encima de esto llegaron los ingleses, quienes substituyeron la acción de los *dominies* por la de los reverendos y misioneros anglicanos. Pero su propaganda careció de celo y sus correligionarios se indignaron de tal tibieza. En efecto, los cristianos desaparecían como por encanto, no se encontraba ni uno en distritos enteros, donde antes se contaban por miles.

En medio de todos esos reveses, se había perdido de vista la cuestión del matriarcado. No obstante el ímpetu del primer ataque, el cristianismo no había podido derribar la antigua institución; hasta es permitido suponer que si no hizo mayores progresos durante tan larga existencia, es porque no podía tener el apoyo de aquellas que él excluía de la propiedad, de aquellas a quienes negaba todo derecho, a las que restringía la libertad y la independencia. Pues en ese país, las mujeres son más influyentes y respetadas que en parte alguna; desde tiempo inmemorial, la costumbre de Malabar no permitía que una persona del sexo femenino fuera condenada a muerte; sólo en los casos de excepcional gravedad, la criminal era vendida como esclava, o expulsada fuera de las fronteras.

Donde la cruz había fracasado, el Islam no parece ni siquiera haber intentado el éxito. Ya hemos visto cómo se había aliado con los indígenas contra la dominación brahmánica. Los rigoristas musulmanes no han cesado de reprochar a los árabes de Malayalam la debilidad de su proselitismo, la tibieza de su oposición a un sistema evidentemente contrario a la ley de Mahoma. Aceptando lo que sentían no poder impedir, esos emigrantes habían contraído matrimonio con las hijas del país, dando origen a la raza mestiza de los Mapillas (nobles), y adoptado, sin violencia al parecer, la herencia siguiendo la línea femenina, régimen que del tío maternal hace el jefe de la familia, y que han aceptado igualmente los musulmanes y los laquedives.

¿Qué fue, pues, esa «familia maternal» que se mantuvo al través de tantos obstáculos, tantas invasiones y durante tantos siglos, esa familia a la cual los naires y la mayor parte de los hijos de Malabar se nos presentan tan fuertemente unidos?

Después que los memorables trabajos de Ba-Mofen y de Mac Lerman han abierto a la ciencia social nuevos horizontes, se sabe que fue, no bajo la influencia paterna, sino de la maternal, cómo la humanidad emergió de las promiscuidades primeras. Largo tiempo se ignoró la paternidad, largo tiempo la parte que el hombre toma en el acto de la generación pasó por

secundaria, o por imposible de determinar. Fue, pues, bajo la influencia de la maternidad, hecha tangible, cómo se elaboró y desarrolló la noción de raza, de familia, de particiones y de herencias.

Al principio, todas las mujeres pertenecían a todos los hombres de la tribu indistintamente. Entre los niños que no tenían otro padre que el conjunto de los guerreros, no podían distinguirse sino por las madres, y de ahí los *clanes* maternos que existieron por largo tiempo sin rival; se han mantenido en la mayor parte de los pueblos salvajes y semibárbaros, fueron reglo entre los antiguos etruscos, campanios, atenienses, argianos, pelagios, licianos y carienses, para no citar más. Aun en el año 33 Ptolomeo Filadelfo, la matronimia era ley en Egipto; los partidos que intervenían en los actos públicos aparecían como hijos de sus madres, no mencionando a sus padres; hasta el recién casado perdía su nombre para tomar el de la mujer,² entregaba a su esposo todo lo que poseía, en previsión de la familia que tendría; no se reservaba nada como propio, deseando solamente el buen trato durante toda su vida y después una sepultura conveniente.

Tal familia, tal propiedad. Cuando la propiedad tomó forma y existencia, la transmisión se hizo por línea directa de la mujer. El «matrimonio» precedió al «patrimonio». No creemos necesario citar la «costumbre de Boreges» o la de los antiguos íberos. No salgamos de la India inglesa:

«Los nicaborianos prefieren las hijas a los hijos. No es el hombre quien elige su compañera, para hacerla entrar en su choza, sino la mujer la que escoge su compañero y se lo lleva a la suya. Los padres que sólo tienen hijos pasan una triste vejez. Delegados por los hijos uno tras otros, mueren en la soledad y el abandono; los que tienen la suerte de tener muchas hijas son en su vejez el centro de una familia engrandeciente». (Vogel).

«Entre los khassias de los Montes Garro, los bienes pasan de madre a hija. La mujer, directora de la comunidad, vive en su casa con su propiedad; se elige un esposo a su gusto y ni mira mucho el divorciarse. Es verdad que ellas trabajan más que los hombres; esas son las que transportan en grandes literas a los viajeros que atraviesan el país». (Stell).

Los pani kotch, vecinos de los precedentes, reconocen a sus mujeres una situación privilegiada, que ellas legitiman por un trabajo más activo e inteligente que el del sexo masculino. Ellas son las que remueven el suelo, las que siembran y plantan; ellas hilan y tejen; ellas fabrican la cerveza; ellas no retroceden ante ningún trabajo, no dejando a los hombres sino las ocupaciones más groseras. Las madres de familia casan a su progenitura en edad tierna; gastan en las comidas de boda la mitad menos por el cónyuge hombre que por la mujer. En cuanto a las muchachas adultas y a las viudas, saben muy bien encontrarse un esposo; a las ricas no les faltan frecuentes partidos. El preferido va a vivir a casa de la suegra, que reina y gobierna, tomando a su hija como primer ministro. Si el consorte se permite gastos para los que no ha sido directamente autorizado, él los saldará como pueda. Se ha visto vender como esclavos a padres de familia, por negarse la esposa a pagar las multas a que habían sido condenados; -le era lícito, en esos casos contraer matrimonio-.³

Ningún pueblo se complugó más que los naires en la familia maternal, nadie la ha desarrollado más lógicamente, aun en contra de los obstáculos acumulados contra esa institución, por una raza admirablemente inteligente, dotada privilegiadamente para la victoria.

Los brahmanes, esa casta orgullosa y de inteligencia refinada, ¿cómo hubieran renunciado a explotar esos pueblos sencillos y cándidos? Entre el patriarcado y el matriarcado, entre esos dos sistemas de filiación, la conciliación pareció imposible, infranqueable. Sortearon el

² Revillont, *Papyrus d'émotiques*.

³ Hodgson, *Journal of the Asiatic, etc.*, 1849, Dalton.

obstáculo con ingenio, con una perseverancia digna de la raza sacerdotal. Era evidente, y así lo tenían que reconocer, que la población indígena no quería de su sistema de familias. Y no obstante, su ley era terminante; ellos no podían, no debían abandonar su filiación por el padre, si condenarse ellos mismos a la desherencia, sin declarar que se habían engañado. Ya veremos cómo se las arreglaron.

Los naires amaban a su familia más que a ninguna otra cosa en el mundo: es el fin único de su existencia. Como todos los indos, tendrían por inferior al hombre que, con propósito deliberado, se negara a ser padre y se privara de los dulces cuidados que procura la educación de un niño; se indignan contra la joven que se niega a ser madre;⁴ parece ser que en el otro mundo es condenada a terribles castigos la que no ha reproducido la especie. Las once mil vírgenes, gloria de Colonia, hicieron bien en presentarse delante de San Pedro, que las recibió con honor en el paraíso cristiano; del paraíso tamul jamás hubieran ellas franqueado el puente levadizo. Se casa a las malabares a los doce años, y hasta antes; un astrólogo elige el día feliz para la fiesta, que se celebra con gran pompa; se han convocado músicos y comediantes, saltimbanquis, bailarines y bailarinas. Los parientes próximos o lejanos están todos presentes. El tío y los hermanos de la casada reciben las visitas, las presentan a la madre y a las hermanas, ataviadas con sus mejores vestidos. La damisela y el señorito que se le ha elegido como esposo, hacen su entrada. Con gran ceremonia se les rodea al cuello una cadena de oro con dos preciosas gargantillas, y encadenados así el uno con el otro, van y vienen ante la asamblea. Después de dadas algunas vueltas se les separa, pero inmediatamente el esposo anuda a la garganta de la esposa un *talí*, equivalente indo de nuestro anillo nupcial. Es un cordón al cual se le ata alguna bagatela simbólica: una piedra preciosa, una hoja de oro arrollada como cuernecillo y atravesada por un hilo de seda. Luego de atado el talí, a los jóvenes esposos se les declara unidos en nombre de la ley, y las diversiones empiezan. Después de cuatro o cinco días de fiesta, los asistentes a la boda son despedidos, hasta el recién casado. Se le dan gracias expresivas por el servicio hecho:

«Les reembolsaremos sus gastos, les regalamos un traje completo y les ponemos en la mano una docena de pesetas, después de lo cual se les hace cuestión de honor no molestar con su presencia en la habitación conyugal».

Un semibrahman, algún hermano mayor, franciscano o capuchino, como si dijéramos consiente a veces hacer por sí mismo y en persona la colocación del talí; pero sea dicho en honor de la desposada, rechaza la obra marital, para consumar la cual es preciso llamar a un cualquiera pagado a precio convenido. Marco Polo, a quien esos esposorios maravillaban, cuenta en sustancia:

«Los patamares, traginantes y obreros del puerto, contratados para la tarea, regatean sus servicios y discuten la remuneración; pero si el precio que pretenden es muy elevado, se dirigen a los árabes y extranjeros, que trabajando gratis y sin hacerse de rogar, serían preferidos a todos los otros si supieran alejarse a tiempo. Más de un viajero bien formado y de aspecto agradable ha sido sorprendido por la proposición que le hacía de casarse inmediatamente con alguna encantadora criatura; pero después del casamiento costaba gran pena a la familia hacerle comprender que era indiscreto continuar por mucho tiempo, y peligroso volver. No obstante, la así casada llevará toda su vida el precioso talí alrededor del cuello, no quitándoselo en caso de que el hombre que se lo puso muriera. Entonces se vestirá de luto, se purificará tomando el baño y todo habrá terminado».

Eso se parece poco, hay que declararlo, a las lagrimosas historias que se nos han contado acerca de la «viuda malabar».

⁴ «Si una joven llegada a la época núbil, y muere sin haber tenido relaciones con un hombre, los prejuicios de la casta exigían que el cuerpo inanimado fuera sometido a una copulación monstruosa». Abate Dubois, *Moeurs de l'Inde*.

Detengámonos un instante para consignar el hecho de que esos curiosos casamientos son una remembranza de la época brahmánica, cuando los conquistadores se esforzaban para imponer una institución a un pueblo que no la quería. ¿Es que los habitantes, jefes de familia, eran maltratados si no podían satisfacer las prescripciones del casamiento legal? Pues tomaban bravamente su partido y se casaba por la forma, acordando ambos cónyuges no tomar en serio el compromiso contratado. ¿El oficial del registro civil exigía una partida? Se le presentaba el acta. Pero ningún policía podía obligar a los esposos a quererse, no podía obligar al padre a ocuparse de niños que le eran indiferentes. Ya podían declararle autor auténtico de su progenitura; él levantaba los hombros. La paternidad era nada en un país donde todos los niños tienen su madre, pero que nadie sabe quién fue su padre. No quiero esto decir que la filiación fuera siempre incierta. Había princesas, altas y poderosas damas, que se permitían la fantasía de tener un amante declarado, y hasta había quien no poseía uno solo. En Caunour, Buchanan fue a presentar sus respetos a la Bibí, que le recibió muy atenta y le presentó al padre de sus hijos. En la comida de gala que ofreció al viajero, el marido de la reina comía de oficio. Los príncipes y reyes tenían amantes, con cuya fidelidad podían contar, y las cuales conservaban a su lado toda la vida; pero los hijos no reputados de sangre regia, pertenecían a la familia de la mujer, o a ésta solamente. Hasta aquí habíamos creído que, de todos los goces, los de la paternidad eran los más dulces y profundos... Y he aquí hombres que los ignoran. Habíamos creído la paternidad un sentimiento natural... No es más que una idea adquirida.

Por todas partes el casamiento es o ha sido la toma de posesión de la mujer por el hombre. La costumbre malabar es excepción de la regla; las bombas no tienen otro objeto que emancipar a la mujer y hacerla entrar en sociedad. Para adquirir su independencia toma ella un amo; con el contrato de servidumbre en la mano, adquiere ella la libertad de su persona. Con tal de que lleve su talí colgado al cuello, está libre hasta del lecho conyugal. No es la primera vez que se ha visto un símbolo vaciarse en su contrario, y una institución desnaturalizarse y cambiar completamente. Pero volvamos al asunto:

La esposa emancipada reside con su madre, hasta en caso necesario en casa de un hermano, a menos que ella no prefiera instalarse sola. Ella espera procurarse vida alegre, unirse con quien quiera, pero no con su marido legal, la opinión no la perdonaría. Las primeras presentaciones se hacen por su madre y por un tío materno. En el Norte de Malabar, donde la progresión hacia la familia maternal es más avanzada, las conveniencias no permiten a la mujer tener más de un amante a la vez. Pero en el Sur, donde nosotros describimos la costumbre, la mujer es tanto más considerada cuantos más amantes tiene, cuatro, cinco, seis, siete, pero no más de diez o doce: todo tiene sus límites. Según las conveniencias recíprocas, cada uno es huésped privilegiado durante veinticuatro horas, una semana, una o media década. ¿El rey del día quiere evitar las visitas, librarse de los importunos? Pues cuelga en la puerta su cinturón, del que pende su espada o su cuchillo; ya se sabe lo que ello quiere decir.

¿Y qué hacer, además, del servicio de la reina? Lo que se quiere. El *semanario* de un grupo es libre de postular sus funciones en otras partes; él se presenta, es admitido o rechazado, va, viene, sale o entra. Donde hay coacción no puede haber placer. Los accionistas de esas Sociedades con capital variable, contribuyen cada uno con su cuota a los gastos del establecimiento. Quién provee los víveres, quién los licores, éste el jardín, el otro las ropas... El amante primero, el favorito, es el encargado de los vestidos, artículo que no alcanza gran valor, pues bajo tan agradable clima las gentes se visten poco; cuanto menos cubren las ropas más se enseñan las perlas y joyas. Las mujeres cuidan especialmente de sus cabellos; se admira el talle elegante, el aspecto decente y agradable, la amabilidad de sus modales. En principio los regalos no son costosos; es regla que debe procurarse a las hermosas una existencia confortable, según el boato a que ellas estén acostumbradas, pero nada más. Ellas desean divertirse, pero no enriquecerse. Si una mujer es libre de tener su docena de caballeros, éstos a su vez son libres de tener otras tantas amantes, entre las cuales distribuyen la parte de abastecimiento que les corresponde, ropas, armas, caballos y objetos personales. Cuando la

amante devuelva a uno de sus galanes lo que de él ha recibido, se sobreentiende que no debe molestar con sus visitas y buscar fortuna en otra parte.

Se ha pretendido que ese género de vida había sido imaginado por los soberanos y legisladores, con objeto de crear una aristocracia guerrera, indiferente al lucro, insensible a las atenciones de la familia y a la ambición. Pero ese género de vida no se inventa. Insistamos en el hecho de que esas costumbres son las de los nobles y gentiles hombres; el bajo pueblo no tiene ni bastante fortuna ni suficiente tiempo para hacer una vida cuyo móvil principal no es el trabajo, sino la diversión. Esa libertad de costumbres es privilegio de las clases directoras, su prerrogativa especial. Un nair puede liarse con ésta o con la otra, puede otorgar sus favores a quien le plazca, pero no por eso se envilece. Hace tres siglos, los casados con clases inferiores eran asesinados por sus iguales. Actualmente tales infracciones no se castigan con la muerte, sino con el deshonor. En otras partes el adulterio es de individuo a individuo, aquí es de casta a casta.

«De noble señor a honesta dama», por emplear el lenguaje del señor Brantome, no puede haber más que honestidades, pero mezclarse con un villano ¡quita allá! El Zamorin puede tomar como favorita cualquier joven hermosa de la aristocracia; todo el mundo debía hacer cuestión de honor complacerle; pero ¡oh desgracia! si una princesa hubiera distinguido a un plebeyo con sus favores...

Insistamos sobre el más interesante aspecto de esta familia malabar, que ha llegado tan primitiva hasta nuestros días: sucesión de madre a hija, y del tío a los hijos de la hermana mayor; la casa dirigida por la madre o la mayor de las hermanas; la poliandria y la poligamia codeándose o inextricablemente mezcladas, gracias a la institución de los «matrimonios societarios». Así es que cada mujer tiene varios maridos y éstos a su vez tienen varias mujeres. En tesis general, la poligamia es el hábito de los ricos y poderosos, tales como los naires y la alta sociedad; la poliandria el recurso de los pobres, tales como los carpinteros, los joyeros y forjadores. La una forma es más frecuente que la otra, tanto en Malabar como en varias partes de la India, y notablemente en Ceilán. La forma más sencilla y general es la poliandria adélfica, en la cual varios hermanos se unen a una sola mujer. Los cinco Pandovides se habían casado con una esposa común; lo cual no impidió que cada uno de ellos corriera sus aventuras, contrajeran matrimonio por su cuenta, pero las esposas que ellos traían al grupo, debían aceptar todas la supremacía de la primera, de la incomparable Krishna Draupadi (Duncan). Siendo aún la costumbre bastante general, no citaremos más que ejemplos del pasado y en pequeño número: la Arabia Feliz, donde la mujer era común a todos los hermanos (Strabón); Esparta, donde era lo mismo en las familias pobres, y las Canarias, según Bethencourt.

Los hermanos naires se juntan para mantener a una mujer; en cuanto a sus hermanas, viven como hetairas; y por excepción singular, verdadera paradoja social, necesitan ser casadas para gozar la libertad de los amores. Observación importante: la *conyugalidad* está aquí dominada por la fraternidad, o, si prefiere, por el adelfismo; las relaciones entre esposo y esposa, entre amante y querida, son menos íntimas que entre hermanos y hermanas. En nuestro ambiente, y bajo la influencia de las ideas adquiridas, la cosa parece inexplicable y casi contra naturaleza; pero allá, ni siquiera se supone que pueda ser de otro modo.

La madre reina y gobierna; tiene en casa, como primer ministro, a la hija mayor, la cual transmite órdenes a todos sus inferiores. En las grandes ceremonias de antes, el príncipe reinante mismo cedía el paso a su hermana mayor; con mayor razón reconocía la primacía de su madre, ante la cual no se atrevía ni siquiera a sentarse sin que antes le diera ella permiso; tal era la regla en el palacio como en la más humilde residencia de un humilde nair. Los hermanos obedecen a la mayor, respetando a las segundas, con las cuales, durante la primera juventud, evitan el vivir solas, por temor a una sorpresa de los sentidos. Las relaciones son muy diferentes según las edades. La lengua tamul, aunque distingue a la mayor y las segundas,

siguiendo su rango, carece de expresión que equivalga a nuestra palabra genérica de hermano. ¡Cuántos observadores superficiales llegarían ligeramente a la conclusión de que este pueblo mal nacido no conoce el amor fraternal!

Los hijos, no obstante, no vienen obligados a residir con su madre; tienen la facultad de crearse nuevo hogar. Quien quiere abandona la casa materna, llevándose consigo a la hermana preferida, que tomará la dirección de la casa. La esposa viene en segundo lugar, debiendo a la cuñada sumisión y respeto. ¿Surge un conflicto? El marido defenderá la causa contraria a la de su cónyuge, la cual también le sacrificará si los intereses de su propio hermano están en juego. Si el esposo muere, inmediatamente después la esposa se marchará con sus hijos; cualquiera que haya sido su cariño y fidelidad hacia el difunto, ni siquiera se pensará en que se quede con la familia. El amor conyugal, piensan los naires, es cosa pasajera, y la amistad entre hermano y hermana la tienen por cosa duradera. La epopeya de los *Nibelungos*, bajo su forma primitiva, atestigua tal estado de cosas, que se ha perpetuado en varios países, notablemente en Servia - como prueban los cantos populares- y entre los yorubas de Abekoutas, entre los cuales los derechos del hermano privan los del marido y hasta los del padre.

Sin clamar contra la costumbre que prevalece hoy, y admitiendo que nuestros civilizados tienen sus razones para hacer lo que hacen, hay que reconocer, no obstante, que la costumbre malabar simplifica singularmente el Código civil y el Código penal. Nada de procesos por adulterio, por divorcio ni por separación de cuerpo o de bienes, nada de dificultades por la herencia... ¡Qué descanso!

¿Pero cómo se portaron los brahmanes ante una institución que deshizo su poder, porque ellos quisieron deshacerla? ¿Podían acaso reconocer que estaban equivocados? No, porque eran sacerdotes. Por eso no han cesado de combatirla o declararla buena, a lo sumo, para pueblos atrasados y castas despreciables. Todos ellos se dicen más nobles que el rey, y los tambouran no les llegan ni al tobillo. A un noble le basta que un paria se le detenga a los treinta y dos pasos, pero los sacerdotes e hijos de sacerdote exigían doble distancia. A sí mismos se llamaban soberanos legítimos del país. Antes de la conquista por los ingleses, el Zamorin, por la gracia de Dios, se creía el autócrata y dueño absoluto... ¡Qué error el suyo! El último de los sacerdotes le era infinitamente superior, si la religión no ha mentido. «Somos nosotros, decían ellos cuando se les quería escuchar, los verdaderos reyes del derecho divino. Ese tambourí que se dice monarca, no es, de hecho ni de derecho, más que un usurpador. Esos naires orgullosos de sus riquezas y de las hazañas de sus antepasados, no son, después de todo, sino impuros sudras. En cuanto a nosotros, seres de esencia sobrehumana, inmortales disfrazados bajo envoltura mortal, viajamos sobre la tierra sólo para ver a nuestros creyentes y hacerles gozar de nuestros beneficios. Nosotros sentimos hacia ellos ciertas bondades, y aun a costa de algunas gotas de nuestra preciosa sangre, queremos elevarlos por encima de la animalidad, pues el cielo quiere esparcir sus gracias sin mirar demasiado dónde van a caer. En que nosotros somos verdaderamente divinos, teniendo por nombre *Manoushya Devah*, dios entre los hombres».

¿Olvidaron ellos que fueron amos del país y señores temporales y espirituales? Una revolución, es cierto, los echó del poder, pero sólo después de seis o siete siglos. No ha habido prescripción. Hablando en nombre de Dios «que vive siempre», teniendo del Eterno y de la eternidad llena la boca, los sacerdotes miden el tiempo de otro modo que los simples laicos, teniendo sobre estos la ventaja de no aceptar jamás los hechos consumados. ¿Es que los brahmanes de Travancord se alababan de conquistar su antigua Kerala? No, puesto que ya lo han hecho. Provisionalmente han delegado el poder militar. Todo joven noble, al ceñir la espada que le hace caballero, recibe la prescripción: «Protege las vacas, defiende los brahmanes». Ellos dicen ser infinitamente superiores a los demás hombres. Se les toma por tales y no aceptarían honor y confort: ¿*Otium cum dignitate*? Ellos han enseñado al pueblo: «Si los nambourís sufren algún disgusto sobre la tierra, la santa Trimourtí se irrita en el cielo»; el buen pueblo lo cree.

«... Las llanuras al pie de los Ghats emergieron del fondo del mar por orden de Vichnú, que las leyó a sus amigos los brahmanes, bajo la condición de que se sumergirían bajo las aguas si cesaban de estar regidas por los príncipes nacidos de sangre brahmánica. El país entero debe servir, con todas sus rentas, a la erección de templos y fundaciones piadosas; de ahí su nombre sagrado de *Kerm Baoumí*: “la tierra de las buenas obras”».⁵

Otra leyenda,⁶ contaba para la moralización de las masas. Se trata de los nagas o serpientes; - las serpientes terrígenas simbolizando la población autóctona-. Resumamos:

«Los nagas, malditos por su madre, habían sido condenado todos a perecer. Se les degollaba, iban a ser exterminados hasta el último, cuando se presentó el joven príncipe Artika, brahmán por el padre, naga por la madre, investido por consecuencia con todos los derechos, con los dados por el patriarcado y los conferidos por el matriarcado. Artika, apiadándose de todos los miserables, obtuvo su gracia y recogió los tristes despojos. Un hijo del Sol había por fin querido infundir con su sangre generosa la raza de los ilotas, salida de la Tierra: su descendencia brahmánica efectuó la reducción».

Esa leyenda, inventada evidentemente por las necesidades de la causa, explica la policía brahmánica: puesto que esas sencillas poblaciones matriarcales no querían reconocer más que la madre, nosotros les suministraremos padres, si tal es nuestro interés. El patriarcado explotará al matriarcado.

¿Pero cómo esa sublime aristocracia podía unirse a naires, apenas dignos de besarles humildemente la mano?

¡Admiran la prudencia sacerdotal! No hay como los maestros en casuística para salvaguardar tan hábilmente la virtud; no hay como los teólogos para manejar la ortodoxia con tanta destreza, por entre escollos donde zozobraría una moral vulgar. La ley de Manú impone a todo devoto el deber de tener un hijo, para que los manes de los antepasados estén sustentados por los sacrificios fúnebres. La ley no obliga a tener varios hijos, pero lo permite, dice que los segundos nacen, no del deber, sino de la voluptuosidad... Y bien, esa línea superrogatoria, nuestros santos hombres la consagraron a la salvación de las clases inferiores. Puesto que la transmisión del sacerdocio se efectúa de primer nacimiento a primer nacido, los nambourís casaron su hijo mayor según los ritos consagrados. En cuanto a los hijos segundos, no perpetuarán la raza, no se unirán en «justas bodas», pero contraerán algunas uniones de corta duración con mujeres extranjeras; se permitirán honrar con su benevolencia alguna muchacha de inferior condición. Un brahmán dará progenitura a una nair, pero nunca un nair a una mujer brahmana. De ese modo el derecho del patriarcado es escrupulosamente respetado, y de paso se vive en paz con el matriarcado.

Indiferentes con la paternidad que ignoran, o que afectan no conocer, los naires que tienen alguna herencia que legar -sea un trono, palacios o propiedades territoriales-, se les ha enseñado por larga tradición que los sacerdotes, hechiceros muy distinguidos, producen con su magia toda clase de prosperidades en las casas donde han tenido la complacencia de entrar. Las grandes familias se creerían degradadas si cada generación no les llevara un influjo de sangre sagrada. Con verdadero reconocimiento acogerán ellas los servicios de los sacerdotes hijos segundos, yernos que vienen a proveer de herederos los tíos con herencia. El príncipe reinante recibía con agrado a los bellos Eliacin, les hacía refrescar, los cumplimentaba y les daba infinitas gracias por el honor que daban a su casa. Luego introducían los muguetes de sacristía en la sala donde ataviadas con sus mejores vestidos, esperaban la «Bibí» y sus hijas las princesas. La juventud entablaba relaciones, se divertía, daba paseos por el campo, se

⁵ Duncan, *Asiatic Resarches*, 1799.

⁶ Mahabharata, *Adi Parva*.

arrullaban a la luz de la luna; la primavera siguiente veía nacer una multitud de pequeños tambouranes. Y la Bibí no quería ser abandonada. La víspera de su boda había sido purificada por un brahmán, el cual había recibido quinientos o seiscientos ducados por la tarea. Cuando el esposo salía de viaje, la dejaba bajo la custodia de los sacerdotes, a los que daba las gracias a su regreso por tan extrema complacencia. Pedro Cabral cuenta que en Calicut, las dos esposas reales recibían cada una las atenciones de diez brahmanes; menor número no hubiera bastado al honor del soberano.

La alta nobleza quiere estar siempre bien provista, y los pequeños hidalgos reclaman su parte. Los levitas se resignan. ¡Pero cuántas exigencias tiene el culto de Brama! ¡Cuántos actos de sacrificio! Contemos un poco: las bailarinas de los templos, hieródulas y bayaderas, deber riguroso, obligación sagrada; las tambouretas; las princesas y bellezas de la corte; las grandes damas y notables de la provincia. Cuanto de más remoto abolengo son las mujeres, más atadas se presentan a la costumbre. Los naturalistas se extrañan de la abnegada presteza que ponen los pitirrojitos, las nevatillas y otras avecillas en incubar el huevecillo que un cuco les ha deslizado subrepticamente en su nido. Aquí, toda la población distinguida solicita un cuco. Después de la pequeña nobleza, los caciques de pueblo hacen valer sus derechos, los grandes propietarios no quieren tampoco ser olvidados, y menos aun los burgueses enriquecidos. Los hombres de Dios hacen lo que pueden; eso les basta. Para las gentes bajas, bastan los sacerdotes ordinarios; para las clases medias, los sacerdotes de mediana edad. Aun hay que añadir que las personas devotas, después de haber hecho caridad a las buenas mujeres -pues allá los dones amorosos se solicitan y se obtienen por el amor del Señor celeste-, requieren aún alguna dádiva en dinero. ¡Y véase cómo la clase sacerdotal se presta mejor al comercio que los hidalgos! Bajo ningún pretexto un nair de alta sociedad sostendría relaciones con una joven plebeya; pero un sacerdote se pone por encima de esa debilidad, medio haciendo caridad y medio recibéndola. Los viejos nambourís frecuentan las campesinas y artesanas; sin gran celo, es cierto, porque los rústicos y proletarios se ven con frecuencia obligados a hacerse por sí mismos la tarea. No obstante, por la parte trasera de la cabaña se abre una pequeña puerta, cuando el sacerdote llama en ella. Hasta tienen la atención de reservar para su uso exclusivo algunos pequeños utensilios de metal, pues ellos no podrían comer, beber ni siquiera lavarse en vasijas contaminadas por el contacto de las especies. Le está permitido tocar a la mujer sudra, pero no el cántaro en que trae agua de la fuente. Uno de esos brahmanes se quejaba al misionero Weiabrecht⁷ de no tener menos de diez esposas a que dedicarse.

«Esos Brahmas Koulinnes, dice el Dr. Robertd, son garañones de pura sangre, a los cuales incumbe ennoblecer la raza y cohabitar con las vírgenes de raza inferior. El venerable personaje corre pueblos y aldeas; se le hacen regalos en dinero y ropas. Le lavan los pies, se beben el agua sucia y se conserva la sobrante. Después de una comida compuesta de manjares delicados, se le conduce al lecho nupcial, donde le espera la virgen coronada de flores».

Aquellas que no son admitidas para tan alto honor, solicitan, con toda humildad, permiso al menos para besar el órgano del hombre divino, el favor de que le marque la frente por sí mismo con una gota de bermellón (Tavernier).

Toda la India está imbuida de que la sangre sacerdotal está dotada de virtudes generadoras. Los sacerdotes *itinerantes* de Siva, conocidos con el nombre de *dejaugoumas*, son célibes la mayor parte. Cuando alguno de ellos concede a cualquiera de sus adeptos el honor de entrar en su casa, todos los hombres que la habitan vienen obligados a salir y alojarse en otra parte; dejando sus mujeres e hijas con el santo personaje, que prolonga su estancia tanto como le place (Dubois, ob. cit.). Ya el ADI PARVA del Maha Bharata abunda en historietas de grandes príncipes y poderosos héroes que van a presentar sus esposas e hijas, engalanadas y lujosamente vestidas, a un eremita devoto, rico en penitencias, para que se digne concederle un

⁷ *Journal des Missions evangeliques*, 1852.

hijo de sus obras. Tales son, para empezar, el augusto Pandou, el rey de Balí, Vichitravirya, Vipasman, Djarasandha, Bhima, Khounti Bhodja y otros.

¿Se cree que exageramos? Pues bien, pasemos la frontera y entremos en Birmania, donde las grandes familias tienen su director de conciencia, al cual, antes de la boda, se le mandan las hijas: «se le hace homenaje con la flor virginal», según expresión oficial. La primera noche, la recién casada camboadgiana pertenecía, o pertenece aún, al sacerdote, digno hombre que no así de cualquier modo interrumpe sus oraciones por la primera que llega. Las familias nobles agradecen sus servicios con grandes regalos y magníficos presentes; en tales cuestiones no se debe ser tacaño. Las familias burguesas empiezan con tiempo a hacer economías para llegar a la cantidad requerida; las familias pobres la recogen por suscripción, o las buenas almas la anticipan sin interés, convencidos de que se lo tendrán en cuenta en el otro mundo. En las islas Filipinas existían, no ha mucho, sacerdotes de esos a los que había que pagar bien cara su complacencia. Los santones yezids, que prestaban la misma clase de servicios, pasaban por ser bienhechores públicos. En Egipto, muchos obscenos y malos derviches eran solicitados por las celadoras de comunidades, asaltados por turbas de devotas. Y en el Nuevo Mundo, en Nicaragua, las jóvenes no se casaban sin haber pasado en el templo una noche con el sacerdote. Pero detengámonos en la pendiente; este tema no es de los que se agotan en una página. Digamos solamente que, bajo el Imperio, las damas romanas se dejaban caer en brazos de los taumaturgos, que ellas conceptuaban como seres semidivinos, procurando placeres refinados y superior progenitura.

Así es como los brahmanes dominaron siempre por la religión a un pueblo que se había emancipado de su tutela política. Sus hijos son los príncipes y señores del país; de generación en generación, sus bastardos mantienen el centro de la realeza.

En las condiciones que acabamos de describir, los niños que ven sucederse los hombres en la compañía de sus madres, presentarse y luego desaparecer, se sienten más íntimamente unidos al tío materno, invariable y único representante de la familia; sienten más afecto por él que por su propio padre, aun cuando éste les hubiera criado, rara ocurrencia entre las clases elevadas. «En la filoprogenitura de nuestros moralistas europeos, todo es extraño para un nair, la idea y la cosa. Se le ha enseñado desde su más tierna infancia que el tío es más próximo pariente que el padre; que en consecuencia, debe sentir mayor afecto por el sobrino que por el hijo propio». (Rich, Burton).

En Ceilán, gran centro de inmigración del pueblo tamul, la palabra tío es mucho más honrada que la de padre; se dirigen a los hechiceros y danzantes del diablo calificándolos de «tíos venerables», título equivalente al de padres, reverendos padres de otras partes. La «ley nepótica» rige la sucesión al trono de Travancore, aunque el maharadja se tenga a sí mismo por kchatrya. El mismo régimen impera entre los llavar de origen cingalo. Los tchanar reparten con frecuencia su herencia por mitad entre el hijo y el sobrino. Son tantos los pueblos que en la India y fuera de la India determinan la sucesión de tío a sobrino, y bajo la forma más arcaica aun de madre a hija, que ni siquiera nos atrevemos a enumerarlos. Un hombre que perdiera de una vez -supongamos por una epidemia- al hijo y al sobrino, pasaría por hombre careciendo de sentimientos naturales si manifestara tanto sentimiento por el hijo como por el sobrino, aunque jamás hubiera visto a su sobrino, aun cuando hubiera visto nacer a su hijo, le hubiera tenido siempre a su lado y prodigado toda clase de cuidados. Hemos tomado una casta extrema; pero lo más frecuente es que el tío sea el verdadero protector de los niños, el que, después de haberles aconsejado y dirigido durante toda su vida, les lega luego su haber. En lenguaje familiar, los niños llaman al tío «el que alimenta», y el padre «el que viste». Tomaba al pie de la letra, esta designación resultaría inexacta, pues muchos padres atienden a las necesidades todas de sus hijos, pero prueba siempre cuán profundo es el buen concepto del tío. El primero procura la «pensión», el segundo da un «regalo». El tío en Malabar distribuye sus objetos mobiliarios entre los sobrinos y sobrinas en partes iguales. En cuanto a las tierras, se transmiten

por las mujeres; la madre las lega a la hija mayor, y ésta es libre de confiar la explotación al hermano mayor, que repartirá los productos entre los miembros de la familia.

Desgracia, peor aun que la muerte, si hay que enajenar la herencia materna. Sólo se conocen raros ejemplos. La cesión se simboliza del modo siguiente: el vendedor vacía sobre las manos del comprador el contenido de un botijo cuya agua ha sido tomada en las tierras enajenadas. En tanto cuanto les es posible, la herencia materna se conserva entera al través de las edades; en vez de provocar particiones seguidas de parcelamientos, los hermanos se acomodan viviendo en «hermandad» o cosa común. Algunos autores estiman que la sucesión va de los hijos de la hermana mayor a los de la segunda, después a los de la tercera, y así sucesivamente; pero lo más probable es que el orden se arregla entre primos por la fecha estricta de los nacimientos.

A pesar de tantas precauciones para prevenir la extinción de las familias, un cúmulo de circunstancias desgraciadas puede hacer que una herencia quede vacante. ¿Qué hará el hombre que, no teniendo ni hermana ni sobrino hijo de hermana, carezca de heredero natural? Pues adoptará una hermana que perpetúe la familia. Pero ¿y si la nueva hermana no deja sucesión? ¡Pues que ésta adopte a su vez!

A la criatura que le presente la matrona, le dará sus pechos aunque éstos no estén sino bañados de leche. Si esa leche la conserva el estómago, la adopción es definitiva; pero si es devuelta, o el pecho no cogido, hay que procurarse otra criatura, buscarse otro heredero, otra heredera.

Constituida así la familia, por poco numerosa que sea, no tiene por jefes sino viejos. El Zamorin era el más anciano de una parentela que contaba cerca de un centenar de miembros. Frecuentemente sus débiles manos se cansaban de sostener las riendas del gobierno; y, prefiriendo entonces darse a la devoción, confiaba la dirección de los negocios a un agente, asistido por un consejo de Estado, compuesto siempre por cinco príncipes, herederos presuntos, y cuya edad, por consecuencia, se aproximaba más a la suya. Muchas veces, el viejo llamado al poder apenas si tenía tiempo de enterrar a su predecesor y dormirse a su vez con el sueño eterno. Esos buenos hombres eran casi siempre de carácter pacífico; lo cual es siempre una ventaja para el pueblo. Se daban, sin duda, algunos casos de imbecilidad desde que los soberanos no eran ejecutados a los doce años de reinado, pero en cambio se había olvidado toda ofuscación. Jamás uno de esos príncipes naires no asesinó a quien le cerraba el camino del trono. Ese hecho no ha faltado motivo para consignarlo en la India, donde las dinastías se han destruido mutuamente siempre, dando a los gobernados ejemplo de hermanos degollándose entre sí, de hijos rebelándose contra su padre, de padres envenenando a sus hijos o haciéndoles cegar. Contraste fácil de explicar: el derecho paternal levanta terribles ambiciones, crea desigualdades, disparates entre los más próximos. El matriarcado, derecho igualitario, no suscita celos ni odios, tiende a la paz y a la tranquilidad, hace iguales las porciones, salvo que mejore a los más jóvenes en algunas partes.

Después de todos, hay algo bueno en ese Malabar, que sus habitantes, con una ironía que nada tiene de engañosa, han denominado la *Tierra de los sesenta y cuatro abusos*. Tanto como la China, merecería ser llamado el «País de la piedad filial». En el imperio del Centro, todas las instituciones políticas o civiles se derivan del derecho paternal; aquí proceden del derecho maternal. Muy batalladores, fieros y orgullosos son los naires, pero obedecen sin reserva a la madre, asistida por el tío y secundada por la hermana mayor; el *trío* lleva la gerencia de la propiedad común, a la cual los partícipes dan cuenta de sus hechos y acciones; jamás se creen mayores de edad para sustraerse a la mutualidad de «mamá»; mientras se tiene de pie «la vieja rama», a ella continúan adheridos. ¡Qué están lejos de nosotros esos modos de ser y de sentir! ¡Que nos separan siglos de ellos! Y sin embargo, bastan algunos días para pasar de Londres y París a Calicut y Cannanore.

LOS MONTÍCULAS DE LOS NILGHERRIS

PASTORES, AGRICULTORES Y SILVESTRES

Hacia la punta de la península de Indostán, cerca de donde se encuentran los ghats del Este con los ghats del Oeste, se levanta el poderoso macizo de los Nilgherris o Montañas Azules. Los ingleses les dan el nombre de *Hills* o de colina, a pesar de que la arista superior, de la que Dodabetta es el punto culminante, tenga una altura de cinco u ocho mil pies por encima del llano. Gracias a esa elevación, esta región montañosa goza de un clima saludable y encantador; la temperatura medio oscila alrededor de 15 grados centígrados. Después de la temporada de lluvias, la atmósfera se presenta de una pureza y limpidez ideal; la vegetación reaparece, la hierba sube, las flores de colores vivos matizan los helechos, los árboles se ven asaltados por plantas trepadoras.

Los montes abruptos se levantan como muralla cortada por profundas hoces. En su base, bosques de bambúes y espesas selvas sirven de refugio a los tigres, osos y jabalíes. A las lagunas suceden praderas, luego se entra en los bosques; por encima, grandes rocas perpendiculares. Sobre los llanos ondulan las colinas de faldas sombreadas, surcadas de vallejitos por los que corren aguas límpidas y transparentes. Se camina por entre parques y bosquecillos, sobre sendas bordadas por moreras y agavanzos, a lo largo de las praderas donde retozan los búfalos; de repente aparecen los linderos de la llanura. La vasta planicie se extiende a lo lejos, matizada, según los cultivos o el bosque, de verde, amarillo y violeta combinado con el blanco de los poblados, hormigueros humanos, limitada por Occidente por el mar azul; hacia el Sur suben los Cardamones delicadamente azulados. Los ojos se llenan de suaves claridades, se ciernen sobre la extensión, se sumergen en las profundidades etéreas, contemplan la innumerable variedad de formas, de colores y de movimientos. Al atardecer, el divino esplendor que llenaba los cielos se descompone en colores de encanto; el oro y el naranja, el carmesí, amapola y bermellón, pasan por grados de matices rosados y purpúreos. Y cuando el sol se ha hundido en el Océano, la tierra, como cansada de colores, como ebria de luces, parece envolver sus miembros voluptuosos con velos de sombra transparente, cayendo en el silencio. La atmósfera es de rara limpidez, las estrellas parecen más brillantes que en otras partes; las constelaciones surgen como luciolas arrojadas al viento a manos llenas, como torbellinos de pirosonos y moscas de oro; el universo infinito que los resplandores del día había ocultado, aparece con toda su augusta majestad.

Sobre varias vertientes de los Nilgherris, los enfermos van a curarse, como en sanatorios, de sus calenturas y disenterías. Rosales silvestres, viñedos, naranjos, melocotoneros, ciruelos, manzanos, perales, fresas, grosellas, frambuesas, rábanos, coles, patatas, todas las plantas de Europa prosperan al lado del índigo y de la adormidera opionífera, junto al café y al té, junto a la quina de corteza bienhechora. Tarde o temprano, esos cultivos y plantaciones cambiarán el régimen económico y social del país, modificarán hasta su aspecto físico, ¿pero será ello para embellecerlo? Sea lo que fuera, esta región no puede sino aumentar en importancia, gracias a lo sano de su clima, a la fertilidad de su suelo, a la diversidad de sus productos. Ya los caminos son numerosos convergiendo hacia el desfiladero de Coimbatour, que se abre sobre el interior de la península.

A los montículos nos los describen así:

«Raza mezquina. Las más elevadas estaturas alcanzan 1 m. 58, las medianas 1 m. 52, las pequeñas 1 m. 42; estas son muy numerosas. Color oscuro. La cabellera larga y erizada en las

mujeres, es gruesa y leñosa entre los hombres, cuyas barbas grises tienen rudeza de cerdas. Boca pequeña, labios gruesos. Tórax llano, de escasa circunferencia; espina dorsal algo cóncava. Largos brazos, piernas cortas. Las rodillas vueltas hacia fuera; las uñas poco desarrolladas. «La raza autóctona de la india meridional, dice Huxley, tiene un sorprendente parecido con los indígenas de Australia». Igual perfil, la misma frente, la misma cabellera en haz y brillante. Qúitenles los andrajos, pónganlos juntos y no se les distinguirá».

Ese retrato, en lo que tiene de poco simpático, se aplica sin distinción a los miserables irulas y curumbas, a las cotas en grado menor y nada a las badagas, los más numerosos de la población total, y aun menos a los todas. Aquí como en muchas otras partes, el género de vida y el estado social tienen más importancia que la cuestión de raza y de origen. La descripción, bastante exacta cuando se refiere a los selvícolas, carece de exactitud para los artesanos, y es falsa para los agricultores y pastores.

Los todas habitan, en el número de un millar, la parte superior de los Nilgherris, en varias aldeas diseminadas. Se dicen a sí mismos los primeros habitantes del suelo.

El verlos produce satisfacción. Color chocolate claro, como los montañeses de Belutchistán. Alta estatura, bien proporcionada, de 1 m. 725, con frecuencia. Miembros robustos y musculosos; las extremidades no tienen nada de la gracia y delicadeza de los indostaníes. Rasgos regulares. Los ojos negros, vivos y de un extraño fulgor, tienen cierta expresión de inteligencia, con frecuencia dulce y melancólica, parecida a las miradas del perro. En algunos individuos, a la menor excitación los ojos centellean como diamantes. Fisonomía judía -se ha descubierto que esas caras, diferentes a las de los vecinos, pertenecían a descendientes de las diez tribus perdidas de Israel-. Nariz aguileña, labios abultados, barba rizada, cabellera abundante formando corona. El sistema piloso, admirablemente desarrollado, les distingue del indostán y del dravidiano. Su longevidad es bastante mayor que la de los europeos, pero se ha creído observar que el excesivo consumo de opio les hace perder la fecundidad.

Su tono de voz es calmoso y grave; en las mujeres una graciosa jovialidad reemplaza la solemnidad. Hablan una lengua dravidiana, de forma arcaica, mezclada de sánscrito. Acostumbrados a llamarse y contestarse de una colina a otra, la voz es fuerte y la pronunciación silbante. «El viento, habla canora», según expresión de Pope.

No puede uno menos que sentirse seducido por el gusto y la sencillez de sus costumbres. Su aspecto es majestuoso cuando se visten con una especie de toga, que deja un brazo y una pierna desnuda. Es una lástima que no se bañen y laven. Los todas se taracean la barba, pechos, brazos, piernas y pies, los adornan con círculos y cuadrados, anillos y maderitas.

El carácter responde a su físico. Son agradables por un fondo de buen humor, por su fresca jovialidad, la libertad y originalidad de sus modales, no menor que por la paciencia, afabilidad, por la delicadeza y amenidad de una conversación siempre amable y respetuosa, jamás socarrona:

«No podíamos por menos que amarles, dice Breeks. Se divertían mucho de nuestras idiosincrasias británicas, riéndose sin cohibirse, no creyéndose en nada inferiores a nosotros».

En resumen: todos los viajeros han sido favorables a los todas, al menos mientras se mantuvo puro, antes que la emigración extranjera les invadiera. Pero los misioneros sienten hacia ellos cierta animosidad porque no han tenido la atención de dejarse convertir, y hablan de ese pueblo como de «bellos animales, indolentes y perezosos».

«No buscan la compañía de nadie, permanecen inmóviles durante horas con los ojos extraviados por el azul del espacio, divagando al modo de sus búfalos, no teniendo otra inteligencia que el instinto».

Si el nivel intelectual no es muy elevado, al menos la tontería y la necedad les son desconocidas. Formados todos sobre el mismo modelo, cada cual conoce por intuición los pensamientos y el sentir de los demás. Cándidos hasta la inocencia, les es, o les era, imposible el comprender una cuestión molesta con algún fin de fingimiento, y menos aun una mentira: no había más que tomarse el trabajo de interrogarlos para que dijeran, con gusto o con disgusto, todo lo que sabían.

«Pastores», como dice su nombre tamul, pastores de siglos innúmeros, pastores de corazón y de alma, los todas son incapaces de emprender seriamente ninguna otra cosa que no sea el cuidado de sus rebaños; desaparecerán, seguramente, antes de interesarse en los trabajos de la agricultura y de la industria. Viven casi sólo de leche, ¿cómo pensar, pues, en otra cosa que en sus vacas? Sólo consumen ínfima cantidad de farináceas, tomadas de los badagas a título de tributo, más o menos graciosamente consentido a los soberanos, o primeros ocupadores del suelo. Según sus tradiciones, sus antepasados se sustentaban sólo con raíces, y aun hoy se nota en ellos cierta pasión por las bulbos y la *Orchis máscula*. Agradecidos a la vaca que les procura la vida, no se atreverán a matarla; aman demasiado a sus becerros y terneras para sacrificarlas, y sólo comen de esas carnes en los banquetes funerarios. No es que la carne les repugne por sí misma. Si un extraño les da a comerla, se chupan los dedos de gusto y el festín se recuerda como fecha notable; por mucho tiempo se complacen en recordar los incidentes.

Se extraña que no se hayan ocupado de criar cabras, cerdos, carneros y aves domésticas, según lo hacen sus vecinos. Pero ellos son pastores de toros y nada más que de toros. Y bien sea por indolencia o por otro motivo, quieren continuar siendo lo que son.

Pacíficos como nadie, el toda no usa ninguna arma ofensiva o defensiva, no recurre siquiera a la lanza ni a un palo puntiagudo. Sus antepasados, no obstante, manejaron el arco, hicieron uso de la flecha. No se les ve ocupare de los lagos, servirse de las redes, emplear trampas para coger peces y pájaros, o para procurarse alguna pieza de caza, abundantes en sus dominios; sin embargo, se apropian con gusto de las presas que hacen sus perros. Los ejercicios violentos les repugnan, no se ejercitan en las armas, ni en los bastones y boxeo, ni siquiera en la lucha ni en las carreras.

No conocen la represión judicial. La sola penalidad conocida alcanza al deudor; cuando tarda demasiado en pagar, el acreedor le cuelga una pesada piedra al cuello para que soporte menos cómodamente el peso de su obligación. Las disputas se someten al sacerdote pastor. Ninguna citación. Contra la invasión de las tribus amigas, contra las barrabasadas de los vagos y merodeadores, esos inocentes se defienden haciendo tan bajas las puertas de sus cabañas que sólo puede penetrarse en ellas a cuatro patas. Los niños, reflexivos como no son los nuestros, jamás golpean ni querellan, jamás se tiran de los cabellos. Habitando sobre grandes alturas por encima de las llanuras tórridas de la India, el país que ocupan nuestros todas es una especie de Suiza tropical. Retirados en los pastos, celosos de sus tradiciones, complaciéndose en sus propias costumbres, se han mantenido hasta el presente fuera de toda influencia extranjera. Ese retiro montañoso forma una isla étnica, mejor protegida, más bien respetada, que si emergiera de las profundidades del vasto Océano.

Los badagas, a quienes los todas saludan con el título de *suegros*, fineza a la que los primeros contestan pasándoles la mano sobre la cabeza, con los verdaderos ocupantes de los Nilgherris. Hace una treintena de años formaban un contingente de veinte a veinticinco mil almas, distribuidas en unas trescientas aldeas.

Hasta estos últimos tiempos toda su vida dependía de la agricultura, pero hoy saben ya multiplicar sus rebaños, y prosperan bajo la égida del gobierno inglés, que no les hace pagar sino tributos ligerísimos.

Los badagas modelan con cuidado la cabeza de sus pequeños, frotándolas y comprimiéndolas para mejor redondearlas. Pequeña morena, mediocre, en suma, la rara es bastante inferior a los todas. Las mujeres, feas y sucias, imitan la Fortuna de los poetas en lo que a la cabellera se refiere, cortándose el pelo a rape por detrás y dejándole crecer a discreción por delante. Los jóvenes señalan la época de la nubilidad embadurnándose la cara con un barro esmero. Los hombres no se tatúan: el principal adorno de sus esposas consiste en un punteado sobre la frente cuyos signos estrambóticos figuran a veces una máscara, la de una divinidad, sin duda. La marca en la frente es obligatoria. Facultativa en los hombros, en los pechos y otras partes del cuerpo, que se ven frecuentemente ilustradas con cruces -nada de cristiano-, con soles de ocho rayos, o nueve ojuelos en cuadro, representados cada uno por algunos cientos de puntos, todos estigma, con relación al sistema de las castas.

El espíritu de las castas no es necesariamente el de la envidia con relación a las clases superiores. Teniendo apenas la conciencia de inferioridad, frente a cualquiera que sea, las gentes caen por entero en el sentimiento de las enormes ventajas sobre los individuos bien colocados. Los todas, que se dividen en cinco castas, entre las cuales no se establecen casamientos, sienten hacia el badaga un desprecio que el badana lo dirige hacia el cota, el cota hacia curumba, éste hacia el irula y el irula hacia cualquier bruto. Los badagas mismos se dividen en subcastas. Para llegar a la primera hay que gravitar diez y siete grados.

Un patricio, Chitré, obligado por el hambre, tuvo la flaqueza de sentarse junto a un inferior que comía su comida. El escándalo fue terrible. El personaje que así había olvidado su rango fue sometido al fallo de la opinión y obligado a ir a ahogarse. Ese Chitré pertenecía a la tercera clase. ¡Imagínese cual será el orgullo de las dos primeras! Uno de la primera casta reprendía a otros de inferior especie, cuando se sintió bruscamente sacudido por uno de sus villanos, cogido por el collar, adornado con el falo nobiliario. Estupefacto, mudo de horror, el gentilhomme cogió un cuchillo y se abrió el pecho. No obstante, después del trágico suceso, su familia pasó como degradada, y sus descendientes no contrajeron matrimonio sino con badagas de ambos sexos y de bajo linaje. He aquí otro ejemplo: Toda una comunidad fue degradada, porque el hijo del jefe, enamorado de una labradora, había probado una carne que ella le ofrecía.

Aparte las castas, los badagas se presentan corteses con sus iguales, afectuosos con sus hermanos y amigos, deferentes con los ancianos, tiernos y amorosos con los niños. Pero parece ser que la medalla tiene su reverso: se les acusa de falsedad con los extraños, se les reprocha de avaros y duros, de agricultores con pequeños vicios. El abuso de cañamón y del opio les hace fácilmente perezosos, infecundos, frívolos y ligeros, incapaces de larga atención, les enerva el cuerpo y el espíritu.

Nosotros no sabríamos si calificarlos de buenos o malos. Si no es cosa fácil formular un juicio definitivo sobre un individuo, ¡cuánto más difícil no lo será sobre un pueblo! Es cómodo ensalzar, o denigrar a los pueblos, las naciones o las tribus, cuando no se les conoce, pero después de conocidos prácticamente, ¿quién se atrevería?

Seremos breves sobre los cotas, los cuales ocupan el intermedio entre los badagas, ya bastante feos, y los curumbas, más feos aun.

En número de unos dos mil, habitan en los alrededores de los badagas agricultores, cerca de los cuales se ocupan como tejedores, carpinteros, herreros, orfebros, albañiles, artífices ordinarios, generalmente. Se ocupan también en pequeños cultivos, en la cría de algunos

animales, pero hasta estos últimos tiempos no se atrevían a multiplicarlos, porque los todas y badagas, sus poderosos vecinos, no se lo permitían.

Pobres en quesos y mantecas, pobres en productos del suelo, conocen el hambre de otro modo que por haberlo oído. Por eso la fiesta de Marzo, al empezar su año, se celebra con una abundante comida, mejor que eso, con una agapa concebida en sentido comunista. Cada familia aporta provisiones, contribuye a una colecta para comprar grano en el llano, legumbres y azúcar. Esas vituallas se exponen ante el cobertizo que les sirve de templo. El oficiante suplica a los dioses que procure alimentos al pueblo hasta la próxima cosecha, practica un agujero que guarnece con hojas y en el que deposita los alimentos preparados, con el fin de que la Tierra los bendiga y les comunique la virtud de multiplicarse. Luego los distribuye entre los asistentes, presentando a cada uno su parte. Los extraños que aciertan a pasar son bienvenidos. Comen y beben alegremente, luego danzan alrededor de una fogata hasta media noche. Todos los días siguientes, hasta el plenilunio, se divierten y regalan. Antes de volver a sus ocupaciones habituales, los artesanos convierten al templo en taller y cada cual fabrica un producto de su industria. En todo y por todo la cuestión es empezar bien.

Pasemos a los curumbas, que, unos dos mil próximamente, habitan las lagunas, los parajes más malsanos de toda la espesura de bosques, los pantanos, que un sol tropical deseca y envenena. Con frecuencia se les ha comparado a los weddas. Alimentados miserablemente y de modo repugnante, lo extraño no es que sean mezquinos y rechonchos, sino que alcancen edad de adultos y hasta que perpetúen su especie. Creen que caen enfermos si residen algún tiempo en parajes sanos, y hasta que nadie podría habitar en sus campamentos sin ser atacado por las calenturas.

Alrededor de sus chozas, una pequeña sábana de tierra da vida raquítica a algunas raíces y legumbres. La tierra sería fértil y sana, pero ellos, a las mieses seguras prefieren la caza incierta. De tiempo en tiempo incendian un rincón del bosque, arañan la superficie con un instrumento cualquiera o con un pedazo de madera en punta. En el suelo así arado, entierran la sementera que antes han mendigado, u obtenido como salarios a sus pequeños servicios y trabajos; no saben o no quieren reservarse simiente de su anterior cosecha, y menos aun comprarla, pues la moneda no es artículo de su competencia. Una vez maduras las mieses, una bandada de amigos penetra en el campo y coge o pill a su antojo. Después de la temporada de abundancia, las familias de la horda se dispersan en busca de bayas y raíces, en persecución del ciervo del país, del gato salvaje, de culebras e insectos, que son hábiles para sorprender y rápidos en devorar. Recogen de paso cera y miel en sus correrías, que van luego a cambiar con sus vecinos.

La mayor parte de esas pequeñas compañías se someten a la dirección de un jefe que funciona como árbitro y apacigua las disputas. Le saludan dejando caer la cabeza sobre el pecho y él hace ademán de levantarla cogiéndola sobre sus manos. Leñadores por afición, manejan con habilidad el hacha y el hocino, aclaran las espesuras, cuadrean los troncos y hacen trabajos análogos con preferencia a todo otro. Cuando el hambre aprieta, hombres y mujeres se separan; estas últimas van a los aduares de los todas y badagas a mendigar diversos comestibles, variados desechos, hasta el agua en que cuecen el arroz; en cambio ellas ofrecen diversos trabajos, como mondar y moler los granos. Los maridos e hijos penetran estanques adentro, lugar de su predilección, refugio de la adversidad, primero y último asilo. Vagando por un lado y otro, ejercen, cuando es oportuno, el oficio de payasos, conjuradores de tigres, hechiceros y *decidores* de buenaventura, parecidos en esto a nuestros gitanos, que viven también del producto de su industria y sobre todo el merodeo, vagabundeando de aldea en aldea, de bosque en bosque. El nombre de curumbas, tan temidos como despreciados, ha venido a significar mala acción, cohecho y maleficio.

Cruel con todos los primitivos, la civilización no ha sido mala con esos pobres curumbas. Los ha transformado de cazadores en leñadores, en carpinteros; el mendigo fue convertido en ganapán ambulante, luego doméstico. Bajaron a contratarse al llano, una vida más cómoda y costumbres más dulces los forman y desbastan. Los que les dan ocupación están contentos de sus servicios. Por más que la fisonomía típica no cambia de una a otra generación, y que los miembros continúan durante mucho tiempo bastante cenceños -pues los huesos se modifican más lentamente que la carne-, apenas se les conocería. Su vientre ya no afecta la forma de un puchero, por sus labios ya no corre la saliva, nada de ojos siempre inyectados y boca constantemente abierta. Muchos se han vestido, han reemplazado por adornos más costosos los granos encarnados, los brazaletes de hierro mal forjado, las clavijitas de latón o de paja entrelazadas. Se maravillan de ver cómo un trabajo regular, una alimentación más abundante y sana, transforma tan rápidamente el exterior de esos hombres, y hasta su fisiología.

Al pie de los Nilgherris, casi perdidos entre las ciénegas y las altas hierbas, viven las irulas, más negros, mezquinos y enfermizos que los curumbas, con los cuales se les podría confundir fácilmente, salvo que esos desgraciados desprecian toda cultura por elemental que sea. Fabrican sábanas de mimbre, cestitas de bambú, canastillas de junco, que venden en la llanura, cambiando por granos, sal y pimienta; recogen bayas y otros frutos, mastican raíces, cogen insectos y reptiles, huevos y pájaros pequeños: hasta carecen de arco y de flechas. Durante dos o tres meses los retoños de bambú constituyen todos sus alimentos; luego ratas, gatos y zorros, todo lo que pueden poner entre sus dientes es buena presa, hasta la carroña. La ciénega impone su carácter a todo lo que en ella vive; así es que se les tiene por viles entre los viles, por miserables entre los miserables.

Lo mismo que los curumbas, suelen ser payasos, bateleros y comediantes; todos sus servicios se los pagan en agua de palmera, que beben con exceso. En sus representaciones ponen en escena algunos episodios obscenos, y particularmente las aventuras de Krichna Gobinda, la vista entre los pastores. No ha sido necesario nada más para que se les reclutara por entre los vichnouitas, en oposición a los badagas que profesan el savaísmo.

Por todo vestido, los irulas se rodean un trapo a los riñones; en defecto de telas, las mujeres recurren a cualquier hoja. Ello no obstante, tienen pasión por los adornos. Con canutillos de paja, adornan sus cabellos con tocados fantásticos; con pajas también, se adaptan a las orejas, al cuello, a los brazos y tobillos, calabacitas secas, conteniendo avellanas y piedrecitas, que suenan y tintinean al ritmo de los movimientos.

Desnudos como la Verdad, o poco menos, parecen incapaces de mentir; incapaces de ocultar sus sentimientos; y la declaración de esos miserables es más creída que todas las afirmaciones de un indio, que todos los juramentos de un brahmán. Los teorizantes del progreso ¿explican el por qué y el cómo de esta anomalía?

Contrariamente a lo que pasa en otras partes, las viudas, muy solicitadas por los jóvenes, se vuelven a casar más fácilmente que los viudos. Los padres y parientes demuestran un extraordinario afecto por su progenitura, la cual corresponde debidamente. Los hijos toman el nombre de un abuelo; después de la muerte de éste, se hacen llamar por el nombre del difunto querido.

Muy enamorados de su género de vida, de su raza y del suelo que les ha visto nacer, los irulas quieren todos dormir en familia el sueño eterno. El que fenece en el extranjero solicita ser enterrado en fosa aislada, esperando que un amigo recogerá piadosamente sus huesos y los llevará a juntarlos con los otros, en el osario de la tribu, en medio del bosque nativo.

Así están establecidos, sobre los flancos de los Montes Azules, diversas poblaciones, caracterizadas por sus hábitos, ocupaciones y alimentación. En lo más alto las todas,

exclusivamente pastores y galactófagos; más abajo los badagas, agricultores que tienen también rebaños y no desprecian tampoco la caza. Vienen después los cotas, pequeños obreros y artesanos, y en fin los selvícolas. Culumbas e irulas, esencialmente cazadores, pero también vagabundos, ladrones y artistas, mendigos y hechiceros.

¿Y sus viviendas?

Los irulas se guarecen en la ciénaga, en cubiles; se abrigan en una caverna y bajo un saliente de peña; se hacen barracas y chozas.

Los curumbas se alojan algo mejor. Lo que ellos llaman aldea, nosotros le daríamos apenas el nombre de cobertizo. Una choza de diez a doce metros de larga, de unos cinco pies de alta; las paredes de bambú entretejidas con carrizo. Como puerta, una abertura que cierran durante la noche con un encañizado o un haz de brozas. Bajo el tejado común, cada familia goza de un cuadro en el que se acomodan como pueden, no teniendo bastante espacio para acostarse. Los utensilios de cocina los componen unos cuantos platos y cantimploras. Hervir el arroz es un lujo reciente; no ha mucho se tostaba sobre una piedra enrojada.

La habitación de los todas, ya más civilizados, puede, comparativamente pasar por lujosa. Cada familia tiene la suya, siempre sombreada por árboles seculares; forma y se compone esencialmente de un tejado de paja, forma ojival, con un agujero para la salida del humo. El espacio abrigado, ancho de cinco a seis metros cuadrados y alto de siete pies en la parte central, debe ser suficiente para cinco o seis personas, las cuales entran y salen por un agujero propio de ratonera, al ras del suelo. Esta habitación llamada *maud*, parque o establo, según el cercado contiguo, donde los animales patean, atascados hasta media pierna, por los fiemos acumulados.

La aldea badaga, larga casa levantada con madera y arcilla, cubierta con cañas y ramas, con una sola ventana en toda la fachada, que puede tener cincuenta metros de larga, es espaciosa y confortable, relativamente. Jamás mira la Noroeste.

El misionero Mestz, que les predicó y evangelizó durante una cuarentena de años, con más celo que éxito, explica su nombre por «gentes del Norte»; supone que la inmigración se remonta a unos tres siglos, y que son oriundos de las montañas de Misoro. Se ha inferido que tienen un origen escítico, y la hipótesis ha casi adquirido la autoridad de un hecho. No nos molesta nada, ¿pero el Norte mencionado por la leyenda es el mismo que el de los geógrafos? «En el Norte, dicen los badagas, se levanta el Kilara, nuestro Meron y residencia de Siva; en el Norte el infinito se abre sobre el reinado de las Sombras. De cuatro hombres enviados hacia los puntos cardinales, tres volvieron, pero no el que había marchado en la dirección de la estrella polar». Entre las naciones cristianas, la palabra Oriente sugiere una vaga idea de Paraíso y de jardines de Edén. Para los badagas, todo lo que es grande y poderoso viene del Septentrión; la Madre de las Vacas diosas, habitaba el Amur antes de ir entre los todas. ¿Es que acaso los badagas requerían la vaca? ¿No saldrían ellos del Paraíso? Entre los invisibles montes del Kaylara y del Kamagiri, corre el río temido, límite infranqueable entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Los badagas no gustan de mirar hacia ese lado.

Cada familia dispone de tres piecitas, de las que la primera, abierta hacia la calle, es fácilmente accesible a los amigos y vecinos. Da acceso a un reducto con bañera, casi siempre ocupada, pues todo badaga tiene la plausible costumbre de administrarse un baño antes de la comida del mediodía. Una pieza contigua está destinada a los hornillos y reserva de provisiones. Esta es inaccesible al que no pertenezcan a la familia. Hasta la esposa no podrá entrar sino algún tiempo antes y después de sus partos; se temería que su estado de debilidad y la impureza de que se estima afectada, disminuyera las virtudes del fuego o aminorara las virtudes nutritivas de los alimentos.

Por esa misma razón y otras análogas, la aproximación a la despensa común, prohibida a los extraños, que pudieran contaminarla con su aliento, está negada también a los vecinos, que podrían llevar igualmente influencias debilitantes. La leche es objeto de precauciones extraordinarias, imitadas de los todas; no se atreverían a hervirla ni a aproximarla al fuego, por temor a producir inflamaciones en la vaca; lo que, entre paréntesis, explica el famoso precepto masáico: «No cocerás el cabrito en la leche de su madre». Los becerros recién nacidos, se instalan en un establo especial, para mejor protegerlos contra los que «echan suertes». Sólo un sacerdote tiene derecho a gustar la leche de vaca primeriza. Los badagas, sivaítas, decimos nosotros, adoran a su dios bajo la forma del toro Bassava o Barsappa. El amor que siente hacia sus rebaños, sin igualar al extraordinario de los todas, constituye una religión verdadera, un culto apasionado, hasta fanático. Hace algunos años, las cotas de los alrededores quisieron poseer también ellos, grandes animales domésticos, encerrados en grandes cotos, pero les fue forzoso abandonar este proyecto por las amenazas de todas y badagas. Esos pueblos devotos de sus profesiones, no podrían soportar la idea de que una raza, para ellos impura, se arrojara un derecho de propiedad sobre unos animales de sangre tan pura y noble como la de los toros y terneras; no podían admitir que hombres de vil extracción y de vida innoble usurpan las santas funciones de ordeñar las vacas. ¡Es cosa muy dolorosa ver enriquecerse al vecino! Los compadres curumbas son también de la misma opinión, si es cierto que han dado muerte a camaradas culpables de haberse practicado un agujero para ocultar sus provisiones. Pero, sin duda, los ocultadores que no querían partir su abundancia, habían vivido, en tiempo de escasez, de los recursos de la asociación. Tomando sin dar, se portaban como ladrones de la peor especie, y su ejecución era legítima, tanto como la decretada en Jerusalén por los apóstoles contra Ananías y Safira, falsos abnegados. Trapacero y traidor el que, en la vida comunista, se amasa un pan solapadamente.

El curumba que toma mujer se procura una pieza de tela nueva que le ofrece como presente. Con los amigos y amigas se come más abundantemente que de costumbre, se danza y se divierten, toman juntos un baño, y todo está hecho.

En cuanto a los irulas, se casan ante un hormiguero, sin duda para adquirir, por su influencia, poderosa fecundidad, posteridad numerosa. Después de haber encendido un pedazo de alcanfor, el futuro pasa por el cuello de la desposada una cuerdecita y se la lleva así. Una suntuosa comida, que cuesta poco, y asunto concluido.

En lo que se refiere a las ceremonias nupciales, tampoco los badagas despliegan un lujo exagerado. En casa de la prometida bailan y se divierten; uno de los concurrentes, cualquiera, le arroja, como presagio de buen augurio, un bote de agua sobre la cabeza, su suegro le cuelga un collar de brillantes perlas. Un día que se cree propicio, la mujer es escoltada hasta su nueva casa, en la que penetra bajo ramos floridos; los padres la entregan a quien tiene derecho, se lavan las manos y se marchan, declinando así toda responsabilidad.

Si el desposado es demasiado altivo para ir en persona a requerir a su prometida, se toman la molestia de llevársela a su propia casa. Ella se prosterna ante el nuevo señor y amo, el que se digna ponerle perezosamente el pie sobre la nuca diciéndole: «¡Te deseo larga vida! ¡Tráeme agua!» Ella obedece, vuelve con un jarro lleno de agua, y todo ha terminado. Sin embargo, la mujer no tendrá derecho a título oficial de esposa sino después de haber salido felizmente del primer embarazo. Si lleva un fruto durante seis meses, sin accidente alguno desagradable, se procede al casamiento definitivo. Una comida reúne a las dos familias, después de la cual el padre coge del brazo a la joven esposa. Esta se levanta, llama la atención y enseña su vientre abultado. El recién casado se adelanta: «— ¿Me permites que ponga este cordel al cuello de tu hija?» «— Sí», contesta su suegro. Después de la sencilla ceremonia, la boda oficial ha terminado; el niño será reconocido como legítimo. Se presenta un plato; parientes y amigos depositan sus arras. Algunos jóvenes difíciles de complacer, hacen tres o cuatro pruebas antes

de encontrar calzado para su pie. Después del casamiento a prueba, existe el casamiento temporal. Y como si todo eso no fuera suficiente, los divorcios son de una extrema facilidad.

Tales son las formas ordinarias del casamiento, pero la más considerada es la del rapto, que ambicionan las niñas románticas. Los primeros esposorios tenían lugar, en efecto, de ese modo. Con hacha o cuchillo en mano, nuestros remotos padres se hacían amar de nuestras remotas abuelas. En materia de mujeres, el axioma: «la propiedad es el robo» fue indiscutible durante largo tiempo.

El joven badaga que no ha podido obtener a la joven elegida de su corazón, hace saber que la conseguirá o se suicidará. Sabido lo cual, sus amigos le ponen al frente, y, si es necesario, van a buscar refuerzos entre los todas, volviendo un grupo de robustos mozos. El rapto se consigue la mayor parte de las veces; si la joven, por azar, no encuentra la aventura de su gusto, no tarda en envenenarse.

Si la mujer aborta, los esposos, para evitar que la desgracia se repita, se dirigen a no sabemos qué dios, le ofrecen nueces de coco, le prometen una sombrilla de plata; la mujer ofrece a Siva sus votos, se compromete a levantarse una piedra como ara, igual a las que se encuentran frecuentemente en el país. A ese propósito, los badagas desentierran con frecuencia hachitas de sílex que ellos toman como producción natural del suelo, «juego de la Naturaleza».

La mujer infecunda, cuyos botos no acoge el cielo, invita a su marido a hacer una adopción, la cual se efectúa por un curioso símbolo: El padre pasa la pierna por encima de la cabeza del niño que acaban de traerle. Ordinariamente la estéril va a buscar a la hermana que le sigue en edad y la hace aceptar como segunda esposa; de otro modo ella se marchará a ocultar su vergüenza a la casa paterna y será dichosa si encuentra algún viudo con familia pequeña a la que se consagrará, o algún viejo sin casera.

De cualquier modo, el cónyuge conserva la prerrogativa de despedir a su esposa cuando haya cesado agrardarle, aun cuando haya sido fecunda, quedando libre para celebrar tantas bodas como quiera o pueda. Usa, no obstante, muy raramente de ese derecho; y si la primera alianza le ha dado sucesión, se dará por muy satisfecho. En suma; los lazos de la familia no cohiben de modo enojoso los movimientos y libertad de los badagas, hombres o mujeres. La casada, si no encuentra satisfacción en su casa, puede marcharse, a condición, no obstante, de abandonar a sus hijos. El marido restituirá los cuatro cuartos que haya podido llevar al matrimonio; ella se vuelve tranquilamente a casa de sus padres, y espera las proposiciones de nuevos amantes.

La esposa no comprendida amenaza a veces con quitarse la vida; amenaza que no se echa un saco roto, porque se suicidará fácilmente, cosa, sin embargo, bastante insólita entre los primitivos. Esas señoras, esas señoritas, les cuesta muy poco coger la adormidera, masticarla y caer en el sueño eterno. El heroico remedio es conocido: por la joven, si pretenden imponerle un hombre que no ama; por la casada, si quiere hacerse sentir.

De vez en cuando las viudas se hacen una gran reputación estrangulándose sobre la tumba de sus esposos. Eso es morir gloriosamente, y luego son invocadas por las esposas como divinidades tutelares. Las mujeres chinas suelen también abundar en esas ideas.

Los todas, hombres y mujeres, como gentes prudentes, no se casan sino bajo buenos auspicios. Es preciso que el joven pretendiente arregle antes cuentas con su futuro suegro; las mujeres están caras allá. Si se ponen de acuerdo, los dos jóvenes son encerrados inmediatamente bajo llave. La suegra del futuro está encargada de dar la comida durante el encierro con su hija. Pasadas veinticuatro horas, abre la puerta, y si el pretendiente no ha sabido complacer, es despedido. ¡Y hay que oír las pullas de los camaradas!

Si quedan mutuamente satisfechas las partes, el suegro firma la adopción, pone el pie sobre la cabeza del joven (esta ceremonia se llama de la *Ada Buddiken*), como si declarara: «Tú eres mi hijo, tú te has visto bajo mis pies, como el recién nacido caído a los pies de su madre que acaba de darlo a luz». Este homenaje se exige al joven una sola vez, pero la mujer deberá presentarlo en varias ocasiones a los padres de su esposo, a los viejos de la casa y a los hermanos del marido. Todos le pondrán el pie derecho, y luego el izquierdo, sobre la nuca; luego el hombre de más edad de la casa la levantará y le pondrá su mano derecha sobre la frente en señal de adopción.

Por ese acto simbólico, la extraña, aceptada como hija por todos los que tienen la autoridad en la casa, queda reconocida cual una sirvienta, igual a humilde criada, «buena para todos». En efecto, la poliandria reina entre los todas lo mismo que en el Tibet y pequeño Tibet, igual que entre los courgs, los naires de Malabar, los cingaleses y tantos otros. La poliandria tódica ha conservado bien distintas huellas de la antigua adelfogamia, en virtud de la cual un grupo de hermanos se casaba con otro grupo de hermanas. El hijo mayor hace la elección, toma la joven que le conviene. A medida que los hermanos menores alcanzan la edad de casarse, son mancomunadamente responsables del pago de la suma convenida con el suegro. La mujer casera, puesta en acción literalmente, vive durante un mes con cada uno de los asociados que van llegando al grupo, los cuales se reparten los niños del modo siguiente: El jefe de la familia toma el mayor; el hermano segundo se encarga del segundo pequeño, y así sucesivamente. Detalle significativo: todos los tíos gozan del título de *papaítos*. Mujeres, niños y bestias, todo es común en el *maud*; la mujer, una vez poseída, deja de poseer ninguna cosa.

Pero aun habiéndose apropiado a la esposa y a sus hijos, los asociados en la comunidad conyugal no han adquirido con ello el goce exclusivo de su persona. En compensación a su múltiple servilismo, tiene ella derecho, por su propia cuenta, a tomar para su servicio a un caballero, los más frecuente cualquier joven que no ha sabido hallar con quien casarse, a causa de la poquedad de las partes. No obstante, la más cordial armonía reina en esas familias tan extrañamente compuestas. Hasta se pretende que es grato a la mujer toda tener tantos amigos como esposos se le han impuesto, los cuales serán tratados con exquisita cortesía. La cosa merece numerosas confirmaciones, pues sobre una práctica paradójica se debieran prodigar los detalles. Por desgracia, la gazmoñería británica se ha puesto; los autores que nos suministran esos preciosos informes (Hong, Harness) lo hacen con disgusto, seca y brevemente, como protestantes escandalizados de tales inmoralidades; otros se limitan a decir que no pueden ni siquiera mencionar las torpezas de que esas criaturas se hacen responsables, torpezas que probablemente no son otras que las uniones entre hermanos y hermanas, entre medio hermanos y hermanas, todo lo más.

No quiere eso decir que esas buenas mujeres no piensen en ser modestas y convenientes tanto como la que más. Sólo que ellas hubieron de redactar a su gusto el código de las convivencias, la *Civilidad pueril y honesta*. Eran reservadas y prudentes hasta no dejarse aproximar a nadie más que sus maridos y amantes; hasta se sentían presas de indignación si un extraño rozaba sus ropas. Esto debe decirse del pasado, pues desde que los señores extranjeros afluyen a esa país tan encantador y tan sano, se dice que los todas, generosos y desinteresados cuando no conocían el dinero, ponen ya agua en la leche, que ha dejado de ser exquisita, bendicen céntimos, tabaco y aguardiente; que las mujeres y las jóvenes, entregadas a una vida de prostitución, están roídas por enfermedades sifilíticas. Como siempre y en todas partes, ha bastado la presencia de los civilizados para envilecer y envenenar a pueblos que les habían acogido con amistad y buena voluntad.

Hemos dicho que en tiempos pasados, el hermano mayor, comprando una joven, adquiría, para la comunidad de que era jefe, el derecho a tomar por precio convenido a todas las hermanas menores a medida que llegaran a la edad de la pubertad. Sin embargo, la segunda era particularmente atribuida al segundo hermano, y así sucesivamente. En ese sistema de

«fraternidad matrimonial», según frase de Lubbok, o para emplear el lenguaje de Linneo, en esa adelfogamia poliandro poligénica, cada mujer tenía varios maridos, todos hermanos, y cada hombre disponía de varias mujeres, todas hermanas. Pero al correr del tiempo se introdujeron modificaciones. Encontrándose bastante bien provistos con una mujer colectiva, los esposos permitieron a sus cuñadas que se casaran con quien pudieran. Los tiempos eran duros y era prudente la economía; tres hombres se contentaban con dos mujeres o cinco con tres. Demasiado respetadas por los hombres, las mujeres fueron de difícil colocación, y como entre los khouds, los radjpoutes y tantos otros, se introdujo el abominable infanticidio femenino. La madre o sus amigas eran las naturales encargadas de ese odioso acto. Interrogada una toda, contestó:

«Nosotras no matamos jamás a los niños. En cuanto a las niñas, es diferente, pero con todo, sólo matamos a las fuertes y robustas; respecto a las raquílicas y deformadas, no nos atreveríamos a tocarlas, eso sería pecado».

Raquílicas y deformadas había pocas. Así, pues, se conservaba la mayor y se suprimían las que venían después, en su mayor parte, tarea que realizaba una vieja ahogándolas en leche, o amordazándolas con un trapo para privarlas de respirar, depositando luego el cadáver a la puerta del establo para que los animales, a la salida, le aplastaran bajo sus pies. Los pequeños cadáveres eran enterrados, jamás quemados. Como se ve, hay otros maltusianos además de los devotos del reverendo Malthus, apóstol del Evangelio, según Manchester.

El gobierno inglés prohibió severamente el infanticidio. Marshall, después de investigaciones minuciosas, afirma que ese crimen ha desaparecido, y consigna un hecho singular: los nacimientos femeninos, lejos de igualar a la natalidad masculina, no alcanza sino la proporción de un 70 por ciento; anomalía que se explica por el predominio que desde luengas generaciones habrá dado a las familias que producían, por casualidad, menos niñas que niños. La tendencia convertida en hecho natural, determinará entre los todas una variedad más productora de machos. Por otra parte, ese mismo hecho ha sido conservado, según se dice, en todos los países de infanticidios femeninos. Se cree que existen razones suficientes para afirmar que en un país de poliandria, se produce un exceso de nacimientos masculinos, y exceso de nacimientos femeninos en las regiones donde impera la poligamia. Según eso, la naturaleza parece ser que se acomoda a nuestros caprichos. Pero eso hechos sólo están indicados; la demografía no posee documentos suficientes para resolverlos. Sea lo que fuera, ese pueblo disminuye constantemente, y son numerosas las razones que se asignan a ese decrecimiento. A cada especie animal o vegetal le está asignado un período de tiempo indefinido: la familia de los todas toca al fin de su período.

También el período adelfogámico desaparece; actualmente no hay un toda, por poco acomodada que su situación sea, que no quiera para él sólo su mujer; el casamiento poliándrico no es más que para los más indigentes. Sin embargo, el levirato, último corolario de esa costumbre, el levirato que la historia de Booz y de Ruth ha hecho familiar a judíos y cristianos, está en vigor en los Nilgherris, en donde la viuda tiene todavía derecho a casarse con su cuñado. De un modo o de otro, las que no están bastante emancipadas encuentran siempre el modo de volverse a casar, y la viuda joven de treinta años que se negara a contraer matrimonio nuevamente, sería señalada desfavorablemente: «¡Está loca!» dirían de ella. Hay que decir que jamás un toda ha maltratado a su mujer. En país de poliandria, un marido refunfuñador o brutal es cosa desconocida. Y ello se comprende: no se tiene el derecho de propiedad.

Los casamientos entre parientes próximos no han tenido malas consecuencias. Ese pueblo, practicando la más estrecha endogamia desde hace siglos, goza de una constitución atlética, de un físico agradable, y es conocido por la dulzura de sus costumbres, por la paz y la tranquilidad de su existencia.

Al morir el padre, los rebaños se reparten equitativamente entre todos los hermanos. La casa pertenece al más joven, que alojará y cuidará de las mujeres de la familia durante su vida. Ese es el derecho de *juveniou* (infantazgo), que subsiste aún en algunas partes del globo, entre los muros, los kohls y cotas, entre los tártaros, y sin ir tan lejos, en algunos distritos del Peregord. El «Borough English» de la Gran Bretaña o la «costumbre de Ferrette», como se dice en Francia, se funda en la preferencia natural de las madres y los abuelos sienten hacia los más jóvenes, especialmente confiados a sus cuidados y ternuras; el último vástago, el chiquitín entre todos, es siempre el querido de la madre, mientras que el primero, el mayor, es el preferido del padre. La ley de Manou hacía de la procreación del primer hijo un deber estricto, una ordenanza religiosa, abandonando al buen deseo la generación de todos los demás, designándolos con cierto desdén como los «hijos del amor». Así es que el primero y el último tienen ciertas ventajas sobre los intermediarios, que se ven constreñidos a procurarse la vida sea donde fuera, puesto que el mayor toma la tierra y el último la casa. La casa porque el pequeño es la madre. En efecto, sucedía mil veces que, al morir el padre, el último hijo, débil criatura de pecho, no había nacido sino para perecer; la casa era, pues, dejada a la viuda para poder criar a su hijo, el cual, llegado a edad de hombre, tenía contraído el deber de conservar a su madre, haciéndole la existencia feliz. En definitiva, la ley de *juveniau* es una reminiscencia del antiguo matriarcado.

Hacia el séptimo mes del embarazo, el toda y su esposa penetran en los más profundo del bosque, eligen un árbol y en él cuelgan una lámpara encendida -luz y vida son en todas partes sinónimos-; la mujer se arrodilla y recibe con profundo respeto un arco y flechas minúsculas; las deposita junto al tronco del árbol y luego comparte con su marido la comida de la tarde. Juntos, sin otro abrigo que el de la enramada, pasarán la noche en la selva, poniendo así al niño que ha de nacer bajo la protección de los árboles y sus genios tutelares.

El parto tiene lugar al aire libre, y después de haber dado a luz, se le entregan al padre tres hojas de árbol precitado, que, tomándolas por copas, pone en la primera algunas gotas de agua con las que humedece sus labios; luego trasvasa el líquido restante a las otras dos hojas; la madre bebe su parte, y hace beber al recién nacido la restante. Así es como el Padre, la Madre y el Niño, primera trinidad, celebran su primera comunión y beben el agua vivificante, más sagrada que el vino, en las hojas del Árbol de la Vida.

Después el día siguiente por la mañana, la madre se traslada con su recién nacido a una cabaña instalada en lo más espeso del bosque, probablemente bajo las ramas del árbol místico. Permanecen allí hasta la luna nueva, permanencia que puede ser de un día o de cuatro semanas. Pero cuando la madre se ha reintegrado a la casa, el padre la abandona y va, a su vez, a vagar por el bosque durante toda una luna. Costumbre muy parecida a la de la covada.

¿Por qué el niño, arquero antes de nacer, debe comenzar así su vida de selvícola? ¿Es acaso el vestigio de una época, desde hace tiempo olvidada, cuando el toda ignoraba otra industria que la caza en el bosque? ¿Es una reminiscencia de la antigua y universal leyenda, que declara al hombre salido de la encina, del álamo o del sicomoro, un recuerdo de la tradición que les llama Iggdrasil, la cascoja; Askr, el fresno; Vidhr, el sauce; Reynir, el serval? ¿Qué les presenta como germinados del bayuco, de una pepita, de una bellota o de una nuez? ¿Pretenden acaso poner al toda pequeñín en relación de simpatía con los árboles, maravillosos gigantes de vegetación? ¿Quieren que transmita al chiquitín la «Sal» de su gracia y de su belleza, el «Tek» de su poder y longevidad, el «Maoua» de su gracia y de su perfume embriagador?

Ponerle un nombre es otro asunto importante. El padre envuelve al niño con su manto y lo lleva al establo mayor. Sin entrar, poniéndose a distancia respetuosa, saluda al santuario con ademán solemne, saca al pequeño de la envoltura que le hacía inmune al mal de ojo y a las corrientes de aire, lo levanta bien alto ante el cobertizo, donde están indicados los dioses del pueblo, luego lo inclina lentamente hasta hacerle tocar el polvo con la frente. Y cuando yace en

tierra, pronuncia un nombre y se pone a orar: «¡Caiga la bendición sobre nuestros hijos! ¡Prosperen los toros, las vacas y el pueblo entero!» Los nombres masculinos son tomados de cosas divinas, tales como los establos y las fuentes. En cuanto a las niñas, la madre, sin gran aparato, les pone el nombre que mejor le parece.

A los niños de pecho se les desteta a los treinta y seis meses, no antes; frecuentemente se les deja mamar hasta los seis años.

Bajemos ahora a nuestros amigos los agricultores. El *bambino* badaga no tiene valor alguno hasta que la madre no ha tragado algunos pellizcos de ceniza y un trozo quemado de *acorus calamus*, cuyas ingredientes comunican a la leche no sabemos qué propiedades. El mamón ingurgita esa *fætida* y un escrúpulo de cierta masa viscosa, reputada divina, que suele encontrarse raramente en las entrañas del toro; esa secreción se parece sin duda a esas pretendidas piedras de bezoar, a las que en la Edad Media se les atribuía extrañas virtudes.

Hay días fastos y días nefastos; los niños que nacen en la plena o nueva luna, se cree que han venido a la vida en mala hora. De la vaca que pare en viernes, lo mismo que de su cría, se deshacen rápidamente.

De los veinte a los treinta días, la familia reconocía a la criatura. Se reúnen los hermanos de la madre -de la madre, fijarse bien-; el de mayor edad lo coge en sus brazos, le agujerea las crejas y le da un nombre en alta voz.

La primera vez que se le corta el cabello al niño, es un día de gran fiesta.

Después de las necesidades puramente animales de comer y beber, ninguna otra es más profundamente sentida que la de las emociones. En cuanto a las necesidades intelectuales, sólo surgen en último término. El dolor es más fácil de producir que el placer; en la gama de las sensaciones, las notas del sufrimiento son más accesibles, numerosas y variadas que las demás. Los pueblos, hasta los pueblos niños, lo saben bien. El hombre primitivo aprovecha evidentemente las ocasiones para emocionarse con los dolores de otro, y si no puede hacer otra cosa, con los suyos propios. Por consecuencia, la justicia no ha sido otra cosa, hasta el presente, que un sistema de penas y suplicios. La religión -pretexto de maceraciones y torturas- sintiendo que la vida terrestre no era aún bastante dolorosas, ha imaginado los tormentos eternos. Las fiestas natalicias y nupciales no siempre han sido exentas de crueldad, y muchas veces se ha cogido la ocasión de los obsequios para derramar sangre e infligir dolores. Las que nosotros vamos a contar entre los todas y los badagas pueden contarse por entre los más inocentes, pero están bien pensadas para producir emociones. Con tal que la emoción se produzca, poco importa que sea agradable o desagradable. Entre los primitivos, la distinción entre el placer y la pena, el dolor y la alegría, está menos acentuada que entre nuestros civilizados. En sus entierros nuestros montícolas bailan y cantan, consumen todas las provisiones que pueden tener, pasan de las risas a los llantos y de los sollozos a la loca alegría. ¿Están tristes? ¿Quién lo sabe? Así, por ejemplo, los todas se reúnen en casa de un amigo, le abrazan media docena a la vez, le hacen desaparecer en medio de una pirámide que ellos forman apoyando todos su cabeza sobre la del amigo, y luego cantan, lloriquean, gruñen y gritan. Un grupo aúlla y se lamenta: ¡ay! ¡ay! ¡ay! Otro grupo le contesta con entonaciones más sordas todavía: ¡ay!, ¡ay! ¡ay!, ¡ay! ¿Creerán, acaso, que el hombre a quien visitan está enfermo, que va a morir o a marcharse por largo tiempo? Nada de eso; regresa de viaje y se regocijan de volverle a ver sano y salvo.

Una badaga acaba de fallecer. Sigamos sus funerales: la fiesta durará lo menos tres días.

A la entrada del villorrio se yergue un eucalipto, árbol sagrado, ante el cual se levanta una especie de altar, una gruesa piedra derecha, alta de unos cinco pies; el todo rodeado por un

círculo de guijarros. El cadáver, echado sobre una cama con dosel y adornada con grandes hojas, se pone a la sombra del gran árbol, y se llevan provisiones de viaje: el arroz en cenachos, la leche en vasijas. Simientes en grandes puñados se arrojan al fuego y se distribuyen entre los asistentes; los pobres y los forasteros llevan *banastos* llenos.

Nos encontramos en la mañana del primer día. He ahí que aparece una procesión. A la cabeza forman músicos cotas. Los parientes y amigos desfilan ante el cadáver tocando un ángulo del lecho mortuario. Empolvados todos ellos, arrojan a la difunta polvo abundante y se prosternan exhalando gemidos. Las mujeres se arrojan sobre su antigua compañera, la apostrofan llorando, le hacen caer leche de sus pechos sobre los muertos labios. Siguen después todas las vacas de la familia, para que la difunta se regocije al verlas por última vez, para que se despidan de todo lo que el mundo posee de más hermoso. En último término del cortejo, los muchachos se presentan con sus manos juntas, apoyan sobre sus frentes un hocino acabado de afilar. Cada cual a su vez se detiene, deja caer un puñado de tierra sobre la cara de la fallecida, saluda profundamente y se retira. Con esos instrumentos cortantes sobre la frente ofrecen un sacrificio: no cabe duda que ese siniestro símbolo recuerda alguna atroz realidad de tiempos pasados.

Esas genuflexiones y lamentos sirven de prelude a la zambra, a la gritería. Adoptando una apariencia terrible, lanzando sus brazos hacia adelante, crispando los puños con violencia, arrojándose sobre el suelo y levantándose súbitamente, los hombres robustos parece como que están en lucha con demonios que quieren llevarse el alma de la difunta. Los malos genios son rechazados, los afligidos hacen un alto en sus gemidos y sollozos, y como sacudidos por una fuerza eléctrica, agitan los brazos y estremecen las piernas. Empieza la danza, lenta, indecisa, luego se acentúa, se acelera y degenera en locos movimientos, en furioso cancan. Algunos espectadores, tranquilos hasta entonces, se enloquecen también y se precipitan en el torbellino. Arrastrados por el delirio, se despojan de sus vestidos, los cambian por el de una mujer y gesticulan de un modo obsceno. Todo eso, según se dice, es para asistir a la difunta, para comunicarle sus fuerzas, para que haga provisión abundante, pues tiene, tendrá gran necesidad de ella en su largo viaje. Porque de buenas a primeras ha de subir hasta la cúspide del Kaylasa; después necesitará caminar por ciénagas y lagunas, por abismos y precipicios, tendrá que hacer la difícil travesía del Río de la Muerte. Sobre ese río hay tendida una débil cuerda, y toda alma se aventura antes de penetrar en su última morada. ¡Desgraciada si resbala o da la vuelta! Ninguna, ni siquiera la mejor y la más justa, está segura de no zozobrar, de no perecer en la espantosa travesía. Hay que desafiar un monstruoso cetáceo, la marsopa; y además dos demonios: Fauces de Cañón y Pico de Buitre, el uno que traga y el otro que desgarrar. Con los esfuerzos y las sacudidas, con las agitaciones y estremecimientos, se ayuda a la difunta a cogerse del sol, a subir hasta él, luchando y saltando por la acerba cuesta del firmamento.

Esa superstición nos parece absurda y fantástica; sin embargo, no se extraña entre los europeos. Ciertos valacos no quieren que se les obsequie en las horas matinales, precisamente por librar el alma de la ruda ascensión al cenit; temen, sin duda, que se rinda siguiendo al sol; y si toma más fácil camino, tiene menos peligro de extraviarse y de caer, desfallecido, como presa de los vampiros que la acechan.

Sea lo que fuera, cuando ese astro soberbio, alma del mundo, ha llegado a lo más alto de su carrera y deja caer sus rayos sobre el círculo de los Nilgherris, el alma badaga que se deja rodar por los flancos del monte Kaylasa, no tendrá que hacer gran camino hasta el Palacio de las Almas. Allí descansará esperando que se le anuncie, por quien tiene derecho, que el portero ha recibido permiso para abrir. En la tierra cesa el estruendo; se enjugan las fuentes, se deja caer al borde del sendero, y los bailadores, rendidos, se alejan volviendo atrás la mirada.

Pero aun no se está más que a la mitad de la ceremonia. El cuerpo no ha sido aún transportado a su última morada; aun es posible que su espíritu pueda y quiera entrar en el cadáver -las mal

intencionadas trabajan-. Por el momento, el alma está en espera, ignorando la acogida que tendrá en el otro mundo. En previsión, se le había entregado el portazgo que el portero le reclamará. Desde que un enfermo entra en la agonía, se le pone sobre la lengua un grano de oro, pequeñísimo, y si no tiene fuerza para tragárselo, se lo cosen en un trapito y le prenden luego a un brazo. El óbolo a Caroute, práctica universal, se encuentra hasta entre los campesinos de Francia.

Cuatro hombres cogen la parihuela, se la cargan sobre los hombros y se ponen en marcha, precedidos por la música. Formadas en línea, por la izquierda, las mujeres ahuyentan las moscas al cadáver con sus abanicos. Delante del cortejo corren algunos hombres, se vuelven bruscamente y se dejan caer sobre el suelo, tan largos como son. ¿Por qué? No lo dicen. Junto a un arroyo tiene siempre lugar la incineración. El cuerpo es depositado sobre las maderas de la hoguera, con diversos objetos, como adorno, de uso doméstico, y que el humo se llevará. El hombre está provisto de un arco, de un puñado de flechas y de un bastón de viaje; no ha olvidado su cantimplora preciosa, ni su fiel flauta. Los morteros y mazas de picar el grano están comprendidos en el traslado, así como varios objetos, los cuales pueden substituirse por otros imitados de poco precio. Los muertos no tienen pretensión por estos o los otros instrumentos materiales, no necesitan herramientas fuertes y pesadas; en el reino de las sombras no se necesitan sino imágenes. Scarron lo sabía muy bien.

Para que los jueces de ultratumba reciban al difunto con benevolencia, es necesario que les sea entregado puro, limpio y sin mancha. Con tal objeto tiene lugar una ceremonia que los misioneros cristianos se han complacido en consignar la semejanza con los ritos mosaicos, llamados de la «Vaca Roja» y del «Cabrito Hazazel». Los pecados de Israel eran transportados sobre la vaca que se quemaba en el altar, y sobre el macho cabrío que cazaban en el desierto. Ciertos montañeses de China condenan un hombre a la Peste. La hacen entrar en su persona por medio de ciertos encantamientos y él vacía el departamento. Cargan también crímenes y delitos sobre un desgraciado, que se deja inmolar a condición de que la comunidad cubra las necesidades de su familia (Hellwald). Los todos tienen una vaca expiatoria que degüellan, y cuyos terneros abandonan luego en el monte; los gondos pasan sus crímenes y delitos a las aves del corral, que hacen luego volar a las lagunas; del mismo modo los badagas endosan las faltas del difunto y las de sus antepasados a una ternera que luego persiguen a golpes hasta en medio del bosque. Obsérvese que ese novillo llamado Bassava, y por el cual hacen arrastrar sus pecados, es una encarnación de Vaudi, el propio hijo del dios Siva.⁸ El culpable toma de ese modo al juez para que responda, el criminal identifica con el castigador de los delitos, el cual sabrá siempre arreglar sus cuestiones. ¡Es un triunfo de la sutilidad humana esa manera de arreglar las cuentas con su propia conciencia!

Los oficiales se colocan ante la hoguera, y teniendo a un novillo por los cuernos, recitan una liturgia que nosotros abreviamos.⁹

«Mada, nuestra hermana, abandona el mundo donde se muere, emprende el viaje, el gran viaje. Mada ha muerto. Pero he aquí Bassava. Sobre el torito nacido de Barrigé, la vaca abigarrada, depositamos nosotros los mil y ocho pecados que ha cometido Mada, y todos los pecados de su madre, y todos los pecados de su abuelo, y todos los pecados de su abuela, de su tatarabuelo y de su familia entera”.

“¿Qué ha hecho Mada? Ha pecado, ha pecado mucho. Y he aquí los pecados que ella ha cometido”.

“Mada hizo que sus hermanos se querellaran”.

⁸ Bauchofeu, *Antiquarische Briefe*.

⁹ Graul, *Die Westküsti Ostindiens*.

“Mada envenenó la comida de otro”.

“Mada extravió a quien le preguntó por el camino”.

“Mada negó el arroz al hambriento”.

“Mada no admitió en su hogar al viajero cansado”.

“Mada arrojó espinas sobre el camino”.

“Mada rompió con ira los vestidos prendidos en el zarzal”.

“Mada cortó las raíces del árbol solitario”.

“Mada agujereó la pared del depósito para que se escapara el agua”.

“Mada bebió en el arroyo sin saludar ni dar gracias”.

“Mada escupió en las fuentes”.

“Mada orinó en el fuego”.

“Mada excretó ante la faz del Sol”.

“Mada fue acusadora de sus hermanos”.

“Mada enseñó los dientes a su hermana”.

“Mada levantó el pie contra su madre”.

“Mada se acostó sobre un tapiz, cuando su suegro no tenía donde sentarse”.

“Mada, por agasajar a los extraños, echó fuera a sus parientes”.

“Mada fornicaba con su yerno”.

“Mada miró la cosecha de su vecino con envidia”.

“Mada codició la vaca del vecino”.

“Mada cambió de sitio un lindero”.

“Mada aró con un toro demasiado joven”.

“Mada mató una serpiente y un lagarto”».

A cada enunciación, la asistencia repite con voz sorda y gutural:

«¡Lo cual es un pecado!... ¡lo cual es un pecado!»

La infeliz difunta no había, ni con mucho, cometido los pecados que le se imputaban; pero diciendo todos los pecados que pueden cometerse no omitían ninguno. Además, los crímenes no cometidos podían haber existido en intención. Esa letanía recuerda la «confesión de las Cuarenta y dos Culpas» puesta por el «Ritualismo funerario» en boca del difunto, que se

presentaba ante los cuarenta y dos jueces del Amenti egipcio. El alma se defendía también de haber cometido robos, adulterios o asesinatos, de haber profanado las cosas santas, de haber hecho llorar a los parientes.

«¡Que los mil y ocho pecados recaigan sobre Bassava! ¡Sobre Bassava todos los pecados de sus parientes! ¡Sobre Bassava todos los pecados de sus ascendientes!»

Y el coro:

«¡Que todas las iniquidades caigan a los pies del búfalo, y que los destruya con sus pezuñas! ¡Sobre Bassava todos los pecados de Mada! ¡Que desaparezcan, que desaparezcan y que no se les vea más!»

Y todos, arrojándose sobre el novillo, le empujan y golpean y persiguen gritándole: «¡Arre! ¡lejos de aquí! ¡lejos! ¡bien lejos!» Y el animal, aturdido por el ruido y los golpes, arranca furioso y corre hacia el bosque. Ahora que los pecados de Mada corren por la espesura llevados por Bassava, que no volverán a ver, la muerte a pasado a ser santa, y la asistencia entona la letanía de sus virtudes:

«Mada besaba los pies de su padre y la rodilla de su madre».

Y el coro, con acento convencido:

«¡*Lo cual es acto meritorio!*»

«Mada se prosternaba ante la luna».

“Mada abría sus manos ante el sol”.

“Mada protegió al buey perseguido”.

“Mada dio asilo a la vaca atropellada”.

“Mada daba manteca, manteca abundante como la lluvia”».

«¡*Acto meritorio, acto meritorio!*»

Luego se levanta una mujer y celebra las altas cualidades de la difunta. Habla ésta de abundancia, las comadres la interrumpen completando el panegírico: «— ¡Siempre buena madre!... — ¡Sí, sí; cuántas limosnas ha distribuido!... ¡Sí, sí!» La emoción se apodera de la asamblea, las voces se interrumpen por sollozos; las ancianas se desolan, los muchachos aúllan. Todos a la vez espantan las moscas de su pálida cara, ofrecen a la difunta las últimas dulzuras: tabaco, betel, pimienta y azúcar de cebada.

Pero se hace tarde, es preciso terminar. Los celebrantes invitan al silencio, y dirigiendo los brazos hacia el Septentrión, exclaman:

«¡Ábrete, gran boca del sepulcro!»

“¡Mada pasará el río que separa el mundo de los vivos del mundo de los muertos!”

“¡Pasa sobre el puente, oh Mada, y que el hilo no se rompa!”

“¡Delante de Mada, cierra, oh dragón, tus espantosas fauces!”

“¡Que los pedruscos no cierren a Mada la residencia bienaventurada!”

“¡Que los Pilares Incandescentes no le quemen las manos!”

“¡Que no sea detenida por la muralla de oro con columnas de plata!”

“¡Puertas de la eternidad, abran sus dinteles ante Mada!”»

Un hombre se aproxima llevando en la mano una tea encendida; la aplica a la leña volviendo atrás la cara.

Al día siguiente, los parientes se cortan barba y cabellos, reúnen las cenizas, las llevan al arroyo y los huesos no incinerados los cubren con piedras. Las gentes pobres son autorizadas directamente para buscar entre las cenizas las joyas deshechas.

Cada aniversario, los amigos cantan y bailan ante el pequeño montón de restos funerarios. De vez en cuando se interrumpen para revolcarse sobre las cenizas y taparse la cara. La ceremonia, mezclada con abundantes comidas, dura tres o cuatro días, y se termina con una orgía que los misioneros juzgan imposible de describir. Tiene seguramente por objeto vivificar el alma errante, ponerla en estado vigoroso.

Pasemos ahora a los inmediatos vecinos de los badagas:

El toda que se siente morir, no quiere abandonar el mundo como un bergante, como un hombre cualquiera; le sería desagradable marcharse por coacción o por fuerza. Para despedirse de sus amigos y bienqueridos, se atavía con sus mejores vestidos, se cubre de gargantillas y joyas que no le abandonarán hasta fallecer o curar. Se ha visto a los enfermos levantarse, concentrar todas sus fuerzas, hacerse bravos y pararse en todas las puertas, adornados con su quincallería, vestidos con su más bella toga, ostentado el lujo de un manto nuevo, las manos en los bolsillos repletos de azúcar, trigo tostado y otras pequeñas golosinas, y luego, terminadas las visitas, volver jadeantes, caer en la agonía. Prefieren no desaparecer sino en días fastos: domingo, jueves o sábado. Pero la muerte no siempre consulta las conveniencias y se permite la libertad de llevárselos sin consultar la opinión del destinado.

El cadáver es depositado en un cobertizo cerca del aprisco. Se cubre la puerta con sudario, se le pone de pie teniéndole por la derecha y por la izquierda. Se conducen hasta allí todos los rebaños, al cuello de las reses se prende un cencerro sin badajo y se les grita: «Sigan al amo!»

Los afligidos abren una fosa y, arrojando la tierra sobre el difunto y sus ganados, dicen en alta voz: «¡Vuelve a la tierra!»

Al desfilar las vacas y los toros, los novillos y terneras, cada animal marcha entre dos hombres que lo llevan por los cuernos. Sobre el animal que pasa se levanta el brazo tieso y se hace tocar la frente con un ademán que explica la locución del derecho romano: «El muerto sobrecoge al vivo». Y esta expresión del recto cañón: «Los bienes de mano muerta».

Sobre la leña de la hoguera, compuesta de siete maderas olorosas, se exponen varios objetos, propiedad personal del difunto, y algunos comestibles, sin olvidar una botija de agua. Se alumbró un fuego por medio de la frotación de dos varitas sagradas. Mientras la llama prende, el cuerpo es balanceado por tres veces, luego acostado y vuelta la cara hacia el sol; actitud clásica de las víctimas inmoladas a los dioses infernales.

«¡Está tranquilo; está tranquilo! ¡Nosotros te procuraremos toros y terneras! ¡Que todos los pecados te sean perdonados! ¡Ve sin temor, jamás te faltará leche para beber!»

En el último instante se corta una guedeja de la cabeza, envuelta ya por el humo. Y las mujeres se cortan también mechones, gritan, aúllan y se lamentan de dos en dos, frente con frente.

Hasta allí se conducen una o dos vacas; hombres y jóvenes se ponen por detrás, las cogen por los cuernos, las atraen y rechazan a tirones, las apalean y muelen a estacazos, y acaban por matarlas sin otras armas que los palos nudosos. Los pobres animales, tratados hasta entonces con afectuosa mansedumbre, resisten como pueden, llegan alguna vez a coger con sus cuernos, a patear alguno de los atropelladores, que no por eso dejan de gritar y golpear, ebrios de ruido, de tumulto y confusión. Y cuando la desgraciada bestia acaba de sucumbir, se precipitan todos sobre su cuerpo deformado y acarician el cuello de la víctima, su panza deshecha, se cabeza llena de heridas; los bárbaros parece ahora que no han tenido nada en el mundo que les fuera más querido.

Durante el atropello del infeliz animal el cuerpo ardía. Los fragmentos del cráneo, los huesos calcinados, se depositan en un pañuelo, juntamente con la guedeja que se le cortó, para ser suspendido todo en un pilar de la casa. Alrededor de esas reliquias flotará en lo sucesivo el fantasma de un dios tutelar.

Las joyas de oro y plata se extraen de las cenizas y se llevan a casa: el alma que acaban de abandonar, el espíritu eterno ya habrá recogido la parte inmateral. Los residuos sin valor, las fruslerías sin mérito, los brazaletes torcidos, los cuchillos sin empuñadura, los anillos de hierro, van con las cenizas a la fosa, que se cubre en seguida de tierra. Se pone una piedra encima y sobre ella se rompe una botija. El Palal cierra la solemnidad arrojando un puñado de grano sobre el toda, tomando el camino del establo, su santuario, por entre la muchedumbre que le abre paso. Después de eso, cada cual se inclina, toca la piedra con la frente y se marcha. Cuando la asistencia está fuera de la vista aparecen los cotas, que esperan con impaciencia el momento de despedazar los restos.

En lo sucesivo, nunca que se hable del difunto se pronunciará su nombre. El cobertizo construido para la cremación será destruido si ha sido levantado para una mujer. Será conservado, y nadie lo tocará, si ha servido para un hombre.

La primera ceremonia se denomina la de los «Funerales Verdes», porque se celebra con carnes aun frescas. Los «Funerales Secos», los de los huesos, tienen lugar con varios cadáveres a la vez. Se queman los objetos de uso personal: botes para leche, bastones, ropas y también los modelos de flautas, arcos y flechas -decimos modelos porque los todas hace mucho tiempo que han abandonado el uso de esos instrumentos-. Llegan los pañuelos en los que conducen los restos calcinados, y ponen el contenido de todos en un gran ropón: los despojos de cada muerto están separados en una alorza; tantos muertos, tantos pliegues en el mantón. Luego el mantón será colgado a la puerta del Templo Establo. Los muertos entran así a formar parte de las divinidades protectoras de la tribu.

A esos manes se les sacrifican vacas; una al menos por individuo. En otro tiempo se sacrificaban hasta cuarenta por individuo; pero las autoridades británicas han prohibido la inmolación de más de dos vacas por hombre muerto. El hocico de cada animal sacrificado se pone en contacto con el ropón mortuorio; la vaca espirada lanza su último aliento sobre los despojos del que fue su amo.

Los osarios, altos de unos doce pies, construidos con paja en forma de embudo, no se parecen en nada a los antiguos monumentos funerarios diseminados por la comarca, cromlechs druídicos y círculos de piedras, llamados por los todas *p'hius* -de una palabra que significa urna o bote-, y por los otros indígenas *Pandou Kolís*, las Tumbas de los Pandous. Debajo de grandes losas se encuentran cenizas, carbones, puntas de lanza y de flecha, a veces piezas de oro,

tierras cocidas representando diversos animales, tales como pavos reales, bueyes, tigres y antílopes.

La gran precaución del muerto ha consistido en marcharse seguido por algunas vacas de las que beberá la leche. Y los misioneros hablan socarronamente de esas almas tan materiales que comen y beben; preguntan algunos si esas vacas se adelgazan y si los gusanos se ponen en el queso. Estas objeciones de gusto discutible, conturban a los pobres todas, que, no sabiendo qué decir, acaban por protestar:

«¡Todo eso es farfulla! Hace ya mucho tiempo que los padres han enseñado lo que debemos creer y a ello nos atenemos. En el otro mundo se vive como aquí, seguramente. Nacer no es cosa fácil, pero una vez se ha empezado a vivir, hay que continuar».

Los convertidores insistían; pero los interlocutores contestaban terminantemente:

«Sus propagandas nos fastidian. Vale más no pensar en nada y estar tranquilos. ¡Basta ya!»

No teniendo otra ocupación que la de cuidar sus rebaños y la leche, los todos se gratifican con una inmortalidad bien feliz: pastores indolentes, por fértiles praderas y verdes parajes, soberbios toros rojos y hermosas vacas blancas. La muerte, dicen ellos, no es más que un paso, la segunda vida no difiere en nada de la primera. Am-Nor, ultratumba, es una comarca en todo parecida a los Nilgherris, con la sola diferencia que se extiende hasta más lejos,¹⁰ que las hierbas son más altas y más robustas las reses. Entre el presente siglo y la eternidad, hay un momento común, el paso a la otra parte, la muerte; entre el mundo terrestre y las regiones del otro mundo, existe un punto de contacto, el Makourte, ombligo de la Tierra, pilar del Firmamento. Es un picacho que sube hasta el cielo y domina una llanura inmensa. Sobre su cúspide en plataforma se reúnen las legiones de almas, a las que la ceremonia de los Funerales Secos ha desligado completamente de la tierra. Desde la eminencia del precipicio, las pobres lanzas ojeadas sobre las praderas, donde pacen tranquilamente los felices rebaños, dirigen la última mirada a la aldea, cuyos humos suben por entre los bosquecillos de árboles, ven por vez postrera la casita querida ante la cual los terneros, perros y niños se distraen, corren y saltan en confusión... El sol descende, se hunde en los esplendores dorados de Occidente. Después de él, las almas dan un salto; desde el picacho se lanzan al abismo, ruedan por las profundidades vertiginosas hasta que una nube detiene su caída. Se remontan por los aires inmensos, nadan por entre las ondas aéreas, resbalan por un plano surcado de rayos, abordan las nubes blancas y rosadas, islas flotantes en otro Océano azul, alcanzan el astro glorioso y desaparecen detrás de las brumas violáceas.

En la Polinesia, cuenta Wyatt Gill, las almas de los guerreros se arrojan también desde lo alto de una roca vertical y van a juntarse con el brillante cortejo de los espíritus, acompañando al Sol magnífico en su descenso hacia Hawiki, lugar de felicidad, jardín de las Hespérides.

Y desde las nebulosas de la Vía Láctea, el bravo toda distingue perfectamente los rebaños de toros que pacen tranquilamente por las praderas celestes sembradas de estrellas. Homero y Hesiodo conocían también la llanura esmaltada de asfódelos, en donde de edad en edad, de siglo en siglo, la Cabra Amaltea, el Cordero con toisón de oro, lo, la más hermosa de las terneras, y el toro de Júpiter, abrillantan las flores estrelladas de la Noche, guardadas por el boyero de los mil ojos, Argos, que los envuelve con su triste y eterna mirada.

Los pastores de los Nilgherris se absorben tanto en las preocupaciones del establo como en las de la familia. Los animales, con los que viven en relaciones de intimidad constante, les comunican no poco de su fisonomía y manera de sentir. El mismo aspecto dulce y pesado, la

¹⁰ *Am-Nor, Huma-Norr*, el Vasto País. Cfr. el Hadés Eurinomo con un Euridice por soberano.

misma gravedad, la misma flema pacífica con rayos de súbita cólera, la misma calma con asomos de ferocidad. La voz sorda, profunda y pectoral, imita en ocasiones los berridos, ronquidos y mugidos. El dialecto es bastante gutural para agradar a los gañanes de Schwytz y a los boyeros de Uri y a los «vaqueros de las Colombetas».

La pequeña humanidad que habita en las alturas de los Nilgherris, ha nacido de la Vaca, mama en su pecho maternal. Bruzar las vacas, ordeñarlas, mazar la leche en el odre, hacer manteca, ¿existen más nobles ocupaciones? ¿Puede haber para los ojos más agradable espectáculo que el de contemplar esos grandes y dóciles animales? Si no es posible aproximarse a ellos, se les mira de lejos; se les rodea de un respeto admirativo que llega a la adoración. El vaquero los guía y acaricia con una varita larga y delgada, ha encontrado un lenguaje *bufalénico*; «habla en búfalo», dice Marshall:

«Quítenles la vaca, y de repente toda su sociedad se disgrega y hunde. Los cuidados devotos de que rodean a sus rebaños, es su culto y su religión. El toda ensueña como las vacas... Obsérvenle bien, su mirada vaga, su actitud distraída; coge una rama bifurcada, la curva, la redondea en forma de par de cuernos. Al anochecer los mozalbetes vuelven de apacentar el rebaño con varios ejemplares de esos cuernos, para lo cual han trabajado todo el día».

¡Extraños luego de que la Tierra, madre de los humanos, de ubres fecundas, haya sido adorada en forma de vaca! Los pueblos agricultores tienen la religión del toro, los pastores la de la vaca y la oveja.

«Glorioso Júpiter, el más grande los Olímpicos, tú que encuentras placer en los excrementos de oveja, que te regocijas hundiéndote en el fiemo de los caballos y de los mulos...» cantaba un Orfeo¹¹ al tiempo que Homero celebraba los divinos porqueros¹². Ese culto hacia los bovinos no ha desaparecido entre nosotros -sin hablar del Vellochino de oro-. Cualquiera de nuestros buenos campesinos llamará al veterinario para su vaca indispuesta, antes que el médico para su mujer enferma. En una escuela académica de Appeuzele, un inspector de viaje de revisión interroga a un rapazuelo de cara inteligente:

«— Mi pequeño amigo, ¿sabes qué religión se profesa en el distrito, conoces sus doctrinas y prácticas?»

“— Sí, señor Inspector; la de la cría de vacas y producción de queso”».

Cada aldea toda posee su rebaño sagrado que conduce, no un buey manso, sino «la vaca del cencerro».

Ni la talla, ni la belleza, ni la calidad de la leche han sido motivo de tal distinción, sino la descendencia en línea hembra de una vaca ilustre, venida del Paraíso. Eso es la encarnación de Hiria Deva, aun vieja, seca y enferma, jamás será desposeída de la realeza que simboliza el cencerro colgado a su cuello. La vaca *maestra* muere sin posteridad, una ternera le sucede, salida igualmente de un establo divino. La consagración se hace por el sacerdote, quien, mañana y tarde, durante tres jornadas consecutivas, suena el cencerro antes de colgarlo al cuello de la heredera. Y con voz grave y acariciadora la dice:

«¡Cuán hermosa fue tu madre!»

“¡Cuánta leche dio ella! ¡No seas menos generosa! En lo sucesivo tú serás entre nosotros una divinidad. No consientas que los establos decrezcan. ¡Pare mil novillos y vacas!»».

¹¹ *Fragmento Orphei*, ed. Hermann.

¹² *Odiseas*.

El principio arcaico de la filiación maternal, ha sido entre los todas mejor conservado en la familia divina que en su familia civil, en la que no ha dejado sino huellas distintas. Entre los terneros de sangre divina, los que se distinguen por su vigor y bello aspecto, se conservan para producir cría; jamás los dan a los cotas en pago de servicios recibidos, pues sería impío vender tan nobles seres. Tantos cuidados, tan solícitas atenciones, han producido una hermosa raza; el ganado toda, de mayor corpulencia que el de la llanura, produce mejor leche y su piel es muy buscada. Antes de presentar el toro garañón a sus futuras compañeras, le hacen pasar veinticuatro horas ayunando en un encierro; lo purifican y lo sacramentan. El respeto y consideración de que es objeto el príncipe consorte no es más que un reflejo de la majestad que rodea a sus esposas, y muy especialmente a la Reina Madre, guía del rebaño. En esto nos encontramos en pleno matriarcado: la hegemonía es de las hembras.

Una pequeña aldea, haga cuanto pueda, su vaquería será siempre pequeña; pero los pueblos importantes disfrutan de establos que son su gloria. La tribu entera posee un rebaño central, santuario de la nación, especie de vértice hacia el cual convergen hasta sus recuerdos y sus esperanzas. La comunidad se siente orgullosa de sus apriscos y lecherías, son sus catedrales y sus iglesias metropolitanas; muchos de esos centros poseen reliquias traídas del Am-Nor directamente, cuya vista ha sido sorprendida por la curiosidad sacrílega de los europeos: cencerros sin badajo, cacharros para la manteca, jarros con asa de madera, azuelas y hachitas. Detenido a distancia, el pueblo jamás ha contemplado esos arcanos, hacia los que siente profunda veneración. Vacas, dioses y cencerros, los ha reunido en una sacrosanta trinidad, más misteriosa que la nuestra, de la que hace una sola y misma hipóstasis, no distinguiendo nada ni queriendo distinguir. El animal y la divinidad, el cobre, el sacerdote y el boyero, todo reunido se llama DER. Símbolo, sacramento, especie, signo y cosa significada, el fiel los engloba y mezcla con un solo nombre, los confunde en el mismo acto de adoración, se prosterna y no piensa más. El toda es demasiado religioso para ser dogmático. En efecto, el dogma, producto intelectual, es de índole distinta al sentimiento religioso. Pretencioso y torpe, el dogma hace intervenir a la lógica; pretende sistematizar la intuición mística y definir lo indefinible; se abroga el derecho de limitar lo eterno y define lo infinito con fórmulas mezquinas. La creencia de nuestro pastor es demasiado sencilla, demasiado sincera, para que él la analice. Su fe, simple e íntegra, no la ha encerrado en restricciones y negaciones; se desborda y jamás él ha dicho: «Hasta aquí, y no más lejos». ¿Qué le importa a él el por qué ni el cómo?

Ante la choza que encierra el tesoro sagrado, acuden para terminar sus disputas, para hacer declaraciones solemnes, que valen tanto como todas las firmas, rúbricas y escrituras otorgadas ante el escribano y notario. No pueden comprender que sea posible faltar a la palabra dada ante un santuario, de donde les proviene cotidianamente la bebida y la nutrición; ante la Gran Lechería no se atreverían a tener conversaciones ociosas. ¿En la Edad Media no juzgaban también las disputas ante la puerta de los lugares santos? Hoy aun se sitúa en la puerta de la catedral de Valencia el tribunal de las aguas, cuyos fallos no se sabe que hayan sido infringidos desde siglos y siglos.

Los ecónomos de esas iglesias-lecherías pertenecen a varias órdenes, pero son todos pastores en el sentido literal. Han salido de la casta sacerdotal de los Peikis, «hijos de Dios», nazarenos a los que les está prohibido afeitarse y cortarse el pelo. Esos ministros de «Muy Alto» no deben su función a ningún estudio superior, a ningún secreto de magia o hechicería. Su religión, desprovista de misterios propiamente dichos, carece de doctrina esotérica; sus fieles no le han hecho ningún cuerpo de tradición, ninguna Leyenda Dorada.

Los ritos son de todo el mundo conocidos, pero para ejercerlos necesitan los sacerdotes una investidura que les asegura un respeto inviolable. De los sacerdotes, aun que estén ausentes, no se habla sino en voz baja, se les designa por sus títulos y funciones, jamás por el nombre con que eran conocidos antes de entrar en las órdenes. Sus padres no les dirigen la palabra sino prosternándose; nadie sería osado de tocar sus utensilios y vestidos, por muy sucios que

estén. Un niño no debe acercarse a ellos, su aliento empañaría la pureza del cura. Si, por casualidad, salen del santuario, quien los encuentra debe huir corriendo, o bajar los ojos humildemente hasta que hayan pasado. Con objeto de consagrarse a sus deberes sin ninguna preocupación profana, se les impone el celibato, tan riguroso como el de los grandes sacerdotes en las pagodas indostánicas; las mujeres se detienen a respetable distancia lo menos cien pasos.

No obstante, cuando los grandes trabajos del día han terminado, se permiten alguna distracción, la puerta se entreabre hacia el mundo, de otro modo esas pobres víctimas del deber caerían en la idiotez. Por las tardes se deleitan oyendo a los ciudadanos que, sentados o en cuclillas en la proximidad, tratan las cuestiones públicas. Pero los augustos personajes se cuidan bien de no intervenir en las discusiones. El *Palal* o «Gran Lechero», pontífice supremo, guarda escrupulosamente las distancias, hasta en frente de los acólitos; su segundo, el *Kavilal*, vaquero o pastor, no se atreve a dirigirle la palabra, le asiste con extrema reserva. A su vez el *Kavilal* recibe los respetos de los *Palkarpals* u ordeñadores, de los *Vorchals* o encendedores del fuego, de los diáconos, pertigueros y mayordomos, que viven también en riguroso celibato, pero que tienen algunas relaciones fuera de la lechería.

Al Palal se le tiene, no por un hijo de Dios, sino un Dios mismo; sí, por un Dios en persona. Antes de ser elevado a divinidad, el infeliz ganapán no tendría tal vez qué llevarse a la boca. Pero en cuanto empuñó el palio y bebió el licor sagrado, subió por encima de la humanidad. Durante la semana de su iniciación, medita sus futuros deberes escondido en el bosque, al borde de un arroyo. Durante tres días y dos noches permanece completamente desnudo, despojándose con sus vestidos de todos sus defectos terrestres y de todas sus preocupaciones mundanas. Si hiela por aquellas alturas, pero para él. Pero, no obstante, la segunda noche le está permitido, y hasta recomendado, encender un pequeño fuego por medio de la frotación de maderitas. Cada tarde, el Kavilal, o el Gran Vicario, le lleva desde los atrios sagrados una taza de leche. Con un cortante de sílex, el futuro Palal corta algunas ramitas de un arbusto sagrado, el tudo¹³. Al mismo tiempo que recita *mantras* o encantaciones, comprime la corteza, exprime su jugo, se moja el cuerpo, mezcla la savia con agua, levanta el brebaje hasta la frente y luego lo sorbe. Por la mañana, al mediodía y por la tarde, se frota con la corteza húmeda y se baña en agua clara. Después de haberse penetrado durante una semana del licor vegetal, que nosotros tenemos por un sucedáneo del maravilloso *soma*, el Palal es definitivamente transmutado; su carne está purificada, y la ambrosia del tudo hace correr por sus venas el *ichor* o sangre divina. Circunstancia digna de tenerse presente: el Palal no recibe la investidura de nadie, ni siquiera de un predecesor; ese dios no proviene de nadie, se ha hecho sagrado él mismo.

Los cotas, para las pocas reses que les está permitido criar, siguen la escuela de los todas. Su Gran Lechero debe la aureola que rodea a su persona al cinturón o diadema que se ha fabricado deshaciendo en hilas los trapos de un vestido llevado por el augusto Palal. Además se ha bañado y frotado siete veces con la savia de siete arbustos diferentes, de la que cada vez ha bebido algunas gotas, impregnándose de sus virtudes, tanto por dentro como por fuera. ¿Pero qué nos hace el discípulo? Pongamos toda nuestra atención en el maestro.

Dios, que tal ha venido a ser el Palal, pero no para descansar en indolente holgazanería, tiene que ordeñar las ubres sagradas de vacas numerosas, ha de extraerles el blanco jugo por la mañana y por la tarde. Tiene, para que le asistan, los Kavilals, los Vorchals y Palkarpals. Ordeñar es su preocupación casi exclusiva; pero téngase presente, una vez más, que los todas lo toman por el Ser Supremo. Decimos Supremo, porque así lo han querido ellos, en carne y hueso, con el fin de no perderlo de vista, encontrando muy poco prácticas las divinidades translunares que, no escuchándonos siempre que queremos, hacen lo que les viene en gana. Cuidándose bien poco de un dios impersonal, ser puramente imaginativo, metafísico y nada

¹³ *Meliosma Simplicifolia*, Alias, Mellingtonia.

más, se han proporcionado un dios de su raza, que es carne de sus carnes, hueso de sus huesos, Dios Hombre y Hombre Dios.

Por su mediación, el pueblo vive en buenas relaciones con el Sol, la Luna y los Vientos, habla con las potencias celestes, con las de la Tierra y del Am-Nor, invisibles pero siempre presentes. El Palal se pone en comunicación con ellas. Cuando él se despierte de su sueño -pues duerme como todo el mundo-, cuando se ha levantado de su cama, decimos nosotros, saluda a la Naturaleza y le dice: «¡Buenos días!» Calmoso y tranquilo, dirige a su alrededor la mirada pacífica del ser que goza de Ojo Providencia. Gracias a los rayos que emanan de su frente, los terneros prosperan, los cuernos endurecen, los pechos respiran, crecen las buenas hierbas y maduran en los árboles las frutas. El gran mascota se lava las manos y la frente -buen ejemplo-, se frota los dientes con la mano izquierda -todas, simples mortales, con la mano derecha-, luego transforma una hoja en lámpara de cinco luces, que él enciende después de haberla llenado con manteca clarificada. ¿Por qué? Para evitar a su hermano el Sol a dar su luz al mundo. Cumplido ese deber, coge... ¿un tridente? ¿los cuadriellos del rayo? No, una varita blanca, delgada y frágil, cetro pacífico, toma una herrada o un balde y se dirige a las vacas que puestas en línea le están esperando ante la puerta. El Palal tiende su varita (la Westfalia y la Normandía tienen aún viejos campesinos que cuentan maravillas de cierto palito de serbal o de enebro con los que hay que «tocar» las vacas cuando están enfermas), el Palal pasa lentamente sobre los cornúpetos su pértiga que él recorre de derecha a izquierda.

Cuando vuelve con sus herradas llenas, bebe en honor de los dioses, sus compañeros y amigos hace también libación por la Tierra benigna; luego rocía cada uno de los cencerros. Esos cencerros venerados venidos del Am-Nor están en relación simpática con el animal que los lleva: teniendo del líquido precioso mayor cantidad que pueden contener, las tetas deben hincharse hasta desbordar.

Demos gracias a esos excelentes todas por haber erigido ante nuestros ojos la imagen de un «Dios que vive con los hombres y marcha ante su vista». A ese dios le han hecho pastor, siendo pastores ellos mismos. Dioses distintos no han faltado: malos y terribles, devoradores de hombres y bebedores de sangre; degolladores y exterminadores. Algunos de ellos hasta se ocuparon en trabajos útiles: entre los cuales algunos agricultores, como el viejo Saturno, alfareros como Kneph o forjadores como Ilmarin. El Dios preconizado por Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, es un relojero, que ha establecido el mundo al modo de un cronómetro. Pero el Dios lechero, fabricante de queso y de manteca, es concepción original.

Los soberanos que reinaban en Nilo fueron otras tantas «epifanías» o aspiraciones divinas. Bajo el Imperio romano, los artistas daban a los dioses y diosas los rasgos del monarca reinante y de su esposa. Adulación de alto gusto era representar a Apolo con un parecido a Octavio o de consagrar a éste las estatuas del bello Apolo. Los divinos Césares, tales como Calígula y Heliogábalo, los divinos Césares no morían, sino que entraban en apoteosis. ¡Y cuántos cabosos negrillos, cuántos sulucas color de café con leche merecen de los pueblos ser tenidos por verdaderos dioses! Dios es el rey de Loango, que ordena al rayo y a la lluvia. Su gran tío, de la parte materna, creó el cielo con su multitud de estrellas; la Tierra con el mar, los montes y los ríos. Al cacique que en 1729 reinaba en un bosque del Marañón, un misionero, diciéndose embajador del gran Dios de los cristianos, le enseñaba un crucifijo: «¿Qué he de hacer yo con tu Dios pálido? Yo soy dios mismo, el Hijo del Sol. Cada noche mi espíritu viaja desde la tierra al cielo, donde me consagra a la administración del universo»¹⁴. Este sujeto creía en su propia divinidad. Uno de sus compadres, potentado en cualquier rincón del Magdalena, contaba seriamente cómo había creado el mundo.

¹⁴ Bastian, *Culturlaender America*.

«El Dios que adoran en California es distinto en cada poblado. Ellos mismos eligen un viejo indio que elevan luego a tan alta dignidad para obtener la lluvia o tiempo favorable a la recolección u otros trabajos... Le ofrecen sacrificios, las primicias de la cosecha o piezas de caza. Cuando hay guerra, colocan al viejo sobre un montículo en medio de un cercado hecho con maderos fuertemente unidos, y al cual penetran por medio de un subterráneo, cuya abertura está situada a unas quince varas de la empalizada, de modo que están en comunicación constante con su dios, al que llevan víveres y defienden contra los ataques del enemigo».¹⁵

El emperador de Méjico juraba ser Huitzilopochtli sobre la tierra, y que hacía brillar el astro del día, alimentar los barrancos y recorrer los ríos; él daría ricas y abundantes mieses.¹⁶ Los príncipes de los antaimures, un Malgacha (de Madagascar), tiene la complacencia de hacer crecer los bosques, y es a él a quien las ovejas deben lo que son. El jefe de Ouiddah explicaba: «Yo soy igual a Dios. Tal cual me ven, yo soy todo su retrato»¹⁷. Más modesto Oppokou, el rey de los aschantis, declaraba: «El Dios del cielo es tal vez un poco más poderoso que yo»¹⁸.

A esos prodigiosos y miríficos señores, no les era inferior en un pelo el Gran Natchez de la Florida. La confederación que él tenía el honor de presidir, era gobernada por alta nobleza, orgullosa oligarquía compuesta de quinientos guerreros cada uno de los cuales, por su bella apostura, por sus hazañas de caza y sus altos hechos de guerra, había demostrado ser de raza solar. Ese medio millar de héroes gravitaba alrededor del Gran Sol, centro de las constelaciones y jefe de los pueblos. Y cada mañana el Rey de los reyes, jefe del Empíreo, salía de su tienda, saludaba amigablemente los cuatro puntos cardinales; cumplimentaba Notus y Boreo, Euros y Céfiro. Se colocaba sobre la roca que le servía de trono. Cañaheja en mano, esperaba que Febo hiciera su aparición, le saludaba con la mano y hacía ademán de cederle la pipa para que se dignara dar unas cuantas chupadas. Luego, sereno e imponente, le señalaba el camino que debía seguir de Oriente a Occidente, añadiendo: «¡Entiendes, sol! ¡Cumple con tu deber! ¡No te detengas ni atrases! ¡No te desvíes a derecha ni a izquierda! ¡Salud!»

Los civilizados, entre los cuales la creencia en un dios único se debilita de día en día; los civilizados, con la vaga idea de un indefinido Ser Supremo, encontrarán grotesca la pretensión de esos ordinarios reyezuelos y admirarán el necio absurdo de esos miserables todas, que atribuyen a su Gran Quesero los atributos de la omnipotencia. Protestan de la insensatez de que un hombre se crea inmortal, de no creerse sometido a los mil y mil accidentes de la vida cotidiana, a las innumerables fragilidades de la existencia, a todos esos azares que humillan nuestro juicio y disipan los propósitos que nosotros juzgamos prudentes y bien combinados... Todo eso es de concepción moderna. Nuestros antiguos pensaban de otro modo. Se habían acostumbrado a confundir las ideas de orden, de moralidad y de justicia, con las de administración, de gobierno y de poder personal. Según ellos, la Natura surgió del caos, tiende a volver al desorden inicial y sólo por una voluntad superior se hizo el orden y se mantiene. Los hombres parece ser que sólo eran capaces de arrastrarse por los excesos y encenagarse en el crimen si no fuera por los monarcas que reprimen la concupiscencia y las violencias, imponiendo a las naciones el freno de las leyes. En esas concepciones, no es siempre fácil distinguir entre el dios que delega sus poderes al hombre, y el hombre que recibe de dios sus poderes. He aquí porque la doctrina india enseñaba que Indra no llueve en un reino que ha perdido a su monarca. Ulises, el prudente Ulises, explicaba a la juiciosa Penélope: – Bajo un príncipe virtuoso, la tierra se llena de cebada y de trigo en abundancia, los árboles se cargan de frutos, las ovejas pueden ser varias veces tonsuradas y el mar se llena de peces. Un buen

¹⁵ D. Pedro Fages, *Viajes a California*.

¹⁶ Gomara.

¹⁷ Alleu.

¹⁸ Bastian, *Voelkerpsychologie*.

director nos puede producir todas esas dichas.¹⁹ Tal es también la opinión de los chinos, que tienen a los emperadores por responsables de las sequías y de las inundaciones, de los vientos y de los hielos.

¿Pero bien meditado, nuestros civilizadores actuales se forjan, sobre el principio de autoridad, ideas sensiblemente superiores a las de los salvajes? ¿Los teoristas del derecho divino no han emitido la fórmula de que el príncipe lo puede todo, todo absolutamente? ¿Y sus rivales, los filósofos del derecho constitucional, no han erigido en axioma la expresión de que su rey es como una balanza incapaz de error y culpa? ¿Y a qué hablar del pontífice que reside en el Vaticano? ¿No tenemos nosotros la ventaja de poseer en cada capital de provincia magistrados incapaces de condenar a un inocente y de pronunciarse contra la verdad y la justicia? ¿La impecabilidad e infalibilidad de que gozan, no constituyen, acaso, la esencia de la divinidad? Después de todo, la infalibilidad en materia de leche y de crema no es menos racional que en materia de dogma y de responsabilidad moral. Las inadvertencias del queso, si en alguna cae, tienen menos funestas consecuencias. En todo estado de causa los montícolas de los Nilgherris dicen lo que creen, y creen lo que dicen. La definición que de la religión hacen es de una ruda sencillez, y nuestro espiritualistas debieran medir la profundidad; pero no, extienden agua y más agua, la dilución de las diluciones, que fue en otro tiempo la antigua ortodoxia. Del mismo modo interrogado un toda sobre la religión de los curumbas, contesta:

«¡Cómo! dice levantando los hombros. ¿Esos curumbas tienen religión? ¡Esos miserables no tienen vacas y tendrían dioses!»

Por sencillos que sean, no se les reprochará el caer en frívola sentimentalidad. Han comprendido la religión y la propiedad como cosas inseparables; la una hace a la otra; la Providencia suya funciona como guardia civil de la riqueza y guarda rural de la opulencia. Que no hay dios sino para los ricos. Esta doctrina, si bien se le quiere examinar, es antigua y universal. Los greco-romanos la hicieron piedra angular de la ciudad antigua; y ellos compartían esta convicción con los arias, que decían netamente: «Sin riquezas, no hay sacrificios; sin sacrificios, no puede haber dioses. Así, pues, ¡adquieran riquezas, hombres! Sólo así podrán ofrecer a los dioses la *soma*, la manteca blanda y la alimentación».²⁰ Tchanda Gosain es un dios poderoso, dicen los pahasis de Bangala, al que sólo pueden dirigirse los bien acomodados (Daltou). Los harenes ricos excluyen en sus rogativas a los agricultores pobres. «Sin cerdo de comer, sin arak para beber, ¿cómo rogar?» exclamaba un culí chino.

Lo mismo que los cristianos de la Edad Media empeñaban a veces sus venerandas reliquias a los usureros judíos; los todas, cuando la escasez los azota, van a pedir a los badagas el grano necesario, dejando en depósito divinidades, contra remesa de vacas con cencerro y de novillos sagrados. El viajero Marshall, curioso por contemplar el tesoro de sus basílicas, corrompió a un dios que había pasado a los inválidos:

«"Era viejo, arrugado, acartonado y sucio; no obstante, su mirada austera y sombría, su rígido entrecejo, la máscara inmóvil y solemne indicaba un reflejo de divinidad por largo tiempo ejercida. Yo le invité a comer; bajo la influencia del pan y del azúcar, delicadezas a las que no estaba acostumbrado, su continente se hizo menos severo, se dignó ser afable. A los postres la conversación se entabló».

“— ¿Es verdad que los todas adoran al sol?”

¹⁹ *Odiseas*, XIX, 108.

²⁰ Wilson, *Vishú Purana*.

“— ¡Tschak! Esas pobres gentes lo adoran, en efecto, pero no todos. Yo -dijo él levantándose y dándose un golpe en el pecho como expresión de complacencia-, ¿por qué adoraría al sol? ¿No soy yo Dios mismo?”».

Y por un ligero estipendio, el exprimo del augusto Titán se introdujo subrepticamente en el santuario que había llenado con su presencia durante largo tiempo. Prohibiendo que le siguieran, enseñó de lejos los baldes, los jarros, las tazas y las cucharas. No había otra cosa. El indiscreto se vio desilusionado. Pero si lo hubieran hecho entrar en el Capitolio de Roma, si se hubiera abierto ante él el Paladión y la Acrópolis de Atenas o de Micenas, si le hubieran introducido en los oscuros santuarios de Tebas y de Argos, no hubiera visto más. Sea lo que fuera, ese Palal que se ciscaba en sus divinos misterios, ese Palal creía en él mismo, tenía fe en su propia divinidad. ¿Y por qué no? Las augustas cualidades que todo el mundo le había reconocido, ¿por qué las hubiera negado?

Con estos fragmentos de informe sería ciertamente fácil, a los hombres del oficio, construir una teología, desenvolver una doctrina bien coordinada. ¿Pero tendrían derecho? ¿Y los todas comprenderían gran cosa del dogmatismo puesto a su nombre? Los primitivos tienen algunas ideas rudimentarias, vagas percepciones morales, religiosas y filosóficas, las cuales, después de haber sido desbastadas, aclaradas, y agrupadas, darían por resultado un sistema ni mejor ni peor que muchos otros, pero este sistema no lo han elaborado todavía, precisamente porque son aún primitivos.

Los anunciadores del Evangelio penaron durante dos generaciones para inculcar la noción del pecado, predicaron y volvieron a predicar los tormentos del infierno, el diablo y la eternidad de las penas. Pero esas pobres gentes no podían comprender la posibilidad de crímenes irremisibles, y protestaban contra el gusano que no muere nunca y el fuego que no se apaga jamás, contra las rencillas siempre devoradoras, contra los odios que jamás se perdonaban. Como castigos de ultratumba, no han querido aceptar aún más que una ciénaga, donde los pecados serán entregados a sanguijuelas, pero sólo por un tiempo proporcionado a las faltas cometidas. Hasta ahí habían pensado como los badagas, que para deshacerse de sus pecados era suficiente cargárselos a vaca o toro. ¡Oh, «Espanto de Isaac»! Dios de Bossuet, y tú, Cristo de Calvino, ¡qué ingenuidad! ¡qué ignorancia!

Sin embargo, todos los actos de su vida están impregnados de devoción. El toda se inclina ante el sol que sale por el Oriente, se inclina ante la luna, se pone la mano sobre la frente y, cubriéndose la nariz con el pulgar, recita una plegaria que resume sus necesidades y sus deseos, sus afectos todos:

«¡Puedan nuestros hijos crecer y prosperar! ¡Puedan nuestros hombres gozar de salud, y lo mismo nuestras vacas y terneras! ¡Pueda todo el mundo portarse bien y tener lo que desee!»

El espectáculo es conmovedor, dice Marshall, cuando el padre de familia sale a la luz de la luna e implora la bendición del astro, fuente de luz. Antes de empezar la comida, cada uno coge un pedazo, se lo lleva a las sienes y lo consagra diciendo: «¡Mira, Señor!» luego lo deja en el suelo como ofrenda a Bumo-Tay, la Tierra maternal.

Como culto secundario, reverencian a los espíritus, pequeños dioses, patrones de los poblados, protectores de los manantiales, habitantes de los bosques y cavernas. Tales como el selvático Betikhan, fauna y cazador. Ellos ayunan durante los eclipses. Según los misioneros, los todas llaman al Creador de los mundos Asura-Suami, y que es Fuego-Luz, pero no saben nada más. Del sacramento de la Ordenación, los teólogos todas enseñan, contrariamente al dogma católico, que es mutable y siempre revocable, que sólo vale por la función, que es loable deponerlo, pero que para continuarlo es preciso renovarlo. Nosotros les recomendamos al Concilio de Trento. Comparada con los grandes dogmatismos, conjunto complejo donde la

lógica y el buen sentido se debaten en una *magna* de misterios, en un laberinto de metafísica, la religión que podemos llamar «de la Vaca» es de una sencillez encantadora. Su bondad nos desarma. «Sin duda, dicen esos buenos montañeses, que nuestra religión no está hecha para ustedes, pero a nosotros no es suficiente y la preferimos a la suya. Nosotros creemos en nuestro Palal. La divinidad que hemos conferido, la ejerce a nuestra entera satisfacción, y si nos disgustara, le licenciaríamos, tomaríamos a otro».

No obstante, la majestad de sus funciones hace al dios el vacío y la soledad; su aislamiento riguroso no deja de ser penoso a la larga. Tomado en serio por todo el mundo, su divinidad le echa fuera de la humanidad. Nadie se atreve a mirarle, se teme su encuentro. Privado de los goces de la familia, retraído de las relaciones con los humanos, se le encierra en su majestad como en una jaula.

¿Qué hay, pues, de extraño en que se canse de una sublimidad demasiado rígida, y de que, subido tan alto, aspire a descender? El puede solicitar un relevo si alguien quiere substituirle; pero esa vida penosa, que absorbe con su enojosa uniformidad, no se presta para las ambiciones vulgares. El dios que abdica, resigna sin demasiada nostalgia el imperio del establo y su infinita responsabilidad, deposita el manto de sus oficios, égida de sombrío aspecto, como el de Júpiter. Se despreza, sacude sus miembros y abandona el Santo de los Santos, desnudo como había entrado, pues el toda, con su inocente simplicidad, no comprende que aquel a quien los intereses de la comunidad le están confiados, tenga tiempo para cuidarse de sus propios negocios, no admite que la Providencia realice pequeños beneficios.

Algunos Palales, dimisionarios y vueltos a la condición de simples mortales, han solidó caer en la nostalgia de la divinidad perdida, han querido remontar al Epíreo; a la primera vacante han vuelto a recobrar sus funciones. Pero han tenido necesidad de pasar por todos los enojos y fatigas de la primera investidura.

Pasemos a los badagas.

Está ya reconocido que todas las religiones, y nosotros no exceptuamos ni siquiera las monoteístas, están injertadas sobre el Animismo o culto de los demonios, los cueles confundían en el origen con las almas de los muertos. Los genios volvían voluntarios a los lugares de su antigua residencia. Entre ellos se encuentran buenos y malos, o, para hablar con más exactitud, el mismo genio, malo con relación a todo el resto del mundo, es bueno para sus amigos, para las gentes de su tribu y para sus adoradores; sobre todo si ellos han tenido la atención de prepararle un domicilio, de llevarle en forma de amuleto sobre su persona.

Los niños badagas viven asegurados contra los accidentes de cualquier índole, por talismanes amasados con la tierra y cenizas tomadas en el lugar de la incineración. Los todas que han pasado a la otra vida se presentan menos complacientes; al menos los supervivientes cierran cuidadosamente el agujero en que han sepultado los restos del difunto, y ruedan una piedra, la tocan con la frente como último homenaje, y luego se esquivan, temiendo ser cogidos si se entretienen mirando atrás; pues el espíritu, en su primer abandono, y hasta que se ha acostumbrado a su nueva posesión, se entrega fácilmente al funesto deseo de matar personas sin motivo, con frecuencia a pesar suyo, o hasta por afecto. Cuando hace su aparición una epidemia, es que el último muerto recorre el país haciendo de las suyas.

Los escitas y los godos adoraban una espada. Los badagas veneran el cuchillo, enmohecido desde hace tiempo, con el cual uno de sus héroes se quitó la vida. Los suicidas, los asesinos, las mujeres muertas de parto, las jóvenes y mozos muertos antes de probar los goces del amor -recuérdense *Las Prometidas de Corinto*, cantadas por Goethe-, los que perecen prematuramente, y en general, los arrebatados por muerte violenta, tienen la reputación de inquietos y taciturnos, maliciosos y pérfidos. Su poder está en razón de su malevolencia. El

espíritu del suicidado frecuentará la hoja sangrienta a la que se le elegirá domicilio, será llevada en triunfo y se le colocará en una capilla donde una lámpara arde noche y día.

Una badaguita decía haber visto una piedra que exudaba sangre. La noticia fue recibida con entusiasmo; justamente el dios del pueblo acababa de ser robado por vecinos celosos. No cabía duda que la piedra sangrienta se había negado a dar asilo al alma de un asesinado. Así, pues, no hay demonio más activo y robusto que el de un individuo muerto en pleno vigor, aun exasperado por la violencia de que fue víctima. Un dios malo es preferido por la razón que hace a un campesino buscar un perro feroz que le sirva de guardián atado a la puerta. La piedra, fue, pues, erigida en santo patrón.

Los demonios suministran oráculos en épocas fijas o cuando son requeridos especialmente. Para recibirlos arman las grandes zambras, los tambores hacen gran papel. Llega el *médium*, y para saludarle se hace el más profundo silencio. Entre en medio del corro, agita el tridente, cetro infernal, llevado por Siva, por Plutón y también por el diablo cristiano. Desnudo, salvo un estrecho cinturón amarillo, blanco o rojo, va y viene, echa hacia atrás o hacia adelante los brazos, salta, cocea, bota y da vueltas como los derviches rodadores; llegado el momento anda sobre carbones. Prolongados aullidos acompañan la orquesta, luego se acentúa el escándalo y los gritos se hacen más agudos; se le da a beber sangre. De repente parece agitado, tiembla todo el cuerpo, los ojos le saltan de las órbitas, adquieren un fulgor salvaje. El dios le ha cogido, le tiene fijo, rígido, huraño y derrama sobre él el embriagamiento profético. Helo ya exhortando a los asistentes, echando oráculos; contesta a las cuestiones acerca del otro mundo. Luego, repentinamente, cierra la consulta, declara tener hambre y sed. Si es gran demonio, se le sirve leche de coco y un poco de arroz; un diablillo cualquiera se contentará con carne de arac.

En toda ocasión el problema es el mismo: decidir al demonio evocado, el de la peste o el de la fiebre tifoidea, el de las ratas o las orugas, del tigre o del cocodrilo, del viento o del frío, del árbol o de la roca, a entrar en el cuerpo del bailador; una vez se haya alojado, se tendrá sobre él alguna acción, se dejará influir. Se le hace, pues, comer y beber, se le halaga y divierte; para engañarle y mantenerle, si pueden, para despreciarle, y algunas veces someterle a tortura, para vengarse de las enfermedades y sufrimientos que infligió. Los todos tienen que arreglar diferencias relativas a sus mujeres y rebaños -únicas cosas por las que se inquietan-, se dirigen en tales casos a uno de los sublecheros, que, de grado o por fuerza, ha de danzar, brincar y saltar, se flagela, gruñe y grita, hace rodar sus ojos -penoso ejercicio-; la baba y el sudor le inundan el cuerpo. Entonces, pues, el demonio pronuncia oráculos, tanto más profundos cuanto menos comprendidos son.

El demonismo, a pesar de su crueldad y de su brutalidad, no tiene en los Nilgherris el carácter repulsivo que en otras partes. Esos potentados de ultratumba no son exigentes; sus ministros se contentan con cosas modestas: leche, frutas y aves; en los países cálidos, el apatito es moderado. El orgiasmo demoníaco toma el carácter de las poblaciones ambientes. Relativamente benigno entre los bebedores de leche, en otras partes cae en el canibalismo, y se embriaga con libaciones de sangre; por todas partes, sin embargo, las prácticas son muy parecidas.

«Con objeto de saciar el hambre del Tigre Blanco, dice Deunys en su *Folklore in China*, se puso a cocer un cerdo entero en una gran caldera. El camán, rabioso, cogió un niño con cada mano y se puso a bailar. Dio vueltas, saltó, brincó, marchó a gatas y finalmente hizo el tigre. Sumergió la cabeza en la caldera hirviendo y cogió un trozo de carne con los dientes para el nichito más pequeño; luego la sumergió de nuevo para el otro niño, y luego para él, el Viejo Tigre».

Por el demonismo se explican los misterios de Zagreus y la mayor parte de los ritos cetónicos y báquicos. Si no conociéramos, por otra parte, las orgías de Dionisos y de la Gran Madre,

podríamos formarnos una idea bastante exacta visitando a los ghats, los nilgherris y los vindhias.

Véase lo que dice Walhouse:

«Muchas veces, cuando, siguiendo la costumbre algo-india, yo me paseaba antes de la salida del sol, encontraba grupos que parecían volver de alguna fiesta nocturna. ¡Alta y hermosa raza la que habita las costas orientales! Cuando veía las antorchas arde bajo los pinos, y a sus mujeres coronadas de flores, vestidas a la antigua usanza con ropas de vivos colores, me parecía ver Bacantes y Ménadas, el Citerón estremeciéndose al ruido de clarinetes y timbales».

La vida ascética arrastrada por los divinos pastores, la persuasión de que ellos son hermanos o primos del Sol, les vale a esos todas el temor y respeto de los extraños. Desde hace largo tiempo, los badagas hubieran cesado de pagar el pequeño tributo en cereales que reclaman esos supuestos soberanos del suelo, si no fuera porque de vez en cuando un Palkarpal baja desde las altas cimas. Todos entonces caen de hinojos ante él; manda y todos obedecen; por temor a que desencadene sobre sus rebaños el furor y la maldición. Nadie sería osado de disgustarle.

También el curumba por derecho de nacimiento, es hechicero. Los todas y curumbas se respetan entre sí; el pobre dadaga teme a unos y a otros. Pastor y agricultor en una pieza, lo teme todo de todos, y más principalmente del curumba, enfermo, deforme, siempre hambriento, que pasa más por fiera que por hombre. Al encontrarlo inesperadamente, los niños son presa de terribles convulsiones, y algunas mujeres han caído muertas en el bosque. Para colmo, el badaga debe aún guardarse del humilde irula. La divinidad emana temores como el sol prodiga luz. Los hijos de Israel juraban en nombre del Señor de los Espantos; y decían temblando: «No se puede ver al Eterno y vivir».

Poderoso es el demonio que mira con la avidez del curumba. He ahí por qué el tímido badaga hace de ese salvaje su oficiante ordinario, a pesar de poseer en su propia población los Haruarus, la secta de las diez y ocho castas, tribu de levitas, servidores del buey Bassava, sacerdotes del templo cónico que contiene la piedra *maha linga*, figura del falo divino. Esos curumbas desgraciados poseen, no obstante, un tesoro de encantamientos, de plegarias y de gracias. Durante la siega, cogen un cenacho y lo llenan de grano nuevo para hacer desbordar los trojes. Los haruarus sufren la influencia de los brahmanes, que ellos imitan con la torpeza del mono; pero, porque esos sacerdotes tienen pretensiones, y su camanismo, está impregnado de responsabilidad, su existencia es inferior al de abyectos hechiceros de las tribus vecinas. Se dirigen con preferencia al más grosero salvaje. Pasa por éstas más familiarizado con las costumbres de los malos genios y con los lugares que ellos frecuentan. Además, el demonismo place a los espíritus incultos, a los cuales satisface en razón directa a su barbarie y falta de razón.

El curumba se erige, pues, en echador de suertes. La gallina que muere de pepita es por el maleficio del curumba; el novillo enfermo, está maldecido por él, y lo mismo la vaca que enflaquece. Si un hombre muere es por esas abominaciones mágicas. Un día todas y badagas se unieron para exterminar a esos malditos, pero no pudo ser porque se perdieron en la espesura de los bosques. Temidos por todo el mundo, lo temen todo a su vez; su vida está siempre en peligro. Cada instante están expuestos a que una multitud se les eche encima y los destruya so pretexto de vengar cualquier pretendido maleficio. No se encuentra uno que no haya sido maltratado, alguna vez lapidado. Tantos servicios tantos títulos de honor; se sienten halagados al saber que se les atribuyen poderes que bien quisieran poseer. Como los hechiceros normandos, «les gusta más bien pasar por ejeredores de una industria bribona que

como artífices de un oficio necio». ²¹ Halagados por la mala reputación de que gozan, se ofrecen para deshacer lo que pasan por haber hecho, a desechar los maleficios que han echado. ¿Qué el trigo está añublado y los rebaños tienen morriña? ¿Duele la cabeza o está el estómago ocupado? Pues llega uno de esos bribones y ofrece arrojar al demonio -cosa más fácil... ¡son sus amigos particulares!- así, pues, expulsa a Belcebú por Belcebú mismo. ¿Que la langosta destruye los sembradíos? El remedio es de lo más fácil: un curumba se pone a cuatro patas y muge como un novillo...

Cada poblado tiene a sueldo dos o tres de esos extraños manejadores de exorcismos, rompedores de encantos, y, según ellos son requeridos, arreglan el erario, producen la mejor sementera, siegan el primer haz de mieses, hieren con la peor de las pestes o cuecen la mejor hogaza.

Harkness cuenta: «La familia entera asistía a la inauguración de las labores, la cual presidían dos o tres curumbas. Uno puso sobre la tierra una piedra que cubrió de flores salvajes; arrodillándose la incensó y roció con la sangre de un macho cabrío. Luego empuñó el arado, y después de conducirlo uno o dos minutos entregó la esteba al agricultor; después de esto se retiró llevándose consigo la cabeza de la res sacrificada. La recolección llegada, para cobrarse sus servicios, se llevará tantos haces como puedan soportar sus espaldas; y después de la trilla reclama aún la sexagésima parte que le corresponde».

Las augustas funciones que ellos llenan a los Cuatro Tiempos badagasos, no les impiden desempeñar en otras ocasiones los papeles de mimos, saltadores, flautistas y tamborileros. Hechicero y saltimbanqui, sacerdote y bufón, bribón y artista, el personaje es completo. Los pobres badagas han imaginado hacerles beber de vez en cuando leche de sus rebaños, persuadidos de que el blanco líquido, tan puro y tan bueno, salido de tan honradas criaturas como lo son sus vacas, les blanqueará el alma y les inspirará candor. El curumba pasa por esos obsequios. Eso nos recuerda a los salvajes tesalios, a los cuales los civilizados de la antigüedad atribuían espantosos poderes; a esos judíos de la Edad Media que nos infectaron el demonismo, esos judíos a quienes el sínodo de Elvira prohibió nombrar cuando habían acabado de roturar los campos. Durante varios siglos, los cristianos se ocultaban en sombríos reductos y profundas cavernas, consultaban a los nigrománticos y echadores de buenaventura, no obstante creer que esos empíricos habían de crucificar a Cristo nuevamente. Mucho tiempo el hechicero judío fue preferido a todo otro; pues era reputado como maestro en alquimia, en astrología y magia negra. El Antiguo Testamento, tanto en hebreo como en latín, pasaba por el más temido de los formularios de magia.

Contemplan esos sacerdotes y mendigos de las lagunas, esos bribones y echadores de suerte, intrigantes y estriones: guárdenlos en sus recuerdos. Esos humildes antepasados de las castas sacerdotales explican el por qué los ministros de los altares, a pesar de la responsabilidad, los enormes poderes y la todopoderosa influencia que ellos han sabido ejercer, no han podido lavar la mancha original. Hasta los mismos que se arrodillan ante ellos les creen cuervos de mal agüero, pájaros de funesto augurio; temen su encuentro y tenerlos por compañeros de viaje. El pueblo tiene el vago, pero imborrable recuerdo, de que los oráculos que hoy lanzan en nombre de los ángeles de luz, los lanzaban antes por un respiradero del infierno. Esos servidores del Todopoderoso recuerda haberlos conocido como soportes del diablo, y desconfía de ellos. Desconfía, sí, pero cuanto más desconfiado mejor se deja engañar.

Persuadidos de que los misioneros venidos de Europa eran hechiceros muy superiores a los suyos, los todas y los badagas los acogieron bien. Ellos no pedían sino creer en cuanto quisieran, pero insistían en que los librarán de esos terribles curumbas, que no dejan sazonar las frutas, esterilizan las vacas y extinguen las fuentes de leche. Al ver que los predicadores del

²¹ Bosquet, *La Normandie Romantique*.

Evangelio se negaban a organizar la degollación de sus rivales y hasta a infestarlos por la peste, se sintieron desilusionados y sin entusiasmos. No obstante, les fue forzoso reconocer que el Dios inglés, Señor de los Fusiles y Bayonetas. Amo de los Cañones y del Whisky, tenía el brazo bastante más largo que Cotorou Peiki y hasta que Siva y su buey Bassava. Esperando conquistarse su benevolencia, erigieron una capilla, en la que colocaron con gran pompa un Nuevo Testamento tamul, que los convertidores habían dado como la Proclamación y el Gran Edicto del Eterno Jehová, el secreto de la salvación, la abreviatura de toda ciencia, la revelación de todos los misterios del cielo, de la tierra y de los infiernos. Muy pronto circuló la leyenda de que todas las noches el Jesús de los feringis venía a probar la leche y las bananas depositadas en su altar. Desgraciadamente una epidemia desoló el país poco tiempo después y el llamado Jesús fue conceptuado como responsable por culpa de los misioneros, que habían predicado que ni siquiera la hoja del árbol se mueve sin su voluntad expresa y su orden soberana.

Era preciso tener limpio el corazón, y volvieron a sus antiguas divinidades nacionales. Los sacerdotes aproximaron el oráculo, lo consultaron arrojándole flores: – ¿Ese a quien llaman Jesús es un buen Souami?

Pero la mayor parte de las flores cayeron del lado izquierdo; quedaba, pues, demostrando que el dios extranjero no era, ni con mucho, un buen Souami. Y los curumbas, enemigos declarados de los *gurus*, *vodiarus* y *caucurus*, confirmaron la contestación. No cabía duda, el fetiche inglés tenía mal carácter, era peligroso aproximársele. Por mucho que les costara, los habitantes emigraron en masa, abandonaron sus campos y sus chozas huyendo de la capilla del Jesús Blanco y de su Libro.

Pero uno de los misioneros de que se trata, Metz, era tan enérgico como sincero y convencido; se sentía unido a las poblaciones que tanto había estudiado desde largo tiempo; a él es a quien la ciencia debe, digámoslo de paso, la mejor de sus informaciones sobre esas poblaciones, información que él facilitaba a todos los viajeros que se sucedían en los Nilgherris. Resuelto, no obstante, a salvar las almas extraviadas, y contando, por otra parte, con la enérgica protección de los ingleses, emigró también él, fue a establecerse en otro distrito, a fundar una escuela, para la cual obtuvo subvención del gobierno. Los niños aprendían fácilmente a leer y escribir, pero demostraban una repugnancia invencible en rogar a Jesucristo en su propia lengua. Un día que tuvo la ligereza de abrir la clase con una invocación a Jesús, invitando a los alumnos a que la repitieran, toda la nidada voló en un momento, unos por las puertas, otros por las ventanas. El corrió tras de ellos, alcanzó algunos fugitivos y les preguntó: «¿Qué mosca les ha picado? ¿Por qué huyen de ese modo?». Y los rapazuelos, llorando: «¡Déjanos! ¡No queremos hacernos cristianos! ¡No! ¡no! Si decimos el *mautrouns* de los cristianos, Jesucristo nos oirá, vendrá y se nos llevará».

Todo es relativo, y esos badagas, badaguitas y balaguitos se mostraron aún superiores a sus vecinos del Travancoca, que no se atrevían ni a tocar siquiera los libros ingleses, temerosos de que el demonio de los garrapatos impresos no les mandara elefantes para destruir y aplastar sus cosechas. ¡*Principiis obsta!*

*Déjenles meter un pie en su casa,
Muy pronto habrán metido los cuatro.*

No obstante su fracaso, el evangelista era muy respetado; temían ofender a ese gran mago, al que le habían dado el extraño apelativo de Dios Tres Cuartos, porque, decían ellos, no le faltaba gran cosa para que fuera Dios completo. Jamás se dudó de su poder, pero dejaron de creer en sus buenas intenciones cuando no quiso favorecer la escapatoria de una mujer con su amante; lo cual, según la opinión pública, era un deber de hombre amable. Y su reputación sufrido un rudo golpe cuando se negó terminantemente a probar hierros encendidos, cosa que los haruarus hacen sin que se les invite a ello. ¿Pues no había declarado ese extranjero, y

repetido varias veces, que su Jesús tenía cuenta de todos los cabellos, cuenta de todas las plumas que adornaban a los pájaros? ¿No había contado la aventura de los tres jóvenes Sadrach, Mesach y Abed Nego,²² que el Nabucodonosor hizo arrojar a un horno? ¿No había asegurado que los tres salieron sanos y salvos?

– Pues bien, hagan otra tanto -concluían esos pobres badagas-. – ¡Hagan otro tanto! -repetían esos ignaros todas-. Y fue imposible hacerlos entrar en razón.

LOS KOLARIANOS DEL BENGALA

Y LOS SACRIFICIOS HUMANOS ENTRE LOS KHOUDS

Lingüistas y antropólogos, cada cual por su parte, etnólogos y mitógrafos, encuentran o encontrarían ricos materiales para explotar en esa región de la India que recibe las aguas de los montes Vindhya y Adjanta para arrojarlas en el golfo de Bengala por la Maha-Nadia y la Godaveria. Esta región de los encantadores paisajes y fértiles campiñas, podría ser ampliamente poblada si no fuera por las grandes lagunas esparciendo a distancia, bajo un cielo tórrido, sus miasmas mortíferos. Los habitantes de la llanura deben permanecer alejados durante seis meses, y los europeos durante nueve. Vastas extensiones no han sido jamás habitadas sino por tribus primitivas que viven en comunidades, generalmente aisladas, no estando unidas más que por débiles lazos con sus vecinos del mismo nombre y de la misma raza. Una sierra de altos picachos circunda el llano, ligeramente ondulado, sembrado de soberbios pedruscos graníticos, levantándose unos en redondos macizos y otros en fragmentos ruinosos, de fantásticas formas.

Aunque autóctona, la aglomeración étnica de que se trata es considerada como de origen anterior a los arias y hasta a los dravidianos. Está subdividida en millares de *clanes*, según Beverly, que nosotros ni siquiera intentaremos clasificar sumariamente; nos basta con que se les designe bajo el nombre colectivo de kolarianos, derivado del pueblo kolh o cole, de donde la palabra *couli*, que pertenece a la lengua franca internacional. La parte oriental de la llanura se extiende de 7.000 kilómetros cuadrados. Está habitada por un millón de hombres, de entre los cuales, más de la mitad pertenecen a tribus salvajes o semisalvajes, divididos en dos grandes clases, los ouraones y los moundahs; estos últimos los más antiguos, si hay que creer las tradiciones. En esa mezcla humana, se oyen repetir con más frecuencia unos nombres que otros: southals, bhils, bhoumis, hos, birhors, sourahs, kherias, korevvars, dchouangs o partouns, larkas y gouds.

Los khouds, a los cuales concederemos una atención particular, han tomado el nombre de su espada *khande*, que ellos manejan de un modo peculiar. Se hace también derivar su nombre de la palabra tamul *koundrouk*, la colina. Pero esos deben ser los que habitan las altas regiones. Ellos mismos se llaman vous. En número de doscientos cincuenta a trescientos mil, se agrupan esporádicamente alrededor de Boustar Tchinna Kennedy, Djeypour, Goumsor, Boad y Despalla, sus fortalezas y principales centros.

²² Daniel, III.

Los conquistadores hacen de derecho la historia de sus conquistas, y para mejor cubrirse de gloria, cubren de ignorancia a los vencidos. A lo cual no se han escapado los arias en sus leyendas y tradiciones. De esos relatos, leídos con espíritu crítico, resulta que los invasores encontraron una tenaz resistencia. Sin duda que los indígenas, que se defendieron bravamente, sus reveses alternaron con éxitos, y no fueron enteramente subyugados sino en el litoral y en la cuenca del Ganges; en las primeras colinas fueron avasallados y en regiones altas no pudieron someterlos. No habiendo podido vencerlos en toda la línea, los conquistadores se vengaron llamándoles monos, nagas, culebras, geógenos, confundiéndolos, con propósito deliberado, con los leopardos y otros animales, patronos de los tototecus. La inmigración invadió la planicie e impuso la raza y lengua de los arias, sus doctrinas y sus prácticas, pero no ascendió muy arriba en los valles. La invasión llegó hasta poco más alto de las primeras estribaciones; el estruendo de las batallas no llegó hasta los altos prados. El choque de las armas, los rumores de las revoluciones, el crujir de los imperios que se hunden, no despiertan los ecos de los valles profundos; el tigre de la ciénaga, el cocodrilo de la laguna, los demonios de la peste y de la calentura defendían a los indígenas. Una espantosa miseria protegía a esas criaturas, que no poseyeron jamás nada que valiera la pena de ser saquedo. Y la situación se perpetuó. Se hubiera dicho que los indígenas, careciendo de organización política, propiamente hablando, no estando reunidos sino en grupos de chozas con escaso número de habitantes, organismos débiles y sin cohesión, sucumbirían por sus disensiones intestinas al más leve ataque del exterior. Pero no ha sido así; han sobrevivido a los Estados que les esclavizaban, tal vez porque no se elevaban a la noción del Estado.

No quiere eso decir que muchos de esos khouds y esos kolhs no tuvieran que reconocer la supremacía de Orissa, orgulloso de sus guerras y de sus conquistas, de sus glorias y victorias, y que llegó a su más alto esplendor en los tiempos de Carlomagno y de Haroun el Raschid. Durante una decena de siglos, desde el V al XVI, ese reino impuso a los pueblos inferiores un *modus vivendi* que sobrevivió a su caída, se perpetuó bajo la dinastía musulmana de Delhi y subsiste más o menos bajo la dominación inglesa. El soberano, especie de emperador feudal, mandaba a los maharajaes, rajahs y zemíndaros, a los paiks, en número de 150 a 200.000, vasallos desiguales en poder, riqueza y autoridad, igual que en el Santo Imperio, fueron magníficos duques y marqueses, ilustres condes, poderosos barones, pequeños dignatarios, modestos señores, pero todos caballeros y gentiles-hombres, que, en el ejército, eran los hombres del emperador, en la corte sus servidores, y en sus tierras, señores independientes que ejercían los derechos de baja y alta justicia. El cetro del soberano de Orissa pesaba sobre los feudatarios, los cuales a su vez hacían presión sobre sus inferiores en categoría; y los de última condición se indemnizaban sobre los indígenas planícolas, y entre otros, sobre los pobres sourahs, que, caídos en cruel esclavitud, fueron tratados como ilotas. Protegidos por una primera línea de lagos cenagosos, los kolhs y los khouds de las laderas gozaban de paz, pero con la condición de llevar a los rajahs algunos productos de las ciénagas y de suministrar a los templos y los dominios señoriales un trabajo que no se pagaba, por lo que se les dio el nombre de *vettiahs* o fagineros. En cuanto a los congéneres de los altos montes, las calenturas, como centinelas ante la muralla de bosques y pantanos, aseguraban su independencia. En la plenitud de su libertad, establecían alianzas con los hidalgüelos de las cercanías, al servicio de los cuales se enganchaban como voluntarios para una o dos campañas. El suelo, difícilmente cultivado, alimentaba malamente a una población diseminada, que diezmaba un insano clima, los infanticidios y las luchas frecuentes entre las tribus libres. Todos los años descendían mayor número de emigrantes a las tierras bajas, donde les era permitido vivir con algún desahogo; se colocaban según su casta y oficio, se hacían leñadores, peones, marineros, recaderos, mozos de cuerda; servían de ayudantes a los boyeros y pastores. Unos se enganchaban en el partido del crimen, otros en el ejército de la represión. Hasta los últimos tiempos, su gran recurso era servir a los paiks, o vasallos de la corona, en calidad de arqueros y soldados, al modo de los suizos montañeses, que se alquilaban como lansquenets y gendarmes al que más les ofrecía y último encarecedor, ya se llamara Papa de Roma, Venecia o república de Florencia, rey de Francia o emperador de Alemania. En todo tiempo se buscaba a los khouds como milicianos;

los príncipes no querían otros como guardas de palacio y pagaban bien sus servicios, pues se distinguían como sobrios y resistentes a toda fatiga; eran de raza marcial, intratables sobre cuestiones de honor, puntuales en toda ocasión y dispuestos a toda hora a dejarse matar antes que faltar a la palabra dada. No podían sino apreciar la brava franca, la valentía caballeresca de esos hombres, que siempre solicitaban para ellos el puesto de mayor peligro, o hasta lo exigían como derecho propio, y se unían apasionadamente a sus jefes por poco que lo merecieran, a veces sin que lo merecieran.

A medida que los siglos pasaban, la civilización penetraba entre los montícolas, disminuyendo su barbarie; las ideas religiosas, las prácticas sociales de la tierra baja se infiltraban; las influencias del brahmanismo y del budismo y luego del Islam, penetraban hasta en los parajes más lejanos, despertando ecos lejanos. No obstante, hasta los últimos cincuenta años los distritos interiores habían permanecido ignorados, y por consecuencia, independientes. Pero he aquí que llegan viajeros ingleses, misioneros cristianos de todas las comuniones y de todas partes, comerciantes, ingenieros y soldados. Las ideas de las conquistas se parecen todas. La Compañía de las Indias se procuró relaciones en todos los poblados, se creó amigos; los ricos y poderosos no se preocuparon gran cosa de los ignorantes y necesitados, fácilmente celosos los unos de los otros. Se vieron surgir de todos lados caminos y carreteras, sobre los cuales llegaron bien pronto la infantería, la caballería y la artillería. Sin ruido, sin orgullo ni amenazas, avanzando gradualmente, los uniformes encarnados fueron tomando posesión de los puntos estratégicos, desde donde el dinero se esparcía por los alrededores. La marea ascendente envolvía una posición, rodeaba otra. Algún hidalguillo supo con dolor que su fortaleza no era intomable; algún gentilillo hubo que reducirlo a razón. Al enemigo declarado se le aplastaba; se aislaba a los desavenidos, se compraba a los dudosos. Oficiales inteligentes, sabiendo correr despacito, decir palabras oportunas y distribuir regalos con habilidad, ganaban posiciones y más posiciones. La diplomacia inglesa, el gobierno de Calcuta, enseñan con orgullo los resultados que les costó un gasto de hombres y dinero relativamente insignificante. Actualmente el territorio es recorrido por visitante cada vez más numerosos; los emigrantes llevan otras necesidades e intereses, otras industrias y costumbres.

Los recién llegados observan que el suelo se presta a diversidad de cultivos; que el paisaje se ofrece con frecuencia agradable, a veces soberbio y grandioso; que es fácil abandonar las llanuras tórridas, atravesar rápidamente las regiones pestilentes y fijarse en los parajes altos, de aire puro y clima saludable. Los europeos establecen grandes explotaciones, organizan cacerías, entusiasmándose de esa naturaleza salvaje interesándose por esos pueblos primitivos, queriéndolos instruir y civilizar. Pero esas pobres razas no sobrevivirán a tanta simpatía. Es el principio del fin.

En lo que se refiere al tipo, las diferencias del parecido entre arias y no arias son demasiado marcadas para que escapen a la mirada del menos avisado. Entre los indos, el animal humano tiene el color menos bronceado, mayor capacidad craneana, formas más proporcionadas y más elegantes, rasgos más regulares y una fisonomía más agradable; las poblaciones indígenas abundan en caras ingratas y de una fealdad repugnante. Por poco que se quiera aceptar la fórmula practicada por todos los viajeros y hasta por sabios etnólogos: «En Tours todas las mujeres son astutas», sería fácil probar que esas montícolas son soberbias y detestables. Hay algo bello y lo hay muy feo, y, como en todas partes, existe un término medio. A los khouds que tenemos particularmente a la vista, Howard les encuentra una fisonomía semimongola, semicaucásica; frente ancha, a veces perpendicular, ojos grandes y expresivos, cara triangular, barba rala, cabellos largos y abundantes. Shortt les da una talla media de 1 m. 75; Hunter se limita a decir que son tan altos como los indos, bien musculazos, rápidos en la carrera, que su frente es ancha y gruesos sus labios, pero sin exceso. «Su vigor, su inteligencia y su resolución, su inalterable jovialidad, les hace amables compañeros o terribles enemigos». Dalton, la mayor autoridad en materia de etnología, se expresa de este modo sobre algunos de esos pueblos:

«Los hos y los larkas, eje de la nación mundah, son la parte más interesante y seguramente la mejor dotada. Porte recto, viril actitud, aspecto de un pueblo libre y justamente orgulloso de su independencia. Igual ángulo facial que los arias y rasgos que con frecuencia no son en nada inferiores a los de los indos: nariz grande, gruesos labios, bien formados y magníficos dientes. Las formas, que la carencia de vestidos permite examinar en detalle, son con frecuencia de una belleza escultural».

Esta descripción, exacta por lo que se refiere a los habitantes de distritos bien cultivados, gozando de una comodidad que les envidiarían los agricultores de la Gran Bretaña, sería inexacta para los habitantes de las regiones forestales, en donde las caras son invariablemente feas. En cuanto a los mundahs, no tienen el tipo caucásico, parecen aproximarse al mongol y casi más bien al negro: pómulos salientes, ojos poco abiertos, ligeramente oblicuos, cara aplastada, pelo fino, talla mediana, tez variando entre el castaño al negro oscuro. Más graciosos que todos los otros, los simiescos ouraons tienen la talla pequeña, más bien proporcionada, raramente corta y rechoncha. Las gentes jóvenes de ambos sexos, nerviosos como ardillas, tienen una cara delgada y movable. Las localidades de raza mezclada, ofrecen una variedad sorprendente de rasgos y de colores. Donde la raza está menos mezclada, abunda el negro feo: boca grande, labios gruesos, mandíbulas prognatas, nariz ridículamente aplastada, las fosas nasales muy separadas, frente pequeña, cabello anillado casi como el de los negros.

Caza y salvajismo son casi sinónimos. Esos pueblos están atrasados en proporción a la importancia que la caza tiene en sus medios de subsistencia: tanto más salvajes cuanto menos agrícolas. La planicie no está poblada sino de muy ligera vegetación; las lluvias no son escasas, pero las aguas se precipitan en torrentes devastadores y van a alimentar las lagunas corrompiendo el aire con sus emanaciones pestilentes. El suelo está mal explotado y mal cultivado. A los más miserables que viven de los productos espontáneos de la espesura, toda carne les parece buena: perros, caballos, chacales, ranas, carne viva o carne muerta, fresca o descompuesta, todo les parece bien; tigre o culebra, desde el cocodrilo a los insectos, todo pasa por su despensa. Para los indos no pueden ser sino objetos de horror, pues ellos se morirían antes de probar un filete de toro o de ternera; para los musulmanes, que tienen al cerdo como bestia abominable y que designan a los kolh con el nombre de «matacerdos», calificativo por el que los recriminados se afectan bien poca cosa. Brahmanes y musulmanes hacen de los birhos una raza criminal, porque son antropófagos; pero nosotros no les hacemos ningún reproche, pues su canibalismo está inspirado por el amor filial: los parientes, en el momento que se sienten morir, piden como especial favor que sus cuerpos no sean abandonados al borde del camino ni en el interior de la espesura, sino que sea alojado en el interior del estómago de sus hijos. Estos no pueden desatender la súplica y no emplearán ninguna precipitación impropia de la solemnidad para gozar de la comida fúnebre.

De cualquier modo nada rechazan como comida, según dicen, desdeñosos de estos salvajes, los refinados brahmanes, que se creen delicados porque no hincan el diente sino en manjares exquisitos, y aun han de ser preparados en sus familias. Por la diferencia de alimentación, la ley de los conquistadores, personificada en Manú, esperaba eternizar las distancias de casta, acentuarla de siglo en siglo, constituir razas enteramente distintas por los caracteres intelectuales y morales y por los caracteres físicos. Según eso, los alimentos impuros generan cuerpos feos y raquíuticos, organismos estúpidos y degradados, y el alimento puro constituye en el hombre la fuerza y la belleza, la nobleza y la inteligencia. El sistema era seductor; se apoyaba sobre cierta experiencia, y la fisiología del porvenir hará, creemos nosotros, preciosos descubrimientos en este orden de investigaciones. Lo cierto es que ese principio fue proclamado por la raza dominante como verdad absoluta, admitido implícitamente por las razas subyugadas y rechazadas y por las tribus más civilizadas que, habitando residencias fijas relativamente confortables, se habían adelantado hasta el uso del arado. Por no citar más que un ejemplo, los uraons, semisalvajes y semicivilizados, lo comen todo y no importa qué, durante su infancia y primeros años de la pubertad, pero a partir del casamiento, los esposos se

convierten en carne sagrada, se administran, como sacramentos, la sal, por la que juran, al ejemplo de los suthals; sus cuerpos, así purificados, no se alimentarán luego sino con manjares puros, a los cuales no tocará ninguna mano extraña a la tribu. La uraona debe preparar la comida del marido, pero jamás la compartirá con él; se contentará con las sobras, siguiendo el ejemplo dado por la esposa brahmana. Entre la mayor parte de kolhs, no obstante su salvajismo, la mujer comparte la comida con su compañero, señor y amo. Por su parte, los khuds se abstienen de tocar los alimentos que hayan sido preparados por gentes reputadas como de raza inferior, prohíben las carnes del perro, del gato doméstico, de la culebra, de los animales de presa, tales como los chacales, milanos y buitres. Una vez destetados, no vuelven más a probar ninguna clase de leche.

Como consecuencia de una abstinencia inveterada, la raza indo siente aversión por los licores fuertes; los brahmanes miran con desprecio, desde lo alto de su sobriedad rigurosa, a esos bárbaros, que toman como pretexto cualquier festividad para beber licores con delicia, de toda ceremonia para libar sin medida vino de palmera. Cuando el árbol de mauah (*Bassia latifolia*) se cubre con su rica cosecha de flores perfumadas, a las que se atribuye la virtud de curar la mayor parte de las enfermedades, el khudistán está alegre, los elefantes, todos los herbívoros y varios pájaros se regalan. Los hombres, para reservarse la mayor parte, se ven obligados a estar de guardia día y noche. No hay entonces cabaña en la que los pétalos no destilen un licor espirituoso llamado *deral*, no existe un solo khud que no se emborrache; hasta la khuda se permite sus excesos. Los soldados ingleses se procuran también esa satisfacción ampliamente, encuentran al licor cierto parecido con el whisky de Irlanda, y se emborrachan «gloriosamente» tapándose, no obstante, la nariz, porque el olor, demasiado fuerte, parece ofender a los europeos.

Queriéndose parapetar detrás de una barrera infranqueable, los arias adoptaron la política de separar más y más las distancias entre conquistadores y conquistados, de realizar a los primeros y envilecer a los segundos físicamente, y sobre todo intelectualmente -pues ninguna demarcación es más profunda ni más evidente que la que separa al civilizado del bárbaro-, y habían prohibido la transmisión a las razas llamadas inferiores, de las nobles artes de la lectura y la escritura. Hubiera sido tratado como traidor el brahmán que hubiera enseñado sus fórmulas y liturgias, que hubiera explicado los Vedas a los ilotas. La instrucción desenvuelve las facultades y la herencia las fija; por eso ninguna raza es más inteligente que la indostana, ninguna tiene el espíritu tan delicado y sutil, no ha creado lengua más rica y sabia, poesía más grandiosa, filosofía más abstracta y profunda, arquitectura más sorprendente y religiones más extraordinarias. Entre las altas y bajas castas, todo contacto inmediato pasó por ser una abominación y acabó por parecer imposible. Con una rara sagacidad y un ingenio verdaderamente extraño, los conquistadores se consagraron a degradar a los sometidos, a hacerlos despreciables ante sus propios ojos. Las leyes de Manú decretaban la vergüenza y la humillación, la miseria y la ignorancia, imponían un estado civil que no podían imaginar más embrutecedor, a «esos seres de color negro, de cara bestial, menos hombres que animales», cuyo aliento contamina la atmósfera y cuya sombra envenena los alimentos, y hasta las aguas sobre las que pasa. Se les daba nombres como los *kolhs*, puercos, *pulayeses*, basura. A cualquiera otorgaban el derecho de matarlos, sin que fuera necesario alegar motivo; ¿pero quién se hubiera atrevido a ensuciarse la mano pegándoles? Con solo injuriosos y escupirles en la cara se ensuciaban los superiores. Y para que la saliva de los desgraciados no infectara la tierra, se les obligaba a llevar encima una escupidera.²³ Si había que tocarlos, no podía ser sino con un hierro encendido. Lo más seguro era tenerlos a distancia: 96 pies entre un cuerpo odioso y un augusto brahmán, era distancia apenas suficiente; les era preciso vivir fuera de toda población habitada por gentes honradas; se les imponía el ir desnudo de cintura arriba; de hablar con la mano ante la boca, y aun de no expresarse sino en su dialecto: la noble lengua de los conquistadores no debía ser corrompida con impuros alientos, no debía pasar por labios

²³ *Koragars*, Walhouse.

innobles. Que no se atrevieran a decir: «Yo, mi arroz, mi mujer, mis hijos»; sino que eyacularan en su jerga expresiones como estas: «Su esclavo, mi sucio comistrajo, mi macaca y mis terneros». Sólo sacerdotes podían haber promulgado tal legislación, que erigía la ferocidad en sistema y hacía la crueldad más sabrosa sazónándola con la injuria. La obra maestra de esa política fue prohibir a los conquistados el progreso de la instrucción. Ordenaba a los indos en general, y a los brahmanes en particular, cultivar el espíritu, impregnarse de la poesía y la literatura sagrada, resumen de todas las ciencias; pero se prohibía a los indígenas tocar y mirar un libro. Para mejor imponer la servidumbre a los vencidos, la legislación denegaba y rechazaba todo cambio que pudiera mejorar la condición de los indígenas. ¿Habían sido despojados de sus rebaños? Pues prohibición terminante de adquirir otros; prohibido igualmente poner sus manos sobre las ubres de las vacas para ordeñarlas, prohibido poseer otros animales que jumentos y perros. ¿No tenían sino miserables chozas? Pues prohibido construir otras de mampostería, de varios pisos, cubrirla a no ser con paja. Se les quería vagabundos, sin ninguna pasión por el cultivo de la tierra. Se les privaba de poseer una vasija entera, y sólo podían servirse de groseros tazones. Se les impedía todo uso de joyas en oro o plata, y sólo se les permitía llevarlas de latón, hierro o vidrio. A las mujeres les estaba vedado cubrirse los pechos, darse el lujo de una sombrilla y lavar sus vestidos. Se les tenía ordenado vivir en la más repugnante suciedad.²⁴ Los hombres tenían que vivir vestidos; sólo se les permitía cubrir sus carnes con paja y andrajos, con harapos de muertos y ropones de los criminales que ellos hubieran ejecutado. Este último punto debe ser explicado: Los verdugos y martirizadores, siendo odiados y despreciados, se les impuso como ejercicio a las clases bajas. El escuartizador, el foser, el destripador y ejecutor público fueron considerados como hermanos, y se les dio como hijos o sobrinos a los zurradores y curtidores, a los correjeros, silleros y zapateros, todos de oficio civil. No se les garantizaba ninguna propiedad, no suponiendo que ellos poseyeran nada propio sino por el robo y la estafa. La ley condenaba a la holgazanería a los que no recluía en la gleba, les prohibía aproximarse a las casas honradas y la residencia en pueblos ni aldeas.

De esas prescripciones, dictadas por el odio muchas creemos nosotros, jamás han existido, sólo han sido inventadas a conveniencia. Muchas cayeron en desuso por la fuerza de las cosas, por la invasión de otras religiones contrarias al brahmanismo. Pero la mayor parte de esas ordenanzas inicuas estuvieron en vigor y el tiempo las consagró. Poblaciones enteras aceptaron la humillación que se les infligía, y, aceptándola, olvidaron su ignominia, acabaron por adaptarse a ella. El hábito es una segunda naturaleza. Desde tiempo inmemorial los nagas olvidaron el modo de indignarse y se les asimiló a los leprosos: han llegado, pues, a gesticular y ladrar, medio ocultos detrás de cualquier parapeto, mendigando la bazofia que se les quiere arrojar, que no se atreven a recoger sino cuando el pasante se ha alejado. Se imagina que la ignominia puede ir más lejos aun y que las ciénagas de Tchittangoug son refugio de hordas caídas en dignidad inferior a la de los animales, las cuales parecen no conocer ni siquiera la asociación permanente del macho y de la hembra para la cría de sus pequeños.²⁵ Pero en esta aserción nos está permitido dudar hasta tener testimonios circunstanciados.

¡Teoría altanera la de fundar la dominación sobre el predominio intelectual y moral! Pero por grande que su orgullo fuera, los indos no tuvieron jamás conciencia plena de la absoluta superioridad de que se pavonearon: su odio y su desprecio se aguzaba siempre por algún temor. Temieron siempre que los indígenas, todos hechiceros y temibles por su alianza con el demonio del suelo, maleficaran a las gentes, hicieron caer al mundo en desgracia, rompieran a distancia la fuerza de la salud, y que se transformaran en lobos, monstruos y cocodrilos. Nadie les hubiera quitado la idea de que el tigre, devorador de hombres, que la víbora, de mortal picadura, no fueran esos malditos facinerosos convertidos en bestias para hacer malas acciones: «Los pérfidos, dice un libro sagrado, tienen la mirada feroz, absorbadora de la vida».

²⁴ Dubois, *Moeurs de l'Inde*.

²⁵ Faulmann, *Die Entwicklung der Schrift*.

¿Pero si el sarampión y las viruelas obedecen sus mandatos? ¡La peste, el cólera y la viruela no son otra cosa que divinidades terribles! Lo mismo que un luterano compra la protección de Dios y que un católico hace intervenir a la Virgen o al santo tal en sus asuntos, algunos indos creen oportuno atraerse la protección de una divinidad rural, que es pariente de esos hijos del suelo. Las multitudes de espíritus y de demonios son incalculablemente inferiores al augusto Siva y el sublime Vichnú, pero infinitamente más próximas a los simples mortales; es, pues, juicioso contentarlas.

Una brama ha visto morir a sus hijos unos tras de otros. ¿Por qué? No se sabe nada. La culpa será tal vez de un kosegar o de una birhora que los ha mirado con mal de ojo, o tal vez de algún demonio de los alrededores. Si la pobre madre vuelve a tener otro hijo, ¿qué hará para conservar su preciosa existencia? La «bien nacida» mujer, orgullosa de su linaje, que en tiempo ordinario no tocaría ni con pinzas a una de esas koregares, le ruega, por un intermediario, muy respetuosamente, para que vaya a visitarla, le suplica que la tenga en su gracia, la invita a aceptar arroz, aceite, algunas monedas de plata y por último le entrega su recién nacido para que la andrajosa maldita lo tome en sus brazos y se lo aplique al pecho. La salvaje se deja tocar, se desprende uno de sus anillos de hierro, se lo pone en el bracito al chiquitín y le grita en alta y clara voz: «¡Criatura, tú te llamarás koregaret!». Hace mamar al inocente, le harta y devuelve a su madre. Por la adopción simulada, por la leche, por el nombre, ha hecho suyo al niño brama, lo ha incorporado a su tribu y puesto bajo la protección de las divinidades koregares.

Otro ejemplo: Un infeliz indostán no puede curarse la enfermedad que le apena o se cree perseguido por la desgracia y la maldición. Para poner remedio a su estado, llena una jarra de aceite, echa algunos de sus cabellos y mugre de sus pies, mirando por largo rato su imagen reflejada en el líquido. Luego lleva ese líquido o ese *ghi* a un salvaje, que se lo deberá hasta la última gota y será recompensado por la molestia. La operación, lejanamente emparentada con nuestro misterio de la Eucaristía, efectúa un transporte de sustancias, trasmutado del indo al koregar y de éste al indo. Por la infusión de los pelos y le mugre, por la cara reflejada, el aceite se satura de energía vital, se impregna de alma, pasa a otro cuerpo, a otra sangre. Desde este momento, el koregar será el ayudante de un brama, otro él mismo, establecerá cierta confianza con los demonios de la Koregaria.

Gracias a esas supersticiones, los misioneros cristianos han tenido el placer de ver triunfar a su Cristo sobre todos los dioses y *bougas*, que declaraban sin rodeos no poder nada contra los hombres de Europa, pues los fusiles ingleses les privaban de sus mejores medios. Para desembarazarse de sus magos, siempre molestos, muchos indígenas solicitaron el bautismo convirtiéndose al cristianismo, aunque sin atreverse a suplicarle en su propia lengua. Eso ha sido la repetición del milagro que Moisés hizo ante los Faraones; las varitas arrojadas por los magos se transformaban en serpientes, pero las varitas de Jehová se hacían dragones deglutiendo víboras y culebras.

Pero no insistamos más sobre las cosas excepcionales de la situación: es incontestable que los brahmanes habían ensanchado y desenvuelto tanto su superioridad, que pudieran creerla eterna. Creían el foso infranqueable, aunque no fuera más que en razón de la imposibilidad para la estirpe sudra, ahita de alimentos inferiores, de igualarse jamás a la raza tan bien alimentada, nutriéndose con sustancias selectas. Según la teoría que habían puesto en circulación, la casta no era sólo un hecho exterior, sino la expresión del temperamento, la diferencia de naturalezas. Servido por una legislación severa y rigurosamente aplicada, el sistema ha contribuido ciertamente a la formación de tipos distintos; lo que no era en su origen sino una ventaja poca marcada, produjo con el tiempo una desproporción evidente, afectando las carnes y los músculos, hasta los huesos del esqueleto.

Esas particularidades étnicas, que consignamos y señalamos sin pretender disminuirlas, lo extraño es no verlas más profundamente fijadas. Pues se ha observado frecuentemente que los moundahs parecen participar de la facultad del camaleón, de cambiar su color por el de los objetos que les rodean, y en las aldeas mixtas su tez se confunde casi con el color de los indos. Las uraonas palidecen en cuanto han hecho una corta estancia, como criadas, en las casas de los europeos. Al mismo tiempo que los distritos se civilizan, el tipo mejora y embellece; la talla, es cierto, continúa pequeña durante más tiempo, pero los rasgos se agracian, y como las gentes son de naturaleza jovial, la cara toma bien pronto una expresión agradable. Los misioneros, bastante competentes en la materia, han notado no pocas veces que una alimentación más regular, una habitación más higiénica y un trabajo moderado y continuo, embellecen muy pronto el cuerpo y alegran la cara; los niños, sobre todo, toman mejor conformación. A los fisiólogos corresponde pronunciarse sobre esta cuestión.

La ignorancia forzada en la que estos indígenas han vegetado durante luengos siglos, no ha producido tampoco los efectos desastrosos que esperaban sus enemigos. Las últimas castas, es cierto, las hordas más miserables, han caído en dolorosa locura de embrutecimiento, pero la mayoría no parece, ni con mucho, una ruina fisiológica. La inteligencia, aunque limitada a un pequeño número de objetos, continúa sana y susceptible de desarrollo. Nosotros comparamos al indo con el árbol frutal que el hortelano ha cuidado durante muchas generaciones, lentamente desenvuelto y ennoblecido. Pertenecientes a la misma familia, los análogos salvajes crecen en el bosque, no produciendo sino frutos agrios y de mucha corteza, pero las raíces son vigorosas y tiernas sus maderas; bastaría con que un hábil injertador aplicara su arte para transformar el fruto. El símil es para los kolhs y khouds. Las clases superiores, las naciones civilizadas se duermen fácilmente en el lujo, caen en la inmoralidad, en lo ficticio y lo convenido, en el bizantinismo bajo todas las formas, en la senectud necia y vana. Pero las clases llamadas inferiores, como las naciones incultas, se ven, por las necesidades de la existencia, constreñidas al movimiento constante, a la acción sin reposo, y por consecuencia a sostenerse en los límites de la realidad y de un cierto buen sentido. Los misioneros declaran que los jóvenes de sus escuelas, con tal de que se les sepa tratar, son perfectamente accesibles a la instrucción, y que dos o tres generaciones bastarán para ponerlos al nivel de los brahmanes.

No pretendemos resolver la cuestión; nos basta con haber indicado los términos. Cierta escuela científica ha procedido con ligereza al declarar inmutables los tipos cuya fijeza podría muy bien estar motivada por la no variación sensible del medio ambiente. Las condiciones generales de la alimentación, del clima y la habitación, lejos de ser primordiales, no son sino contingentes y accidentales, variando fácilmente. Se nos ha querido presentar a los tipos como fundidos en bronce: ¿no serán más bien una máscara complaciente que se adapta a carnes plásticas y a un esqueleto relativamente flexible?

¡Pero basta de teorías, basta de hipótesis; entremos en el terreno de los hechos observados!

Si las cualidades morales tienen mayor importancia que la instrucción y las facultades intelectuales, nuestros bárbaros khouds son, en suma, bastante superiores a sus vecinos civilizados. Verídicos y sinceros, no querrían librarse de un peligro ni obtener ninguna ventaja al precio de una mentira, ni solamente al de una inexactitud voluntaria. ¡Cuántas veces los jueces ingleses han hecho ejecutar, bien contra su voluntad, a bravos hombres, contra los cuales no caía otra inculpación que la de su propio testimonio! Se habían denunciado y entregado, habían contado los hechos con absoluta franqueza, con una exactitud escrupulosa, poniendo todo su pundonor en no callar nada de todo aquello que les declaraba culpables. ¿Qué diferencia con esos bengalinos, tunantes incomparables, artistas en el disimulo? Uno de los grandes errores de Stuart Mill fue afirmar que los no civilizados se complacen en la mentira, pareciendo incapaces de decir verdad. Nosotros no seremos ciertamente quienes negaremos que la verdadera civilización ha de realizarse paralelamente a la sinceridad y a la justicia; pero el gran filósofo se hubiera explicado de otro modo si su estancia en la India le hubiera puesto en

contacto con los gouds y los khouds, con los malers, birhors, southals y otros que tienen la verdad como sagrada, y no adquieren ni un solo compromiso que dejen de cumplir. Nada les ofende más que dudar de su palabra, insulto que ellos lavan con sangre, y si no pueden matar al ofensor, se matan a sí mismos. Esos sourahs, esos pulayers, respiran candor. Los que les tratan de cerdos y de basura, añaden que son incapaces de imaginar ninguna cosa, e incapaces igualmente de inventar nada que no sea la más exacta realidad.²⁶

Antes de haber sido atacados por la civilización, de haber sufrido la conquista inglesa, esos salvajes se distinguían por una viril fiereza, una alegre independencia, no daban a nadie cuenta de sus actos y persona, no pagaban tributos ni a jefes, ni a gobierno, ni a propietarios; cada cual gozaba por entero de su persona, de su casa y de su campo. Independencia completa tanto en el interior como en el exterior. Nadie les había conquistado; desde hacía veinte siglos, su pueblo no había bajado la cabeza ante ningún extranjero: noble orgullo que se leía en sus actitudes y fisonomía. Prescindían de toda palabra obsequiosa, de toda expresión que pudiera parecer humillante; para saludarse se limitaban a levantar la mano. El más joven decía: «Voy a mis quehaceres». «¡Bien!» respondía el de mayor edad.

El rasgo más agradable de su carácter es aún el afecto mutuo. Los civilizados de las tierras bajas tienen como pasatiempo los litigios en que se enredan, se citan ante los tribunales por fútiles motivos, y en sus duelos judiciales rivalizan en mentiras y perfidias. Pero entre los kolhs y los khouds las costumbres son distintas. Las querellas, raras entre los hombres, entre hombres y mujeres son desconocidas. El esposo que se permitiera corregir a su mujer delante de la gente, amenazarla o injuriarla, merecería la reprobación, excitaría la indignación general. Por su parte, la esposa no necesitaría de tanto para suicidarse; a veces ha sido suficiente un ligero reproche para envenenarse; una palabra irónica, un cumplido no comprendido y más de una se ha perdido. Creen, las infelices, que el alma del suicida viene al mundo para mortificar al ofensor: idea admitida en toda la India, en el extremo oriente, y que ha inspirado seguramente a los japoneses su práctica bien conocida del *harakiri*.

Saltón dice que esos salvajes se conquistan el afecto por sus modales francos y abiertos, por su ingenua alegría. Juntos desde su infancia con el otro sexo, no tienen ellas nada de esa gazmoñería y recato de las indostanas y musulmanas, criadas en perpetua reclusión, gazmoñería que a veces obedece a propósito engañosos y abunda en hipocresías obscenas. Por el contrario, se alaban las gracias inocentes de las muchachas hos y moundahs y de las jóvenes larkas... ¡Paciencia! Bien pronto la civilización las curará de esa barbarie y enmendará su ignorancia.

Hasta la segunda mitad del siglo XIX, los khouds detestaban todo comercio, no querían hacer uso de la moneda, rechazaban las conchas como medio de cambio. En vez de medir en especies el valor de las cosas, se computaban en *vidas* hasta los mínimos objetos, herramientas, arroz, harinas... ¡Qué atrasados!

Ningún pueblo lleva hasta donde ellos la religión de la hospitalidad. En esto exceden hasta a los beduinos, hasta a los árabes del desierto. No hay honor que no concedan al huésped, ni complacencia que no se la prodiguen, ponen su vida ante la del viajero, su propio honor ante el honor del extranjero. «¡El huésped antes que al amigo, antes que la hijo!» dice uno de sus proverbios. Desde que un extraño se presenta en su hogar, por miserable que sea el jefe de familia, va a saludarle, le ofrece abrigo y comida, viviendo así mientras quiera: jamás un invitado fue despedido, jamás pudo nadie comprender que su presencia era enojosa. Su hospitalidad se extiende hasta los dombangous, casta inferior y población caída, que habita por las inmediaciones; los tratan, no obstante, con solicitud, toman parte en sus festines, los defienden contra todos y los protegen con igual ardor que si pertenecieran a su comunidad.

²⁶ Shortt, *Hill Ranges*.

«Su hospitalidad, cuenta Macpherson, ha ido hasta abrigar tribus enteras. En cierta fiesta sucedió que surgió una querrela, y que después de lucha sangrienta, una tribu tuvo que huir, derrotada. Perseguidos lanza en ristre, expulsados de sus chozas, sin asilo, lejos de sus cultivos, los fugitivos fueron implorando asilo al mismo poblado que había sido suyo y a las mismas gentes que les habían reducido a tal estado:”

“– ¡Carecemos de todo; dígnense concedernos hospitalidad!”

“– ¡Entren y sean los bienvenidos!”

“Y así vivieron todos bajo el mismo techo, durante una y otra semana, durante uno y otro mes; los vencidos alimentados, bebidos y vestidos por los vencedores. Así vivieron un año. Al fin, los albergadores, no pudiendo producir tanto, entraron en tratos:”

“– ¿Y si ustedes quisieran tomar posesión de sus viviendas? ¿No nos devolverían en cambio su amistad?»

El asilo concedido a los enemigos no se niega ni a los criminales; y cosa digna de ser conocida, el asesino buscó y encontró asilo en casa del padre del hombre a quien había matado. Esta hospitalidad heroica la dan aún sabiendo que será funesta, hasta a su patria. Como ejemplo, la guerra de 1835, que puso fin a su independencia. La Compañía de las Indias exigía unos fugitivos y se los negaron:

«¡Pero reflexionen! Ustedes han sido nuestros amigos hasta aquí. No nos obliguen a demostrarles que somos los más fuertes. Sus campos serán arrasados, sus chozas incendiadas, sus guerreros ametrallados. Y si nos obligan a llegar hasta ese terreno serán duras las condiciones que les impondremos”.

“– Sea lo que será, no se dirá que un khoud haya cometido la indignidad de entregar a un desgraciado que pedido hospitalidad”».

Se rompieron las hostilidades. Los bárbaros, eran bárbaros, se defendieron con bravura, que los ingleses no podían admirar bastante. En más de un encuentro se hicieron matar hasta el último. Finalmente, los fugitivos, objeto de la cuestión, fueron entregados, pero por indostaníes; los khouds continuaron inquebrantablemente en su altiva y generosa lealtad.

«Durante una campaña de dos meses, dice Hunter, demostraron una energía indómita. Diezmados, a la vez por la peste, por el hambre y por la espada, no se encontró ni uno que desfalleciera en su abnegación por la causa pública, y cuando los fugitivos, traicionados y entregados por los indostaníes, fueron condenados a muerte, ¡con qué admirable energía, con qué conmovedora resignación y sencilla dignidad sufrieron una muerte ignominiosa delante de sus chozas saqueadas!»

¿Diremos, por contraste, cómo respetan el derecho de asilo ciertas naciones que se dicen marchar a la cabeza del progreso y ofrecen voluntarias un mal ejemplo al mundo?²⁷

Tales eran los salvajes que se habían descrito con los más negros colores. En 1820, cuando con sus tropas invadió el Colehan el mayor Roughsedge, esperaban encontrar ciénagas, y aparecían precisamente ante un país abierto, ligeramente ondulado y cuidadosamente cultivado. Las poblaciones se abrigan bajo los tamarindos y mangueros; las casitas se ocultaban bajo el follaje de limoneros y plantas trepadoras.

²⁷ Escrito en el momento en que Francia ha estado a punto de entregar Hartmann a Rusia.

Del vestido, nuestros autóctonos se preocupan bien poco; tienen lo suficiente con un pañuelo, un mal trapo, algunos pedazos de tela y un débil cinturón; las mujeres se contentan con una faja, con la que se dan dos o tres vueltas alrededor del cuerpo o sobre los hombros cayéndoles los flecos sobre los pechos. Lo que economizan en vestidos lo recargan en adornos. Tatuajes discretos, consistentes en puntos de color, rayas sobre la frente, la nariz, la barba y los brazos. Flores en la cabeza, gargantillas, brazaletes, hebillas, granos colorados, dientes y conchas, anillos de latón, y sobre todo de hierro, únicas joyas que Manú les ha permitido. Pero ellas se han aprovechado y hasta abusado del permiso. Kolhas y khoudas rivalizan con las guineenses y aschantis, anunciándose desde lejos por un tintineo de cadenas y ruido de baratijas, más pesado todo que una cadena de presidiario. Los pandjas, hombres y mujeres, se cargan de ocho a diez kilogramos de cobre: y se afirma que en ciertas comarcas, las mujeres, para embellecerse, se cargan de fruslerías hasta no poder andar. El capitán Sherwill tuvo un día la curiosidad de pesar todos los objetos con que una damisela sonthal adornado su persona: la báscula señaló treinta y cuatro libras. Los dchonanches, que, como tantos otros, creían que el tatuaje es de todos sus vestidos el más ligero, el más económico y hasta el más elegante, que lo consideran como mejor preservativo contra el reumatismo que las camisetas de franela, habían conservado hasta estos últimos tiempos un delantal de hojas, al cual Eva dio su nombre. Lo mismo que los curumbas de Malabar, los dchantchous de Masulipatán y los wedahs de Ceilán. Eso chocaba a las *ladis* de Calcuta. Ellas hicieron observar que Su Graciosa Majestad la reina Victoria, no podía tolerar que esas indígenas llevaran por toda ropa un collar de granos y un taparrabos por delante y detrás. La virreina de las Indias decretó que el escándalo terminara; el cristianismo y la civilización suprimieron la inocente desnudez en las lagunas de Orissa. La cosa merece ser contada:

En 1871, una compañía en pie de guerra tomó posesión y llamó al orden a toda la tribu. Ante el estrado del capitán, mil novecientos individuos desfilaron hincándose de rodillas. Redoblar de tambores, maniobra en cuatro tiempos y seis movimientos; y cuatro cabos y dos sargentos precedieron en nombre de Su Púdica Majestad a vestir al bello sexo. El primero estampillaba la mujer arrodillada, marcándole en la frente un mascarón encarnado, así le instilaba el primer pudor. Se levantaba, daba unos cuantos pasos, y el segundo graduado le ponía la mano sobre la espalda y le arrancaba el taparrabos anterior -¡inclínense ustedes ante la virtuosa soberana que preside las salidas de la cama en Saint-James!-. El tercer soldado arrancaba a la salvaje la hoja posterior, y toda esta verdura era arrojada a una hoguera encendida expresamente. El cuarto ponía a la pobre un jubón, el quinto se lo abrochaba a los riñones y el sexto daba por terminada la tarea haciéndola salir por la otra puerta. Había entrado como hija de la naturaleza y salía civilizada, habían despojado el salvajismo vistiéndolo en telas de algodón de Manchester.

Sólo los ingenuos dicen que «el hábito no hace el monje», como prueba los khouds. Mientras que creían en falsos dioses, se envanecían adornando su cabellera, la que se ataban en forma de penacho; pero desde que abrazaron la «única religión verdadera», los misioneros les cortaron la guedeja, como señal de que habían abandonado sus antiguas creencias y que participaban del bienestar celeste. Sin necesidad de que intervinieran las bayonetas, los hoses de Singbhoum, renunciando espontáneamente a la moda antigua, comprendieron que una pieza de Madras es más suave y decorativa, y sobre todo más vistosa, que los encañizados de maderitas con los que se ataviaban antes durante su agitado baile llamado del *gallo* y *las gallinas*. El antiguo vestido tenía también sus ventajas, a veces lo recordaban con añoranza. Las fluctuaciones del mercado, habiendo determinado un alza en los artículos de tejidos y novedades, las hermosas indígenas declararon al vendedor ambulante que si no volvía a sus primeros precios se vestirían de nuevo a la antigua usanza. Se sabía que eran mujeres de palabra y se les concedió lo que querían.

Las cabañas están todavía cubiertas con carrizo, pues el código Manú no permitía otro tejado. Con frecuencia tienen esas cabañas la forma de colmena. Las paredes consisten en tabiques

de madera recubiertos de barro, construcción de las más primitivas. La habitación informa con prontitud y exactitud sobre la civilización de las gentes y el confort al cual han llegado. Así juzgados, los magds del Bengala no merecerían muy alta clasificación en la escala social, por más que habiten en una especie de gallinero con uno o dos pisos, formados por bambúes atados a pies derechos; la planta baja la ocupan los cerdos domésticos. No brillarían tampoco los pandjas de Djeypour, que con estacas enlucidas de arcilla cierran su cubil, al que entran arrastrándose y retorciéndose. El espacio interior es demasiado pequeño hasta para un hombre de corta estatura; se tienden, se acurrucan o permanecen en cuclillas, pues el tugurio tiene apenas un metro de altura, según se nos dice. En ese reducto se meten, pues, el padre y la madre, niños y adultos, se instalan como sardinas saladas, se cuecen en su propia salsa, como suele decirse, y exhalan emanaciones que nos pondrían a nosotros en fuga, pero que no turbarían gran cosa a los chinos, si es cierto que en un espacio de veinte pies cuadrados se acomodan una docena para comer, dormir y trabajar. Los dchouangs no se distinguen tampoco por la suntuosidad de sus habitaciones, los cuales, recientemente todavía, no empleaban sino el sílex como armas y herramientas, no teniendo ni siquiera palabra para designar el hierro y los metales. Estos primitivos dchouangs o «cimbras de hojas», cubren también sus hutas con ramajes, las que parece alcanzan una amplitud de cinco o seis metros cuadrados: para nuestros cortijeros, ni siquiera gallinero de medianas condiciones. Y aun esas chozas se hallan divididas en dos estancias: la despensa, el *penum* de los penates antiguos, y el dormitorio, donde rapazuelos de ambos sexos duermen a la vista de los padres. Los jóvenes púberes duermen separadamente en otra choza. Los gouds, dchouangs, ouraouas, koukis, nagas y numerosos aborígenes que habitan desde los Vindhya hasta los montes Garos y Khassias, construyen barracas que nosotros llamaríamos «mancebías». En ellas habitan los efebos que se preparan para aprender para hombres, y todos los adultos casados. Es la más hermosa, la mejor construcción de la aldea, el palacio y el santuario de la tribu. Allí se guardan los tambores y otros instrumentos, las reliquias de los antepasados, las armas de valor y los trofeos de caza. Es también el pritáneo, donde los extranjeros y todos los huéspedes son tratados con hospitalidad generosa que distingue a los pueblos pobres.

En cuanto a las muchachas, lo más frecuente es que duerman junto a los padres, pues ellas son propiedad productiva que puede venderse bastante cara, si no excita la codicia de los ladrones y se marcha con ellos. Se las aloja también con viudas. Los khouds, maleses y kroupouirs, tienen también habitaciones donde duermen las jóvenes o *vestalados*, por servirnos de un término de Fourier, a veces contiguo a la *mancebía*; lo más frecuente es que uno y otro establecimiento estén situados en una de las extremidades de la aldea. Al frente del batallón femenino suele ir una hombruna, dueña intrépida y robusta, armada de una pértiga o garrote, que impone el respeto a los mozos y los detiene a distancia. Parecidas instituciones se encontrarían entre los herruhouters de Alemania y en ciertas comunidades religiosas de América. Las juventudes se hacen y devuelven las visitas, emprenden expediciones, se dan fiestas y banquetes, se lisonjean y requiebran esperando el casamiento.

No poder agotar todos los asuntos, seremos breves en el capítulo de las instituciones comunistas, no obstante ser su estudio muy interesante en su sencillez primitiva.

El gobierno que las tribus primitivas se han dado a sí mismas, podía colocarse con igual derecho entre los autoritarios y los demócratas. Las demarcaciones no están bien determinadas entre el poder del jefe y entre el del pueblo; el pueblo se confunde con el jefe y éste con el pueblo. Tal jefe se erige en autócrata, en *Rey nato*; tal otro en simple ejecutor de la voluntad pública; uno se inviste de tirano, otro de déspota iluminado, éste en monarca constitucional, aquél en rey de Yvetot. Sea lo que será, la comunidad es muy respetada por su jefe, cuando es pequeña, y tanto más cuando no tiene grandes fuerzas. Eso se explica. En las hordas compuestas de diez a cien familias, cada adulto cuenta por su persona; todo macho forma por sí solo una fracción al público; ni su voz ni sus obras se tienen en menosprecio; su opinión, sus deseos y sentimientos, serán siempre tomados en consideración en el consejo del jefe, en las

deliberaciones del senado y en la asamblea popular. ¿Pero qué pesa, qué puede pesar una mónada humana en las naciones modernas, en esos Estados monstruosos de diez, veinte, treinta, cincuenta o cien millones de almas? El individuo, absorbido por la masa, no es sino un grano de arena, una gota en el estanque. Lo que pierden los particulares lo gana el poder central, cualquiera que sea el nombre con que se le designe, monarca, protector, presidente, etc. Solo, el rey o el emperador cuentan verdaderamente con un Estado; sólo él es un ser real en frente de sus subordinados, cuyo valor no es sino abstracto y convencional. La ciudad bárbara, poblada de ciudadanos efectivos, constituye un organismo vivo. Su mecanismo, compuesto esencialmente del pueblo y de sus jefes, se complica luego con un factor intermedio: el Senado, el cual se pone detrás de éste o del otro. Las preferencias de este órgano público son para el jefe que él tiende a absorber, hasta que el pueblo intervenga. Según las circunstancias, el gobierno se transformará en aristocracia militar, oligarquía feudal, mezcla de guerreros unitarios, o sindicato de explotadores privilegiados de la fortuna pública. Que vayan a intervenir por encima de todo los hechiceros, sacerdotes suministradores de lluvia, enjambre temporal o espiritual, barajando los negocios de arriba y de abajo, y la pequeña tribu será deshecha por las mismas complicaciones que turban a los Estados modernos, representando impotente aspecto en la escena del mundo.

Nuestros khouds tendían a agruparse en nación. Ya se constituían confederaciones formadas por tribus que tenían su representación y su articulado, pactaban alianzas ofensivas y defensivas y obedecían a un Consejo supremo compuesto por los jefes respectivos. Tan pronto como funciona, semejante confederación obliga a sus enemigos y rivales a formar combinaciones opuestas, pero del mismo orden. Después de valientes campañas, después de terribles batallas, en las que los vencedores y los vencidos se cubren de gloria, los derrotados quedan reducidos a tributarios, y para mantenerlos en la sumisión, los triunfantes permanecen sobre las armas, aprietan sus líneas, se imponen la misma disciplina que durante la batalla, y después de algunas generaciones, el grupo nacional ha ganado en consistencia y generalmente ha adoptado la forma monárquica. En Khoudia, el jefe habita en medio de la población, en la casita que sombrea el gran algodonero plantado por el sacerdote. El arbusto es la residencia aérea del santo patrón, el templo de la divinidad protectora; su crecimiento y su vigor obran sobre la población de que es símbolo. Los indígenas son de notar por la adhesión al jefe de la tribu, al que no tienen ninguna razón para temerle ni para ser celosos. La idea que esos se forman del poder como sostenedor de la justicia, como defensor de la propiedad y árbitro de los conflictos, es puramente patriarcal. Las diferencias se llevan ante el consejo de los notables, que pronuncian su fallo y luego comen según su gana y beben según su sed a expensas de la parte condenada. Al morir el cacique, ellos mismos proclaman al sucesor, lo más frecuente al hijo mayor, salvo que otro hermano o persona notable sea considerada como más digna. Cuando los gobiernos no están a la altura de su misión, el pueblo, a quien no seduce lo desconocido, se atiene impertérrito a la familia reinante. Los khouds veneran un Dios Término. Todos los años, los clanes se reúnen en asamblea sobre un alto monte, rocían con sangre la cumbre, imploran del Dios Sol que los mantenga tal cual eran sus abuelos y le suplican que les conceda hijos parecidos a los padres. Tal cual son se encuentran perfectos.

Varios clanes han tomado resueltamente -honradamente íbamos a decir- el oficio de ladrones. Y no se ocultan para eso. Los hombres merodean por los caminos y despojan a las gentes con toda conciencia:

«El país nos pertenecía, declaran ellos. Los conquistadores nos lo han arrebatado. Aligerarlos ahora de algunas bagatelas ¿puede ser un mal? Nosotros haremos cuánto podamos, pero es seguro que no recuperaremos nuestro bien».

Curiosa circunstancia: muchos de ellos se enganchan como policías y guardias civiles, venden sus servicios para vigilar, por las carreteras y los cercados, las maniobras de sus padres, las ideas y venidas de sus tíos, hermanos y primos: lo cual hacen sin debilidad y con exactitud

irreprochable. Las familias se disuelven, los miembros se lanzan a la aventura: los unos como cazadores y leñadores furtivos, los otros como guarda-bosques. Con tal de que se ganen la vida, ni siquiera imaginan que pueda ser una virtud defender la propiedad, ni crimen atacarla; dos abogados defendiendo el uno a la viuda y el otro al huérfano, no ponen en su acto mayor buen sentido. No hay oficios innobles con tal que produzcan la comida. No hay quién les haga el menor reproche en un país donde los brahmanes declaran buenas todas las religiones, con tal que se las practique, y ordenan que cada cual siga el oficio de su padre; ladrón o saqueador para comerciar.²⁸

Carabinero o contrabandista, son profesiones que importan lo mismo a los campesinos de nuestras regiones fronterizas, quienes, por un poco de tabaco, darían a economía política, la doctrina y los doctrinarios. Merodeador y burlador, es un honor serlo, cuando joven, ligero, atrevido y emprendedor, se vive en la plenitud de los medios físicos; pero es mejor dedicarse a la represión, refugiarse en las funciones oficiales, cuando la edad madura ha disminuido la intrepidez y agilidad; cuando es más prudente, y cuando se conoce, por haberlos practicado uno mismo, los recursos y ardidés de los rebeldes a la ley. Es el ideal, es decir, el destino verdaderamente normal del bandido, acabar siendo policía. Nuestro aserto podrían confirmarlo los arnaitas, los palikares y el ilustre Vidocq. Hacen su carrera con riesgos y peligros, pero cuando han llegado a maestros, la Administración los contrata a su servicio. Por eso entre los bhils y los poligares, los koukias y los paharias, el gobierno inglés recluta sus batallones de policía.

Los bhils de los montes Vinhya, lo mismo que los maraveses de la provincia de Madoura en el Tinevelly, se han dado a la doble especialidad de policías y truhanes; ellos infestan las carreteras y las limpian. José Prudhomme les tomó el sable, con el cual defiende nuestras instituciones, y les combate según le parece. De sus filas saldría Juan Hiroux, que reprendía duramente a un gendarme incivil diciéndole: «¿Eh, tricornio, respeta al anciano? ¿De qué viviría su tropa sino fuera por los del hampa?». Se les ve, pues, ingresar en la policía urbana y en la guardería rural, engancharse como vigilantes nocturnos, carceleros, espías y delatores. En el pueblecillo indo desempeñan una de las principales funciones, la de *manker* o guarda de campo, que es garantía contra los salteadores, mediante el disfrute de un campo comunal o el pago de una subvención sacada de las cosechas. En caso de robo -los malos años producen numerosas depredaciones-, el *manker* debe adivinar quién es el autor y conducirlo ante la justicia si no restituye lo sustraído. Ese funcionario ha de ser incorruptible y ha de servir con imparcial justicia contra los cogidos en fraude aun cuando éstos fueran miembros de su propia familia. Voluntariamente dos hermanos eligen el mismo oficio en el mismo campo de operaciones, saquean y atracan en concierto, llegan a ser hábiles en producir fechorías, hasta que se encuentra interesante en contratar los servicios del uno para ponerse al abrigo de las empresas del otro. El nuevo guarda rural adquiere responsabilidad, y si está cohibido en cazar por sí mismo a los delincuentes, delegará la parte material de la tarea en uno de sus sabuesos. Cazadores de padres a hijos, saben examinar el lugar del delito, distinguen marcas y signos para otros imperceptibles, encuentran las huellas del pie delincuente. Miden las pisadas con exactitud, la fijan en una varita y a ella recurren en los casos dudosos. Si la pista conduce a otro poblado, el perseguidor avisa a su colega y le hace entrega de la varita señalada, que con frecuencia pasa por varias manos antes que el culpable sea descubierto. Los servicios de esos sabuesos se solicitan muy especialmente cuando se trata de descubrir un robo de caballerías. En campo raso o por un buen camino, las pisadas no serían difíciles de seguir; pero donde la habilidad se manifiesta es en las inmediaciones de las villorrios por donde han pasado varios animales y rebaños enteros. La última huella está cubierta con una piedra, la cual se señala a los notables del pueblo. Estos tienen interés en demostrar que la pista no se detiene en su población, y ayudan a encontrar nuevamente las huellas al otro lado del poblado. Los terribles representantes de la autoridad hay veces que vuelven a descubrir las huellas perdidas desde

²⁸ *Journal des Missions evangeliques*, 1838.

una distancia de 3 o 400 kilómetros. Pero si la pista se pierde en el bosque o en la ciénaga, si desaparece en su aldea, el manker es responsable y viene obligado a reembolsar el valor sobre sus honorarios. El agente tiene siempre derecho a resignar su función, hasta convertirse en ladrón y expoliar a los propietarios que defendía la víspera. Algunos consiguen subvenir a todas sus atenciones económicas acumulando la doble función de gendarme y de ladrón; durante doce horas son defensores de la propiedad y durante las otras doce se convierten en su terrible azote.

¿No será eso sino una particularidad local, o bien será signo étnico? Esos bhils tan correctos, esos moravers por partida doble, nos demuestran, juzgados por sus hechos, el principio de autoridad y el mecanismo de la institución judicial. Sus servicios se fundan, no en un sentimiento de abstracta moralidad, como se nos enseña, sino sobre el interés. En un momento dado, el mayor número encuentra ventaja en garantizarse contra el robo y el asesinato, pagando una prima de seguro a los individuos que hacen una profesión del bandolerismo: hombres honrados, deseosos de entenderse con el buen público. Esbozemos a grandes rasgos una historia del *Contrato social* más verdadero que el de Rousseau; reproduzcamos en sus grandes líneas el establecimiento de la administración política y civil:

Un sujeto, hombre de cabeza y de puños, descubre una roca que domina un desfiladero, entre dos fértiles valles; se instala y se fortifica allí. El sujeto cae de improviso sobre los pasantes, asesina algunos y saquea al mayor número. Es poderoso, luego tiene derecho. Los viajeros que no quieren ser atropellados se quedan en casa o dan un gran rodeo para evitar el peligro. El bandido, abandonado en la soledad, piensa que en esta situación morirá de hambre si no entra en componendas. Si los peatones reconocen su derecho sobre el camino público, podrán salvar el mal paso pagando peaje. El pacto está concluido y el señor -que ya es tal- se enriquece.

Pero un segundo héroe, encontrando lucrativo el oficio, se instala en la roca de enfrente. También él roba y mata, establece sus derechos. Así diezma las rentas del colega, el cual frunce el entrecejo y gruñe en su reducto, pero reflexiona sobre los fuertes puños del competidor. Corsario contra corsario no fue jamás negocio. Se resigna con lo que no puede evitar, le pide parlamento; se pagaba al primero, pues que se pague también al segundo: es preciso que todo el mundo viva.

Sobreviene otro ladrón que se instala en otra revuelta del camino; desde lo alto de su refugio anuncia que también él quiere participar. Esta pretensión ofusca a los mayores, que comprenden que sus ingresos van a disminuir, pues si exigen tres sueldos al viajero que sólo dispone de dos, preferirá quedarse en casa más bien que exponerse a perder su persona y equipajes. Nuestros economistas, al modo de Diego Corrientes y Juan Portela, se arrojan sobre el intruso, le amenazan y maltratan, le obligan a abandonar su guarida. Luego exigen dos sueldos más como justa remuneración a la pena que se han dado expulsando al expoliador, legítima recompensa a las molestias que les ocasiona el impedir su regreso. Los dos señores, llegados a ser más ricos y poderosos que antes, se llamarán en lo sucesivo «Dueños del desfiladero, Vigilantes de las Carreteras Nacionales, Defensores de la Industria, Protectores de la Agricultura, etc.», nombres todos que el cándido pueblo repite con delicia, pues al pueblo le gusta ser lapidado so pretexto de protección, parece complacerse en pagar tributos a los vivos que saben arreglarse.

Así es cómo -¡oh, ingenio humano!- el bandolerismo se regulariza, se ensancha y desenvuelve, se transforma en mecanismo de orden público. La institución del robo, que no es lo que el pueblo vano cree, hizo nacer la propiedad y la policía. La autoridad política que se nos daba ayer aun, como emanación del derecho divino y bendición de la Providencia, se constituyó poco a poco por los cuidados de los salteadores de caminos con patente, por los esfuerzos sistemáticos de malandrines, llamados hombres de experiencia. Los gendarmes han sido educados y formados por los bravos que, provistos de un palo nudoso, robaban por los confines

del bosque, y, saltando sobre el pasajero, le gritaban: «¡La bolsa o la vida!». El impuesto fue la suscripción, la prima que impusieron los ladrones a los robados. Contentos y agradecidos, los esquilados se colocaron detrás de los Caballeros del Camino Real, los proclamaron sostenedores del Orden, de la Religión, de la Familia, de la Propiedad y de la Moral; los consagraron Gobierno Legítimo. Ello fue un sorprendente acuerdo.

Las poblaciones khouds son exógamas, es decir, que no permiten el casamiento sino entre individuos de distinto clan. Prohíben, como un incesto, toda unión entre *cogentiles*, la condenan con pena de muerte, aunque sea muy remoto el parentesco, y aun cuando uno de los contrayentes no pertenezca a la familia sino por adopción. El casamiento khouda, muy bien estudiado por Mac-Lennan nos ofrece una muestra bien conservada del rapto oficial que Manú llama «costumbre de los rakchasas», lo define de este modo: «La captura violenta de una joven que llora y grita pidiendo socorro». Pero esos lloros y gritos no son más que pura comedia; después de negociaciones y largos tratos, es entregada la hija mediante la percepción de fuerte suma, que es preciso haber contado antes del secuestro, el cual tiene lugar después de un banquete y en medio de un gran baile. En lo más animado de la fiesta, los tíos maternos de los cónyuges -recordemos que en el derecho primitivo, tienen éstos la tutela de los niños con exclusión del padre-, los tíos cargan sobre sus espaldas, con las piernas colgadas sobre sus caderas, quien a su sobrina, quien a su sobrino, piafan y caracolean: «¡Señores, no olviden que ya están a caballo!»; decía el capitán *Petit Faust*.

La joven llevada a cuevas -representación eminentemente simbólica del rapto-, no es una ocurrencia accidental y aislada. La observamos en varios países alejados unos de otros, y muy particularmente en numerosas tribus africanas. Como por una fantasía súbita, los que danzan cambian su carga, y el que ha cargado con la joven huye bruscamente. Se produce un rumor; la asistencia se divide en dos bandos; empiezan a propinarse golpes, pero el bando raptor dará los últimos. Un sacerdote, alquilado para el caso, acompaña a los raptores, para alejar del camino las desgracias. Sobre el arroyo atravesado tienden un hilo, puente mágico a la intención de los Espíritus Protectores, que dan guardia de honor a lo desposada hasta su nueva residencia; precaución sin la cual no podrían pasar por aguas corrientes. Dichos Ángeles de la Guardia volverán de tiempo en tiempo, atravesarán el singular puente, observarán a la mujer como amamanta a su recién nacido, le darán la bendición, que ella agradecerá con algunos puñados de arroz. No da más porque ella no puede; su culto pertenece a los penates del hombre que se ha apropiado de su persona; su adoración será siempre a intención del clan que la ha raptado.

El rapto simulado es una modesta cuestión entre los kold de Tchota Nagpour. Los amigos de la nuera arrojan terrones sobre la cabeza de los asaltantes, que contestan con chanzas, dicharachos y expresiones irónicas; la disputa acaba en grandes carcajadas. Viéndose tan mal defendida, la joven no resiste por mucho tiempo, se abandona a la menor demostración de violencia, acaba por sonreír a los vencedores, y todo el mundo va a tomar un baño paternal en el arroyo inmediato, el joven toma una colodra, puesta allí expresamente, y la oculta entre las cañas, y dice dirigiéndose a la joven: «¡Búscala, bella, búscala!». La otra no tarda en descubrir el objeto, pero luego lo esconde a su vez y exclama: «¡Encuéntrala, bello joven, encuéntrala!». Pero él finge torpeza; al fin carga el adre sobre las espaldas de la joven. Hace como que la empuja rudamente fuera del arroyo, luego, con propósito deliberado, hace como que le pisa los talones y la coge por un brazo. Pero su mano se hace bien pronto acariciadora, y disminuye su marcha. Y mientras que la otra marcha al trote, el hace pasar una flecha por entre el brazo y la colodra y grita: «¡Avanza sin temor, mi arco te deja el camino libre!». Cuando ella llega a la flecha, la coge delicadamente con el dedo grueso del pie y la entrega con graciosa reverencia a su amo, dueño y protector, que le da las gracias con un movimiento de cabeza. El rapto se convierte en idilio.

Los gouds tampoco toman la cosa más a pecho. Cuando la joven es secuestrada, sus hermanos y primos hacen como que no se ocupan de ello; en cambio, las hermanas y amigas atacan bravamente y dicen a gritos que harán soltar la presa a los insolentes.

Éramos tres jóvenes,
Las tres para casar;
Y juntas íbamos
Al prado a bailar.
¡Al prado, compañeras,
Que es bueno danzar!

Nosotras nos fuimos
A un prado a bailar;
Y un gentil pastor
Nos vino a buscar.

Cogió a la más joven,
La quiso abrazar;
Mas entre las tres
Pudimos rechazar...

Pero he aquí esos malandrines, menos tímidos que el Pequeño Pastor de la canción, hacen como que saltan sobre sus buenas amigas; éstas, para no ser ellas mismas hechas prisioneras, se baten en retirada.

Entre los ouraones el combate acaba en baile, como había empezado. Después de haber cargado con sus pupilas a cuestas, los tíos se enredan en una disputa que degenera en saltos y brincos y termina en bailoteo de reconciliación. A los jóvenes, bien frotados con aceite, se les presenta una lámpara encendida, símbolo de amor conyugal, cuya llama apagará el esposo. El joven también apoya su dedo grueso del pie sobre el talón de su futura, la cual se echa hacia atrás, cayendo su cabeza sobre el hombro de su amante, que, con una gota de su sangre, le marca la frente con una mancha encarnada: acto solemne anunciado por la descarga de un arma de fuego. Paños extendidos ocultan al grupo, alrededor del cual los guerreros chocan sus lanzas con la intención de poner en desbandada a los demonios que por allí ruedan, buscando a quien devorar. Los suegros presentan la «copa de amor», llena de un licor fermentado; los contrayentes dan vueltas a un dedo y beben cada uno la mitad. Esos tres símbolos, la copa de comunión (el cáliz), la marca carmesí y los ejercicios con el pulgar del pie, se encuentran en todas las religiones de la India, y si no nos fuera forzoso constreñirse, indicaríamos más de un rasgo similar en los ritos matrimoniales de Europa. ¿Cuándo las ideas se confunden, es extraño que los signos se repitan?

Los raptos pueden no ser ficticios cuando los parientes, *muy careros*, se empeñan en pedir por su artículo un precio que el comprador encuentra exagerado. En el mercado de Singbhoum, jóvenes bien armados se arrojan sobre una muchacha: «¡Encantadora joven, síguenos!». De grado o por fuerza se la llevan consigo a paso ligero. El público se abstiene de toda intervención material, pero aplauden si él y ella hacen buena pareja por su fuerza y su belleza. Seguro del objeto llevado, *beatí posidentis*, los substractores entablan nuevas negociaciones sobre bases nuevas, y es forzoso transigir y humillarse.

Tres días después de capturada, la Sabina huye de la casa conyugal y se refugia en casa de los padres que la han vendido. El esposo llega y la reclama; la esposa llora y grita, golpea, muerde, araña y termina siguiendo al bandido de su marido -al defensor de su cuerpo, bien entendido, porque el monstruo ha ido seguido de un grupo escandaloso que se presenta en actitud amenazadora-; es preciso ceder. Si se llevaran las cosas hasta el extremo, ¿quién sabe

los excesos a que esos ganapanes se entregarían? En definitiva, todas las convivencias han sido cubiertas, la recién casada ha dado pruebas de amor filial, y el novicio ha demostrado estar enamorado de su presa, por fiero y mal sujeto que parezca.

Una ley sálica, tan justa e inteligente como la que regía no ha mucho el reino de Francia -«lo más bello bajo el cielo»- prohibía a la khouda retener ningún efectivo por la razón de: «Inapta para defender, inapta para poseer». Excluida de la propiedad, y por consecuencia privada de todo derecho, la mujer no dispone ni siquiera de su persona, capturada y llevada por la fuerza. Pero importa poco que la propiedad le sea negada a quien se ampara del propietario. La hija de Eva no falta nunca, y no obstante el dedo brutal que le rascó el talón, ella no se es apenas esclava. Pues nosotros la vimos árbitro en las diferencias, juez de paz, consejera siempre escuchada en cuestiones públicas y privadas, admitía hasta en los concejos de la tribu. Se le ve en comunicaciones incesantes con las mujeres de los rajahs, cuando quieren establecer alguna alianza, recurren a esas auxiliares, mandan encargadas de negocios sacadas de sus serrillos, a bellas mujeres que los patriarcas y los guerreros escuchan con satisfacción. Los enemigos hubieran sido intratables, pero ante la hermosura rinden las armas.

La exogamia bien comprendida es la que proporciona a la khouda su alta posición de conciliadora. Su padre y su suegro se encontrarán en un campo de batalla; sus hermanos y cuñados se lanzarán hachazos; pero ella será siempre admitida para curar las heridas del guerrero, para besar los pálidos labios del agonizante. Será la primera en sugerir la paz, la más ardiente defensora, la más hábil para alcanzarla.

Comprada con dinero contante, cambiada por objetos de mobiliario, esa mujer debiera ser una esclava y es una señora. Se la ha vendido cara bien cara, y tendrán buen cuidado en no deteriorarla. A medida que el rapto se transforma en compra, la cuestión del dinero predominó; como consecuencia, las conveniencias particulares del hombre fueron subordinadas a las de los parientes que saldaban. Consultando sus preferencias, se procuraban una nuera a su gusto, una casera entendida y fuerte para el trabajo. Con objeto de prevalerse contra las decepciones, la tomaban joven de catorce a diez y seis años, edad en la que la muchacha de esas regiones está ya formada de cuerpo y de carácter. Para que el hijo no tuviera la pretensión de obrar a su capricho, se le casaba cuando sólo contaba diez o doce años; Toutou se le encaramaba sobre la nuca y le canturreaba: «¡Arre, caballo! ¡Arre, caballo! ¡Vamos a secuestrar a una señorita! ¡Arre, arre! ¡Y se la daremos a Toto! ¡Vamos, vamos!».

Terminada la comedia del secuestro, el muchachuelo esperaba la consumación del casamiento, que el padre retardaba siempre por razones sólo de él conocidas. Sin embargo, no se sabe que el padre khoud haga lo que los reddies de Tinevally, los vellalah de Cambaitore y muchos mujiks rusos, los cuales se toman la pena de dirigir e instruir en la fisiología conyugal a la hija política que han casado con su rapazuelo, y la cual, en espera de esponsorio oficial, conduce a su pequeño marido tocando el tambor. El día de la boda se le hace entrega al esposo de su mujer y varios hijos ya crecidos. Durante los años de aprendizaje, el khoudete se acostumbra a éstas bajo la dirección de la khoudeta, su legítima y su pretendida todo al mismo tiempo. Cuando tenga, por fin, el derecho de hablar como amo, ¿podrá alcanzar el terreno que ella le lleva ganado?

La esposa es tan poco tratada como esclava que, pasados seis meses de cohabitación, se le reconoce el derecho de abandonar a su marido si su compañía no le place. Si le parece, se marcha para no volver jamás. En ciertas partes se le permite marcharse aún cuando esté en cinta; mientras los niños son pequeños, la madre carga con ellos; el padre puede solicitarlos cuando ya son mayores. En otras partes se tienen menos complacencias; la mujer no puede abandonar el hogar de su marido ni estando embarazada ni antes de haber destetado a su pequeño; si no tiene hijos, no se le opone ninguna dificultad para marcharse. De cualquier modo que sea, el padre de la descontenta viene obligado a reembolsar hasta el último céntimo de los que por su hija pagó el marido divorciado. Al reintegrarse a la casa paterna, la joven queda reconocida como habiendo recuperado su antigua condición de soltera. Sólo que para contraer

segundas nupcias no necesitará ser secuestrada. Por cada cien individuos adultos, lo menos sesenta permanecen célibes, y cualquiera de éstos la recibirá con los brazos abiertos si ella solicita hospitalidad. Si el hombre al que ella distingue se sustrae a sus caricias, entonces el clan entero responde por él, la protege, le da buena cama y todo lo demás hasta que se declare satisfecha. Recuerdos de poliandria.

Durante el curso de su carrera conyugal, la khouda que se tiene en estima ha ejercido su derecho a cambiar tres, cuatro, cinco o más veces. Rara anomalía: la recíproca no está admitida para el marido. Si quiere agregarse una concubina, ha de ser con el consentimiento de su legítima. No puede, como su compañera, alegar la incompatibilidad de carácter u otra; sólo podrá divorciarse en caso de adulterio notorio, de falta de buena conducta flagrante y prolongada por parte de la señora, a la cual la opinión está lejos de juzgar con rigor por algunas faltas al contrato. Si él la sorprende en actos criminales, todavía de hecho le está prohibido. Sería una vergüenza golpear a su mujer, faltaría al respeto si insultara al amante. Si usa algún rigor, consistirá en echar de su hogar a la infiel durante uno o dos días hasta que el amante haya pagado la multa: un cerdo, doce reses es lo que debe pagar como indemnización. En algunas partes, no obstante, el honor exige que el amante y el marido, sin esperar la entrega de la indemnización, se cojan por los cabellos y se sacudan bravamente ante una asamblea imparcial, que aplaudirá los golpes más certeros. Toda arma que no sean las naturales, queda prohibida; entre hermanos, conciudadanos y *cogentiles*, puñetazos y patadas han de bastar. Además, propiamente dicho, no ha habido adulterio: un primo ha ocupado el puesto que pertenecía a otro primo, pero todo ha pasado en familia. Después del duelo, Páris y Menelao se dirigen recíprocos cumplidos y se celebra un banquete que sirve la bella Elena. La misma costumbre existía hasta hace poco en Mingrelia, en donde un cerdo de indemnización bastaba para reconciliarse. La esposa khouda gana en consideración si el accidente se repite de vez en cuando. Tantos galanes probados en justicia, tantos títulos de honor. Las matronas de edad provecta, morigeran a las jóvenes alabándose: «Yo, mi joven amiga, a tu edad ya había hecho pagar la multa a éste, a aquél, al otro, al de más allá»... Es tan decente en el decir y tan reservada en sus palabras, que ni siquiera se atreve a decir: «mi marido», sino que expresa preferentemente la circunlocución: «el padre de mis hijos»; ello no obstante, no teme coronar a ese padre. En Khoudia es una bagatela: la doctrina de la filiación paternal ha de consolidarse aún. Dos o tres siglos tienen poca importancia en la materia, y el tiempo pasa con lentitud perezosa. Aquí, la familia individual no se ha ocultado aún detrás de la muralla de la vida privada; la comunidad masculina no ha abandonado completamente sus derechos regalistas sobre la persona de cada mujer y su progenie. El fondo de la institución matrimonial es todavía poliándrico, resultante de la escasez de mujeres, motivada esta escasez por la carencia de subsistencias.

Cuando los lazos del casamiento individual tienen tan poca tensión, no hay que pedir severa cuenta sobre las prácticas imaginadas por los buenos campesinos para la prosperidad de los campos, el crecimiento de los cereales y la conservación de una recolección abundante. Se nos ensalza a Ceres la legisladora, Demeter que moralizó nuestra especie; así queremos admitirlo, pero ello no obsta para que los «Misterios de la buena Diosa» han empezado en todas partes, hasta en el Nuevo Mundo,²⁹ por ser orgías difíciles de describir. Nuestros khouds no hacen como los thotigars de la India meridional, los cuales exigen a sus esposas que se entreguen al primero que llegue, a fin de que la tierra, tomando ejemplo, haga germinar los granos depositados en su seno. En la época de la sementera tienen lugar fiestas que recuerdan las de la Mylitta babilónica y aquellas en que las hijas de Israel honraban a Astarté prostituyéndose al aire que aventaba el trigo de las eras.³⁰ Esos thotigars erigen sobre los bordes de los caminos aquí una tienda, allá una barraca, que rodeaban de helechos y guarnecían con refrescantes. Bajo esos abrigos los esposos instalan a sus compañeras y van ellos mismos a *recoger* a los

²⁹ Por ejemplo la *Fiesta de la Cosecha* entre los Muyscas.

³⁰ Oseas, IX, 1.

que pasan, y si es necesario los invitan con insistencia diciéndoles: «¡Procuren el bien público, la abundancia de pan!». En materia de fe es inútil discutir.

Añadas que entre los khouds y diversos kolarianos, el adulterio -si cabe un término tan grueso en tan frágiles matrimonios-, el adulterio es de derecho cuando se presenta un cazador de tigres, al cual se le han de rendir honores casi divinos. Después de una cacería feliz, las mujeres le rodean danzando y cantando:

«Quien ha cazado el tigre tendrá la más hermosa».

¡Cuántas se creen entonces las más bellas! ¡Y cuántas familias serían felices y orgullosas teniendo un retoño salido del matador de tigres!

Puesto que vendemos nuestras hijas, vendámoslas caras, dicen los productores. Probemos la nobleza y distinción de nuestra progenitura colocándola a precios elevados. En Singbhoum se establece el curso medio, para una damisela de buena familia, en cuarenta cabezas de ganado mayor, entregadas *al contado*. Toquemos y toquemos, tomen o dejen. Nuestra hija esperará; es honesta, prefiere el celibato al deshonor de ser vendida a bajo precio. Tanto peor para las vírgenes de alto precio si las dejan de cuenta, tanto peor para los jóvenes tímidos y perezosos ante el raptor. Pero digan lo que quieran, los padres no sienten satisfacción en que sus hijas no tengan raptor; se indignan si un ladrón, adjudicándose una *encarecida*, parece dispuesto a pagar en garrotazos. ¿Cómo remediar ese inconveniente?

Para que el mercado no esté colmado, los padres de familia, aun manteniendo el precio, disminuyen la mercancía; practicando el infanticidio en gran escala, disminuyen la oferta para hacer que aumente la demanda. Esos salvajes poseen su curso de economía política, como Mac Culloch y Ricardo. ¡Cuántas molestias, sin embargo, en esas industrias! La cosa comprada tiene piernas, quiere que el comprador sea de su gusto; sin remordimiento, la *pájara* deja al primer marido y corre en busca de un segundo. El suegro será demandado para la restitución. Pero ya no posee la suma, la ha gastado toda o parte. El vendedor tiene, es cierto, el derecho de repetición contra su nuevo yerno; pero éste, teniendo ya el precioso objeto, no tiene ninguna prisa en entregar el dinero. Sin embargo, ha prometido saldar; pero he aquí que en el momento de efectuar el pago, la mujer, inconstante como tantas otras, se refugia en casa de un tercero, ¿quién sabe si bien pronto estará en casa de un cuarto?... Para colmo de dificultades, los esposos pertenecen a tribus distintas, las cuales, de un momento a otro, pueden declararse la guerra. Uno de esos maridos a crédito puede morir en la batalla -estas son frecuentes y mortíferas-, y ¡adiós, acreedor! Por más que las tribus responden de las deudas que contraen sus miembros, más de uno fue arruinado por la veleidad de una joven vendida a alto precio. Decididamente el comercio es demasiado aleatorio; preferible es renunciar. Esos honrados criadores no ignoran que las poblaciones vecinas, vendiendo sus sujetos femeninos a precios puramente nominales, están al abrigo de esos inconvenientes: bagatela recibida, bagatela reintegrada. Pero las patriarcas exclaman: «Nosotros no somos de esos que truecan sus hijas por un pedazo de pan».

Por eso es por lo que algunas tribus aristocráticas no producen más que machos, e importan las mujeres necesarias; lo más que dejan con vida es la mayor, si hay proyecto de alianza con alguna alta casa extranjera. Recorriendo algunos pueblos, Macpherson veía muchos muchachos y ninguna o muy escasas niñas, según sus cálculos, suprimen esos desgraciados dos terceras o tres cuartas partes de los nacimientos femeninos.

No obstante, la «voz de la sangre» se deja sentir a veces. Las desgraciadas chiquitinas no eran siempre inmoladas de propio intento; con gusto se las dejaba alguna probabilidad de salvación, cayendo sobre los dioses la responsabilidad de las muertes. Los sacerdotes, o *djannis*; los astrólogos o *desauris*, consultaban el horóscopo por medio de un libro: arrojaban el punzón, con

el que escribían arañando las hojas de palmera, el paraje tocado decidía la vida o la muerte. ¿La muerte? Pues los padres cogían a la inocente, la maculaban de rayas rojas y negras, la introducían en una especie de orza nueva que tapaban y cubrían de flores -la estética engalana hasta el asesinato-, llevan el todo en la dirección del viento designado como amenazador, cubrían con tierra el cachorro, degollaban un pollo encima de la huesa, y todo había terminado.

Lo hemos hecho observar ya varias veces: el infanticidio femenino es más general entre las nobles razas que entre las pobres y miserables. También los radaputas, pueblo aristocrático y guerrero, que tiene varios rasgos comunes a los khouds, cansados de arruinarse en regalos de boda a sus hermanas y a sus hijas, a las cuales hacían presente de un magnífico dote, aun cuando antes se lo hubieran quitado, imaginaron ahogar a las pobres criaturas en un baño de leche caliente. ¡Pedían leche las inocentes! ¡Pues leche se les daba! Leche tibia, fijarse bien; hubiera sido tener mal corazón sumergirlas en un líquido frío al tacto. ¡Hasta en qué extremos se encuentra la sensibilidad!

Hagamos callar la indignación que excitan los actos desnaturalizados. Los primitivos, no disponiendo sino de insuficientes recursos alimenticios, no creyendo que los recién nacidos tengan una alma de la cual valga la pena ocuparse, hacen bien poco caso de los abortos y de los infanticidios. ¡Y cuántos pueblos civilizados, en la India, en la China y hasta en otras partes, mira como una desgracia el nacimiento de una niña! ¡Cuántos la abandonan o la dejan morir de hambre lentamente! Una secta doctrinaria ha predicado la práctica del maltusianismo como acto de elevada previsión doméstica. ¡Cuántas respuestas absurdas y crueles no ha provocado el problema social! Las hijas que sería difícil casar en su rango, su casta o su fortuna, en los pueblos cristianos y en las naciones budistas las *hacen religiosas*, se deshacen de ellas encerrándolas en un convento. Pero los no civilizados prefieren desembarazarse radicalmente: eso es menos hipócrita. Y los khoud podrían añadir que ellos tienden a establecer el equilibrio ante el consumo de hombres en las guerras y los combates heroicos.

Infanticidios aparte, los padres demuestran un afecto y una ternura sugestiva hacia sus pequeños. Deseosas de ser madres -de un niño, bien entendido-, la joven esposa importuna a las divinidades para tener bendito el vientre. Si el embarazo se hace esperar, va a peregrinar por márgenes de arroyos y ríos, donde un sacerdote la asperja pronunciando palabras sacramentales. Desde mucho tiempo antes de nacer se inquieta por el nombre que deberá ponerle a su hijo, nombre que será el de uno de sus abuelos, pues estos se las arreglan para renacer en la familia. Durante la siega u otros trabajos, la madre se ata a la espalda el mamantón y lo lleva así todo el día, añadiendo esta fatiga a la de la hoz u otra herramienta. ¿Pero tiene ella la candidez suficiente para creer lo que enseñan los teólogos y astrólogos del país? ¿Que el dios Sol, habiendo observado los funestos efectos de la pasión sexual, ordenó limitar el número de las mujeres? ¿Que dejarlas vivir todas haría imposible la paz y el orden social? ¿Que moral e intelectualmente son inferiores al hombre, a sus señores y amos, que tan bien saben ellas manejarlos? ¿Que por la mujer, más que el hombre sujeta al pecado, el pecado entró en el mundo?

Las almas de los muertos vuelven a las familias, según dicen, en las que renacen de generación en generación. Pero la recepción de una alma no es definitiva antes de la *nominación*, que tiene lugar siete días después del nacimiento. Si el niño recibe el nombre de Pablo más bien que el de Pedro, el antepasado. Pablo renueva su contrato de existencia, y Pedro tendrá paciencia. Si se trata de una niña y esta es condenada muerte por el horóscopo, el alma comprenderá, sin que sea necesario insistir más, que la familia no quiere saber nada de su persona. Irá a colocarse a otra parte, a hacerse adoptar por otro pueblo. Así disminuirá la cantidad de almas femeninas en provecho del elemento masculino. En virtud de ese razonamiento, algunos chinos de Herkka y de Cantón mataban a las niñas en cuanto nacían, o bien les cortaban las orejas y la nariz y las despellejaban, decían ellos, para disuadir las a

renacer en el sexo inferior. Algunos energúmenos injuriaban y martirizaban a las madres, a las que acusaban de complicidad con la miserable criatura.³¹

Como resultado de las supresiones efectuadas, las supervivencias costaban caras en el mercado matrimonial de Khouidia, gozaban de alta consideración en las relaciones públicas y privadas. Se afirma ¿será verdad? que ellas insisten más que sus maridos en la conservación de la cruel costumbre.

Para descansar de los trabajos agrícolas, nuestros indígenas alternan con los de la caza; después de haber manejado el azadón y el curvo arado, suspiran, pero con placer, después de las terribles excitaciones de la guerra, que los substraen de las monótonas prácticas cotidianas y los sacude violentamente. Esa necesidad de emociones se la procuran en bailes desesperados, en borracheras, pero a veces el temperamento exige más. Entonces juzgan necesario medirse con cualquier rival de su talla: es cuestión de demostrar fuerza y valentía, de hincharse de orgullo y de refrescar el esplendor de la antigua gloria. Matarse entre hermanos es un instinto de antiquísima animalidad. Aunque las razas inferiores estén dotadas en su mayoría de enorme poder proliífico, no se multiplican con exceso, por ser presa unas de otras y de las especies superiores. Estas desbordarían si entre ellas no se destruyeran, si ellas no velaran con rigor inflexible y cruel severidad por no rebasar cierto límite. Al principio de su existencia, el animal de alta especie, débil aún y expuesto a mil peligros, paga a la mortalidad el tributo que exigen el crecimiento, la aclimatación y diversos aprendizajes. ¡No es pequeña victoria llegar sano y salvo a la edad adulta! Inmensa es la victoria de haber vencido en mil y mil ataques que cada uno podría haberle sido fatal: patentes y latentes, directos e indirectos, visibles e invisibles. Después de haber triunfado sobre el mundo entero, puede decirse, surge el mayor de los peligros: la lucha contra iguales, los combates contra los camaradas, contra el hermano, contra sí mismo. Sus pequeños, en iguales condiciones han prosperado. En excelentes condiciones van a medir sus fuerzas; el más robusto cumplirá el gran acto fisiológico, y perpetuará la especie. «Al más fuerte la más bella». La guerra es un hecho primordial, un artículo orgánico del rescripto otorgado por la naturaleza a las poblaciones primitivas. La lucha azota la sangre, despierta las dormidas energías, suprime a los débiles por la muerte inmediata, o por la muerte indirecta en el sentido de que no se reproducirán más. Fiestas y banquetes son otros tantos motivos para riñas y batallas; los machos, modelados con más grosero limo que las hembras, parece que nada puede distraerles más que los puñetazos, pedradas, talonazos y patadas. Al empezar el siglo XIX, aun en varios puntos de Irlanda, de Inglaterra y la Bretaña francesa, los adultos se entregaban los domingos por la tarde a la borrachera y a golpearse. En Aragón y en alguna otra provincia, era hermoso desenvainar el cuchillo, esgrimirlo, después envolver la hoja en un pañuelo gritando: «¡Eh! ¿quién es el majo que quiere probar mi punta? ¡Dos pulgadas, tres, cuatro pulgadas! ¿Quién quiere juguete? ¿Quién? ¡Adelante los guapos!»

Los pueblos salvajes de la India y de la Indo-China tienen también sus luchas heroicas. Una o dos veces en el año, los machos se reúnen; para espabilarse se cogen por los cabellos, se empujan y sacuden de lo lindo, no empleando en ese juego otras armas que las de madre Natura, armas mortales a veces. Pero los khouds, apasionados por el oficio de las armas, tienen esos juegos por indignos y groseros: «Juegos de manos juegos de villanos». Escuchemos la leyenda:

«En otros tiempos, nosotros no hacíamos nada mejor que los otros. Como a los monos, como a los tigres y a los osos, garras y dientes nos bastaban; se hacía también uso de piedras y estacas».

³¹ China Review.

“Pero los dioses, en su alta bondad, nos dieron como presente el hierro. Uno de ellos se quedó con nosotros, el dios Tigre, Loha Pennon, dios de la Guerra, genio de la Destrucción, que un día surgió de la tierra en forma de hoja de acero”.

“Al principio, el hierro no tocaba criatura viva sin que la matara en el acto; pero los dioses, siempre complacientes, le quitaron algo de su veneno, diciendo: «¡Hierro, tú matarás, pero no siempre! De todos aquellos a quienes muerdas, todos no morirán, algunos languidecerán, otros curarán»”.

“Terrible es siempre la virtud del hierro. Que un sacerdote entierre bajo un árbol el cuchillo del Gran Tigre, el árbol palidecerá y morirá. Que arroje el cuchillo en un río, su cauce se secará”.

“Al dios alterado le hace falta sangre. Si propio sacerdote le es inmolado después de cuatro años de leales servicios. Loha necesita mucha sangre; por eso ha instituido la guerra, ordenando que ella fuera nuestra más noble ocupación”.

“La guerra, la guerra eterna, es la salvación del pueblo. Para alimentar la guerra, Dios permitió, Dios ordenó que se suspendiera a treguas, que se entremezclara con armisticios, durante los cuales se cultiva el suelo y se procrean hijos que a su vez se batirán matándose entre ellos”».

Todo pueblecito, todo grupo de chozas posee un bosquecillo en el que ni mujer ni niño pueden penetrar; está consagrado al dios de la guerra que preside las batallas entre los khouds y extranjeros, pero no a las riñas que pueden estallar entre grupos de una misma tribu. Loha, dios del hierro, se ha convertido en un viejo cuchillo. Clavado en el suelo tres cuartas partes de su hoja, emerge lentamente cuando una batalla se prepara, y vuelve a clavarse de nuevo cuando ya hay suficiente sangre. El sacerdote vigila con ojo atento la altura del cuchillo, los movimientos de ese barómetro delicado; pues la divinidad, si tardaran en satisfacerla, se vengaría convirtiéndose en tigre devorador, en epidemia devastadora. Por el aviso que da el hombre de los altares, los ancianos se reúnen y deliberan siguiendo las reglas y preguntas: «¿Loha está verdaderamente despierto? ¿Es cierto que está inquieto? ¿Se siente colérico? ¿Y contra quién la guerra?»

Los guerreros preparan las armas y demás instrumentos militares. A su Marte Apolo le ofrecen un pollo con arroz rociado de arrak, pequeña comida que consume el dios. Después de esto, el sacerdote le habla con solemnidad:

«“Oh Dios, hemos tardado a ponernos en pie de guerra. ¿Hemos olvidado alguna de tus prescripciones? ¿Hemos tardado demasiado tiempo esperando que crecieran nuestros hijos y pensando en que había que alimentar a nuestro mundo?”

“Sea lo que será, tu augusta voluntad se manifiesta por las depredaciones del tigre, por las calenturas y las oftalmías, las úlceras que roen y los reumatismos que afligen”.

“¡Te obedecemos, Señor!”

“He aquí nuestras armas. Sólidas ya lo son; hazlas agudas y cortantes. Dirige nuestras flechas, dirige las piedras de nuestra fronda”.

“¡Ensancha las heridas que harán a los enemigos; y si las heridas se cierran, que quede la debilidad y la impotencia! ¡Pero que nuestras heridas se cicatricen y se curen tan pronto como se seca la sangre sobre la tierra!”

“¡Que las armas hostiles sean frágiles como las silicuas del árbol *karta*, pero que nuestras hachas, poderosas como las mandíbulas de la hiena, aplasten los huesos y trituren las carnes!”

“¡Que nuestros hombres de pequeña estatura abatan a los gigantes!”

“¡Haz, oh Dios, que durante la batalla nuestras esposas se sientan orgullosas de traer la comida a bravos como nosotros! ¡Que las tribus forasteras, admiradoras de nuestras hazañas, nos ofrezcan sus hijas!”

“Ayúdanos a saquear los pueblos, a secuestrar los ganados, a robar tabaco. Que nuestras mujeres tengan para su uso vasijas de cobre. Que las lleven gozosas a sus parientes”.

“¡Asístenos, oh Dios! Asiste también a nuestros aliados en recompensa a los muchos pollos, cerdos, ovejas y bueyes que te ofrecimos”.

“¿Que qué es lo que te pedimos? Que sea fuerte tu mano para la ejecución de las órdenes que nos has dado. Que nos protejas a nosotros como protegiste a nuestros héroes antepasados. ¡Acoge, oh Dios, nuestras súplicas! ¡Loha, divinidad guerrera, que el hierro tenga en nuestras manos su virtud primera! Que nosotros seamos ricos gracias a su filo. ¡Ya ricos, te encareceremos, oh nuestro Protector y Amigo!”».

Inmediatamente los guerreros cogen sus armas benditas por el contacto del altar, y las sacuden por encima de sus cabezas. El sacerdote impone nuevamente silencio y recita la liturgia del Hierro:

«“Al principio el Dios de la Luz creó las montañas, creó los arroyos, creó las llanuras, los bosques y las rocas, creó los animales domésticos y los de caza. Después de eso creó al hombre y luego al Hierro”.

“Pero el hombre ignoraba aún el uso del hierro”.

“Una mujer, Ambali Baylia era su nombre, vivía con sus hijos, dos guerreros... Un día, aparecieron heridos con los pechos ensangrentados. Ella preguntó:”

“¿Qué tienen, hijos míos?”

“Y contestaron: – Con las gentes de allá abajo nos hemos divertido con hojas de gladiolo, nos hemos hecho cosquillas en los costados”.

“La madre curó las llagas y dijo: – ¡Mal haya el gladiolo! Abandonen el gradiolo, hijos míos”.

“Algunos días después, los hijos volverán erizados de puntas espinosas: tan cubiertos como un cordero con su lana. Nuevamente Ambali curó los rasguños”.

“Y dijo: – Es poco cómodo batirse de ese modo. Vayan a buscar el hierro al país de los indos; fórjenlo en hachas y puntas de flecha; curven en arco los bambúes, adornen sus cabezas con plumas; acorácense con pieles y telas; vayan a la batalla”.

“La batalla afina los espíritus, fortalece los corazones. Por continuidad tendrán tejidos, sal y azúcar. Y aprenderán a conocer otros hombres y otras formas”.

“Los hijos y los nietos de Ambali fueron a la guerra, pero casi todos perecieron. Los supervivientes vinieron y dijeron: – Madre, te hemos obedecido; ¡pero, cuántos muertos! Ante el filo del hierro es imposible subsistir”.

“Y Ambali Baylia contestó: – Es cierto, en el hierro no entró gota de piedad. Pero ustedes caliéntenlo al fuego de la fragua, fórjenlo con un martillo y modifiquen las rebabas de sus

flechas. Lo cual hicieron, y después, el hierro mata a todos los que toca. No obstante, defiende los límites sagrados, protege nuestro haber y nuestros derechos”».

Después de una pausa, el sacerdote grita a uno de los grupos: «¡A las armas, a las armas! Yo voy al frente. ¡Marchen!»

Guiados por el hombre de Dios, unos cuantos corren hasta los límites de la tribu que han resuelto atacar. Se arroja una flecha por encima de la frontera; los hombres saltan después. De un árbol que crece en el suelo enemigo, cortan una rama los mensajeros y se la llevan. Símbolos parlantes, y que pueden llamarse universales, puesto que se les encuentra en pueblos tan diferentes como son los mundrucos de la América meridional, los nagas y los romanos. De regreso al santuario, el djanni rodea la rama talada con pieles y trapos; de dos ramas, simulando los brazos, cuelga las armas; luego derriba ante el altar el maniquí representando al enemigo vestido de guerrero.

Después exclama:

«Oh, dios de la Luz, y todas las demás divinidades, sean testigos de que hemos ejecutado todas las prescripciones ordenadas”.

“Así, pues, Dios de la Guerra, abstente visitarnos bajo forma de tigre, de calentura y otras plagas”.

“En toda justicia, la victoria es nuestra”.

“¡Escuchen, oh dioses! Nosotros les pedimos, no que nos garanticen ante la muerte, sino de que seamos alisiados, estropeados”.

“¡Cúbranos de gloria, oh dioses! Y no olviden que somos los sobrinos de los héroes, sus amigos”».

Terminados esos preparativos, falta sólo notificar la declaración de guerra, pues la lealtad exige que el enemigo tenga tiempo de armarse, de tomar todas las medidas defensivas, de hacer todas las ceremonias que captan el favor de los Inmortales, y por consecuencia el éxito. De cada bando se promete a Dméter una víctima humana, y a Marte-Apolo grandes candiladas de sangre de machos cabríos y de pollos.

El jefe del pueblo manda a jóvenes mensajeros para que recorran los puntos designados. Haciendo ejercicios con arco y flechas, hacen saber a los hombres de la otra tribu que se les espera en tal punto, a la salida del sol. Los interpelados responden por cumplimientos y felicitaciones, acogiendo a los heraldos como si fueran portadores de buenas nuevas.

El día indicado, los guerreros se presentan en el sitio designado vestidos de gran gala, lavados y perfumados como para una gran fiesta; se han hecho un tocado especial con penachos de plumas que agita el viento, y en marcial actitud como jamás imaginó caballero alguno. Las mujeres llegan con odres llenos de agua y cestas repletas de alimentos, pues el combate será rudo y podrá durar todo el día. Tomando sitio como espectadores, los viejos, a los que la edad no les permite entrar en la liza; habiendo participado en muchas de esas fiestas, aconsejarán y darán bríos a hijos y sobrinos. La señal de la revuelta la da el partido agresor, que en el lugar del combate arroja un paño encarnado (se le hará a la tierra un paño de sangre). Los sacerdotes dan varias palmadas: Una, dos, tres... ¡A ellos, alegremente!

La batalla es una sucesión de combates singulares, interrumpidos por descansos y comidas entremezcladas con desafíos y diálogos al modo de los héroes de Homero. Los espectadores

gozan con los efectos de las armas; se diría una representación de gladiadores; es un juego, pero un juego terrible. Los golpes caen como el granizo; los guerreros parecen leñadores ocupados en la tala de hombres. Soberbios hachazos, bellos desgarrones, elegantes paradas, graciosos avances y retrocesos. Las mujeres aplauden, las mujeres cuya presencia se tiene por indispensable. Esposas, hermanas y madres, enjugan el sudor que cae por las frentes, refrescan los labios alterados, masan los miembros rendidos; manos acariciantes calman los pechos que el esfuerzo hace palpar. Sobre el primero que cae sin vida, primicias del combate, se precipitan todos para bañar sus armas con la sangre; en algunos instantes su cuerpo es despedazado. Quien tiene la suerte de matar al enemigo que se le pone en frente sin haber sido siquiera herido, separa del tronco un brazo muerto y va a presentarlo al sacerdote para que éste lo ofrezca a Loha como presente. Al siguiente día, suele verse un montón de brazos sobre un altar: una treintena de hombres han perecido de un bando, una veintena del otro; muchos más han sido heridos. Pero no siempre se detienen ahí, y cuando las cosas se hacen a lo grande, continúa al día siguiente y sucesivos hasta aniquilar completamente a una de las partes.

Eso, es bien mirado, menos una batalla que un torneo, que una justa en campo cerrado. Caballeros, más bien que soldados, los khouds ignoran la táctica, desprecian las marchas, contramarchas y movimientos envolventes u otros, pero no conocen la indulgencia ni el perdón, se matan en familia, como menos enemigos que rivales.

No obstante, las cosas más regocijadas acaban por hastiar, y las más bellas duran demasiado tiempo. Las primeras que se hartan de batalla son las mujeres, expuestas a perder uno tras otro el padre propio y el padre de sus hijos. Tomadas como la ley lo ordena, en otra tribu distinta a la de su nueva familia, más de una asiste al duelo entre su hermano y su marido, los admiran igualmente, temblando por la vida del uno y la del otro. Como las sabinas de otro tiempo, intervendrán para reconciliar. Ellas comunican libremente con uno y otro partido, como hacen también en las montañas de Assam los katchou nagases, que, cualquiera que sea la guerra a que se entreguen sus maridos, no interrumpen ellas sus visitas y asuntos cotidianos. La neutralidad de las que ven matarse mutuamente sus padres y hermanos es reconocida. No encuentran nada feo en que al día siguiente del combate se junten ellas para mezclar sus duelos y lágrimas. Ellas son, pues, las que toman la iniciativa e intervención para la paz, y, en el momento propicio, hacen intervenir una tercer tribu, que manda heraldos para gritar: «¡Basta! ¡Basta!»

Ordinariamente se contesta: «Nosotros no hemos querido la guerra; es Loha quien la ha exigido; si él quiere que continúe, las flechas se escaparán contra nuestra voluntad».

«Sin duda, replican los pacificadores. Pero si Loha está contento, dense ustedes por satisfechos. Nosotros vamos a consultarlo. Que uno y otro bando delegue dos heraldos para ser testigos de su contestación».

El djanni lleva arroz, deja caer una flecha tomada en el santuario de Loha. ¿Queda derecha la flecha? ¡Que la guerra siga su curso! ¿La flecha se inclina y cae? ¡Que se haga la paz en seguida!

Sin embargo los beligerantes necesitan nueva prueba. ¿Por qué no? El sacerdote convoca a todo el mundo ante el altar, invoca al dios:

«¡Oh, Loha! Tú decidiste la guerra. ¿Por qué? Nosotros lo ignoramos».

“¿Querías, acaso, preservar toda nuestra valentía, que hubiera podido perderse en la inacción? ¿Querías impedir que nuestros enemigos se hicieran demasiado fuertes? ¿Querías substraernos a la pereza y a la indolencia? ¿Querías honrar a tus amigos con hermosa muerte?”

“Tal vez los forjadores de hierro, los tejedores y destiladores te incitaron a una guerra de la que ellos han sacado honra y provecho”.

“¿Las fieras de las ciénagas, la caza de los juncales se te han quejado de que una paz más larga les sería fatal? ¿Las abejas, los pájaros, temen acaso ser exterminados por nuestros cazadores? ¿Los bueyes están cansados de soportar el yugo, de arrastrar el arado?”

“¿Tenías otra razón para nosotros desconocida? Sea lo que será, por lo que a nosotros se refiere, tenemos ya bastante y quisiéramos que la paz nos fuera devuelta, si tal es también su voluntad”.

“Plázcate hacernos conocer tus designios”».

Terminada la invocación, el djanni pone en un plato grasa fundida, enciende una mecha. Si la llama se levanta alta y recta, Loha quiere continuar la guerra; pero si la llama se inclina, Loha acepta la reconciliación.

Contraprueba: Sobre un plato lleno de arroz se coloca un huevo derecho. Al igual de la flecha, si se mantiene recto o se inclina, el dios está por o contra la guerra:

«“Loha, si tú quieres que la guerra continúe, danos una fuerza que dure hasta que las armas de nuestros enemigos caigan de las manos del último adversario”.

“Si tú deseas la paz, tu servicio no sufrirá por eso. Pero en este caso obra sobre los corazones para que la paz sea leal y sincera. Sondea las almas de nuestros enemigos, consulta el espíritu de los dioses, disuelve el fondo de sus pensamientos”.

“Si desean la tranquilidad tanto como nosotros, bailaremos la danza de la paz, y nuestros pies levantarán una polvareda que en tres días no caerá sobre el suelo”».

Eso basta, y empiezan las negociaciones. Tienen buen fin. El sacerdote convoca a las dos tribus y entona una de sus largas letanías:

«“¡Que preste atención la multitud reunida!”

“He aquí cómo surgieron las hostilidades. Loha había dicho: ¡Que haya guerra!”

“Loha penetró en las herramientas, que de útiles de paz se convirtieron en instrumentos de guerra. El se hizo filo de hacha, punta de flecha”.

“Ya Loha tiene lo que deseaba, la tierra abonada con sangre. ¡Basta ya!”

“¡Que se embote el filo de las armas, que se extinga su cólera! ¡Que impere el amor y la amistad!”

“Loha, dirige ahora tus pasos hacia otra parte; Diosa del Crecimiento, míranos con favor, haz que nuestro pueblo prospere y multiplique”».

El sacerdote entonces asperja a la asistencia con barro bendito, mezcla de una agua sagrada y tierra tomada en hormiguero o termitero.

Terminando el tratado, los combatientes se entregan a la Danza de la Paz, ríen, saltan y dan vueltas con tanto empuje que, exaltados hasta el frenesí, desaparecen los últimos rencores, se extinguen los mal disimulados resentimientos. La reconciliación se considera como la mayor

alegría dada al corazón, como la más intensa que puede experimentarse en el mundo. Ese éxtasis lo ha inspirado Loha, sería impío reprimirlo, irrespetuoso el moderarlo. Después de haberse desenfrenado durante tres o cuatro horas como locos, no tienen bastante con trece o quince días para reponerse del cansancio.

Para el khoud, hombre consciente de su noble destino, no existe más hermosa ocupación que la agricultura y la guerra. El arado es el reposo de los combates, y los combates el descanso después de las labores del arado. En ese pueblo singular, la guerra no altera las relaciones entre familias y tribus enemigas, no suspende las galanterías y casamientos. Ni siquiera las bodas se aplazan para la terminación de la guerra; los beligerantes suspenden los combates para entregarse a fiestas y regocijos en los que se tratan cortésmente y se divierten de veras, sin que entrevea remotamente la preocupación de que al día siguiente se matarán con igual ferocidad que buen humor. Son crueles, pero no malos; tienen la particularidad del asesinato alegre. Lo cual hay que atribuir a la perfecta buena fe con la que atribuyen la muerte y la victoria a la intervención directa y personal de sus divinidades, únicas tenidas por responsables.

Seguramente, las tribus khoudas comprenden la guerra de distinto modo al nuestro. Para ellas es el cumplimiento de un rito religioso y un deber moral, gracias al cual la población masculina adquiere fuerza y nervio y los dioses se llenan de sangre humana, de la cual se encuentran con frecuencia necesitados.

Obedeciendo al mismo sentimiento, los antiguos mejicanos se mandaban de tiempo en tiempo un mensaje en el que se decían: «Nuestros dioses tienen hambre. Vengan, amigos, y matémonos para darles de comer». Así, en 1454, durante la gran escasez, los sacerdotes se quejaron, en nombre de los Inmortales, que los prisioneros cogidos en largas expediciones llegaban demasiado fatigados y delgados para ser apetecidos por los dioses. En consecuencia, la libre república, de un lado, y los tres reinos, de otro, convinieron en que sostendrían una guerra constante, y que, por intervalos, y en lugar determinado anticipadamente, se batirían como caballeros, con objeto de hacer, no conquistas, sino prisioneros para satisfacer el hambre de las divinidades.

Después de haber dicho cómo viven los kolhs y los khouds, y sobre todo cómo se casan, cómo matan sus hijas y de qué modo se exterminan ellos mismos en sus torneos, hablemos brevemente de sus costumbres funerarias y de qué modo creen la existencia después de la muerte.

La cremación, en boga entre esas tribus, de derecho para los jefes, patriarcas y grandes personajes, practicada con la mayoría de los adultos machos, es negada, sin excepción, al montón anónimo de mujeres y niños. Interrogados por esta diversidad de tratamiento, los indígenas contestan que la incineración ocasiona muchos gastos y ceremonias para que se puedan prodigar. El motivo es plausible, ¿pero debemos tomarlo como suficiente? ¡Cuántas veces los pueblos se transmiten desde tiempo inmemorial costumbres que no han comprendido! Habiéndolas heredado de sus ignorantes predecesores o de otros pueblos próximos que tampoco las comprendieron. Aun siendo de orden práctico, la razón alegada no nos parece decisiva; al contrario, por ese carácter utilitario precisamente, la juzgamos sospechosa, en un orden de cosas donde el género humano carece, casi, de buen sentido y de sobriedad. Si los khouds se atienen a la economía cuando se trata de mujeres y niños, ¿por qué se exceden en los gastos cuando se refiere a padres y hermanos? La muerte es universalmente considerada como la puerta del mundo sobrenatural; por manera que en materia de imaginación y de fe, no se recurre a la ciencia y al buen sentido. Para explicarse la muerte se dirigen a lo imaginativo.

El entierro y la cremación determinan sistemas diferentes. Siguiendo la antigua teoría, la muerte, disgregación del organismo, devuelve a los elementos lo que éstos le habían prestado; el espíritu, destello divino, vuelve con la llama a las regiones etéreas, hacia el sol, hacia los

astros distantes. ¡Honor para los que se consumen en la hoguera! Otra es la suerte de los que entierran; sus almas, no conteniendo más que principios acuosos y terrestres, terminan con la inexistencia actual o van poco más lejos; son de naturaleza inferior y mortal, por oposición al espíritu, de naturaleza divina. También los morinocquas, en el Asia Menor, quemaban el cuerpo de los hombres después de la muerte y enterraban a las mujeres. Buena y valedera la explicación para un pueblo cuyos diez mil siguieron la misma suerte en su famosa retirada, ¿sería insuficiente para los khouds, descubiertos recientemente?

La cremación no es igual en todas partes; lleva en sí un ritualismo que varía según la casta y la calidad. Aquí, los individuos son quemados derechos, atados a un árbol; allá acostados, con la cara vuelta hacia el medio día. Las cenizas recogidas, como los huesos, se exponen los tristes restos sobre una capa de arroz -probablemente para que no sean nocivos-, y se les saca en procesión por las calles de la aldea y las casas de sus parientes y amigos. El muerto saluda es saludado ante cada puerta; se le hacen mirar por última vez los árboles que plantó, los campos que cultivó; se le lleva a la puerta de las mancebías, en donde había bailado con frecuencia. Entre los ouraous, los huesos se depositan bajo un macizo de piedras que sombrea un tamarindo; entre los khesias del Tchota Nagpour, los arrojan al río, que los arrastra hasta el valle que en otro tiempo habitaron sus antecesores, antes de ser expulsados por la invasión de los arias.

Para asegurar la felicidad del difunto, y más aun para el preciso reposo de los supervivientes, han imaginado la mayor parte de las religiones los ritos funerarios que reducen al alma a espacios fijos de donde no saldrá más que en épocas determinadas, a donde deberá volver en momentos fijos. Puesto que ella arrastra consigo vapores deletéreos y los miasmas envenenados del sepulcro, puesto que ella alienta la fiebre y las pestilencias, puesto que infecta hasta a los mismos que ha querido, no puede parecerle mal al alma el que se le impongan algunas cuarentenas, algunas lustraciones, antes de aproximarse a los vivos, que respiran el aire por las narices y cuyo pecho es fuente de sangre pura.

Lo que mejor saben hacer los muertos es matar. Por su mediación obran los malos hechiceros y los malditos echadores de suerte. Los hechiceros suben sobre las techumbres de paja, hacen un agujero por el cual dejan caer un hilo que va a tocar al individuo *maleficiado*. Por mediación de ese hilo absorben la sangre, hacen llegar el veneno hasta el estómago y debilitan los huesos. Si la vida, si la salud son prendas que estiman, no se encuentren con la mujer muerta de parto, la cual rodea su piedra tumularia. Vestida con una larga camisa blanca, tiene triste cara, espaldas cubiertas de hollín y los pies retorcidos. ¡Y cuidado con el demonio de la epilepsia que se cierne por encima de Djezpour! De la boca le salen llamas. A la media noche se oculta en un rincón oscuro, o se para en el claro de un tejado, dispuesto a caer sobre el desventurado que vague por las calles. Los tigres tienen abundancia de presas por los juncales; jamás saldrían de las ciénagas para degollar bueyes y cabritos, y aun menos para devorar a un hombre, si no fuera porque un dios les da el mandato expreso, o que un hechicero vengativo se ha hecho *nilipa* o duende, metiéndose en su envoltura abigarrada.

Para escapar a la acción malhechora de esos espíritus y de sus compadres, se dirigen a los sacerdotes, mediums oficiales entre el mundo de los vivos y el de los muertos, hechiceros todos, pero de la buena causa. Como su oficio es reconocido indispensable, la comunidad les asigna el usufructo del campo divino. «Su existencia parecería fácil, si no fuera por estar constreñida a un retiro que muchos no podrían soportar; si no fuera porque les está prohibido tomar parte en el noble juego de las batallas, ni pueden compartir su comida con los profanos, ni comer nada preparado por legas manos. La vocación no tienta a muchos, no obstante ser libre la industria sacerdotal y estar abierta a todo el mundo, tanto para la entrada como para la salida -salvo, sin embargo, lo concerniente al culto del Sol, que es hereditario entre ciertas familias-. No importa quién puede consagrarse al servicio de otras divinidades, después del aprendizaje de rigor. El aspirante se retira al bosque, en donde entabla relaciones con los

demonios que pueblan la espesura y con las divinidades que bordean los caminos. Se deja crecer la barba y el cabello; se necesitan largos y espesos para que adquiriera la facultad de adivinar. Pero no será aceptado como profeta antes que haya demostrado saber predecir el porvenir, precaución bastante razonable, seguramente. La divinidad entra en su persona haciéndole estornudar; se presenta como poseído, aúlla y vocifera de modo tan irracional como ortodoxo. Cuando se deja sentir la necesidad, se ocupa en buscar hechiceras, descubre y las denuncia para que les saquen los dos incisivos de delante. Ese tratamiento las hará impotentes, incapaces de pronunciar encantamientos con la limpieza necesaria. Una pronunciación defectuosa irrita al demonio, el cual hace caer sobre la torpe el mal conocimiento de este procedimiento simple y expeditivo. El sacerdote, hechicero y antihechicero al mismo tiempo, calma el furor de los tigres y neutraliza las pestilencias, según los casos. Encuentra la piedra negra que produce la fiebre, la rocía con sangre, la deposita solemnemente bajo cierto árbol y la rodea con una plantación de euforbios».

Otras hazañas: Recoge las escobas, pucheros desportillados, cantimploras quebradas, cestas fuera de uso, objetos todos que los espíritus de desecho eligen como alojamiento voluntario; los arroja él en terreno desierto: al fondo del bosque, en los brazos de una horca, en las ramas de un árbol muerto. Los había rociado ya con aguardiente o con sangre, y cuando los demonios golosos se arrojan sobre el cebo, él los reduce a prisión en una empalizada de maderos a los que ha colgado previamente armas viejas cargadas de orín, cercado que ellos no se atreven a salvar.

Al djanni corresponde propiciar los catorce patronos nacionales y las once divinidades locales, sin olvidar las dríadas, las ninfas de los arroyos y de las fuentes, los faunos y silvios. Hay quien habita sobre la tierra, otras debajo; estos últimos salen por las fisuras del suelo, para presentarse a sus adoradores y para picotear en sus trigos: las espigas vacías, marchitas o con negrilla, han sido desgraciadas por ellos. Bajo un árbol excepcionalmente alto, habita el Gran Padre o Pilabaldi, asimilado a una piedra, que los fieles embadurnan con azafrán. Los djannis son también los que interpretan la voluntad del destino. Consultando las oscilaciones del péndulo o rompiendo un huevo y observando la configuración de la clara y de la yema, pronuncian oráculos. Los moundhs celebran una especie de Pascua en la que cada cual se divierte rompiendo un huevo sobre el primero que pasa. Esto es imitación del gran Señor Sing Bouga, que con simple huevo de gallina rompió los globos de hierro que le oponían sus rivales los Asures, dioses forjadores. Por todas partes los huevos son fatídicos. Los ouraons se los comen con recogimiento sobre el emplazamiento de la huta que van a construir, de la aldea que van a fundar, emplazamiento que ellos han hecho ya propicio arrojando arroz.

Expulsar los espíritus malhechores, proporcionar buen augurio, tales son las ocupaciones ordinarias del sacerdote; las más solemnes consisten en degollar las víctimas cuya sangre saciará la sed de las divinidades, la de los mil y mil diablillos que pululan por el bosque y la campiña, por el aire y por las aguas y por las concavidades de la tierra. Si parece grande mucho cuando sangra pollos y degüella cabras y toros, el hombre divino parece sublime cuando inmola víctimas humanas. Matar niños, matar adultos, matar jóvenes, es función augusta.

El sacrificio bajo sus diversas formas y acepciones múltiples, es la doctrina fundamental de las religiones. «¡Maten, maten!». Esas palabras del obispo que saqueó Beziers hubieron podido escribirse en las fachadas de ciertos edificios menos merecedores del nombre de templos que el de mataderos públicos. Con la carne de los hombres y de los animales, los dioses no podían saciarse. La Tierra, muy particularmente Deméter, la vieja ogra, se presentaba hambrienta y alterada más que todos los otros Inmortales. Eso se explica. Con su amplia fecundidad, con sus procreaciones incesantes, la Madre Cigüeña, que hace renacer las existencias, pulular y agitarse hasta en las últimas moléculas de la materia, no tiene jamás bastante sangre para beber, suficiente y deliciosa sangre roja. La sangre, elemento plástico por excelencia, principio constituyente de la leche alimenticia y del esperma generador, era juzgada como alma misma

de los organismos. Pero hay varias clases de sangre. La sangre del hombre se tenía por la más preciosa y por la más rica en fuerza y vitalidad. El agua pasaba por haberse concentrado en la sangre, y muy especialmente en sangre humana, que ella misma se sublimaba en sangre divina. La sangre, decían, nutre la vida toda en la naturaleza, hasta en las plantas y en los espíritus. A las manos se les derramaba sangre para darles la inteligencia y la sensibilidad; se le servía a los olímpicos para conservarlos vigorosos y en salud; y a la Tierra, generadora de las mieses, para fecundarla. La sangre, infalible panacea, elixir de suprema eficacia, se tenía en honor prodigarla, en gloria esparcirla sin medida; se habían acostumbrado, preciso es decirlo, a derramarla como el agua. Los khouds, pueblo olvidado detrás de sus murallas de bosques y lagos, han conservado con su integridad primitiva la antigua creencia según la cual la virtud más poderosa es la de la sangre dada sin regateos ni repugnancia. No existe acto más meritorio que el de inmolarse en beneficio de la comunidad. Sin embargo, esas abnegaciones han sido siempre raras, hasta en un pueblo bravo entre los bravos, donde el individuo sabe cuándo es necesario morir noble y sencillamente. El khoud prefiere también sacrificar la vida de los otros antes que la suya; ya esos ciudadanos celebran su generosidad cuando compran criaturas humanas para regalar a los dioses. Quien quería hacerse popular y merecer el favor celeste, anunciaba que tal día haría degollar a una o varias víctimas. Familias, tribus y aldeas se cotizaban para dar a sus santos patronos y protectores un gran festín, un magnífico auto de fe. En teoría, preferían los sujetos machos a las hembras. Cuanto más hermoso era el ejemplar mayor precio tenía la ofrenda. Numerosas eran las divinidades a las que halagaba tal atención, numerosos también los pretextos: actos públicos o privados, siembras, recolecciones, lluvias prolongadas, roturación de terrenos nuevos, sequías persistentes y epizootias; un niño enfermo o una mujer que pedía un hijo. En las calamidades presentes, nada debía ahorrarse. En las grandes matanzas de los antiguos tiempos, no eran dos o tres personas las que sacrificaban, sino veinte, treinta o más. En previsión de las necesidades constantes y de las necesidades accidentales, se reconoció la necesidad de aprovisionarse de sujetos, de tener una buena partida de hostias a disposición del sacerdote; era necesario que la divinidad tuviera constantemente pan, mucho pan sobre la mesa. Había que aprovisionarse de carne, de carne humana en pie. Eso podría parecer difícil.

«La oferta responde a la demanda», enseña Bastiat, autor de brillantes variaciones sobre el tema de las *Armonías económicas*. Donde se manifiesta una necesidad, no tarda en formarse un mercado. Los dioses caníbales tenían hambre, pagaban bien, los aprovisionadores no tardaron en presentarse: harris gahingas, dombogos, y muy especialmente los panous, población de tejedores y cambalacheros que rodea a los amos del suelo y los explota. Recíprocamente a la protección que ellos les dispensan, ese pueblo sirve a los khouds, y hasta cierto punto los domina. En efecto, los panous han sabido hacerse indispensables. Ellos son los que manipulan los pequeños negocios, se instituyen consejeros, intérpretes y mediadores, mensajeros públicos y privados, brujos y sacerdotes, parecen judíos o gitanos en medio de los aldeanos magiars, servios o rumanos. Hacen el comercio entre la selva salvaje y la llanura civilizada, toman productos y encargos; a la tierra baja descenden cargamentos de azafrán y panes de cera, subiendo joyas, sal, hierro y niños. Algunas veces conducen toda una caravana de seres pequeñines recogidos de padres pobres que, no alcanzando a poder mantener la familia, consienten en cambiar un rapazuelo vivaracho y simpático por unas cuantas piezas de plata. En Bouster, Djeypour, Kalahandi y otros lugares, los traficantes en carne humana se entendían con bandidos que, ladinamente, sorprendían a las niñas y muchachos junto a las vallas de los cercados, los amordazaban, les tapaban los ojos y se los llevan. Hacían un buen negocio cuando encontraban alguna mujer de ocasión acusada de hechicería, y de la que sus conciudadanos querían deshacerse. Algunos hermanos han vendido a sus hermanas. Los adultos se pagarían a buen precio sin el peligro del transporte. Con esta carnicería humana sucedía como con la de los animales: la carne sana y joven alcanzaba precios más ventajosos que la enferma, dura o demasiado tierna. El macho adulto no llega al mercado sino en condiciones excepcionales, y se le había tarifado: un búfalo, un buey de labor, una vaca de

leche, una cabra, un vestido de seda, una vasija de cobre, un gran plato, un régimen de bananas... en total cuarenta artículos, precio fijo, siempre idéntico.

Ninguna víctima podía ser sacrificada si su precio no había sido íntegramente saldado. Condición indispensable. La liturgia insistía sobre el hecho de no haber pecado alguno en matar a un hombre si antes había sido pagado al contado. Convenía prevenir toda reclamación, toda discusión. Los criminales y prisioneros de guerra no hubieran valido nada, ya que su adquisición era sin grandes sacrificios. Aunque los khouds practicaran ampliamente el infanticidio, no cedían ni vendían ninguna de sus hijas que tan fácilmente mataban. Desde el momento que el mercader había recibido un anticipo, queda obligado a entregar en fecha fija el número de cabezas estipulado, aun cuando tuviera que incluir a sus hijos para alcanzar la cantidad convenida. El mismo respondía a la comunidad de los accidentes ulteriores. Si la víctima escapaba al suplicio, se resarcían con la cabeza del vencedor; era necesario que el miserable fuera jefe de familia. En los contratos se decía que era padre de los sujetos por él vendidos, fórmula que a veces expresaba la verdad, y que nos informa del carácter primitivo de la institución.

«Se cuenta que algunos khouds viajaban con uno de esos honrados suministradores por un distrito hostil a los ritos sangrientos. El cambalachero fue encontrado por uno de sus parientes, desesperado de que su prima, a la que amaba, hubiera sido entregada al verdugo por su padre sin entrañas. Corrió hacia él y le dijo:»

“— Hete por aquí, padre que vendes tus propios hijos, y le arrojó un salivazo a la cara. Inmediatamente intervinieron los khouds, ansiosos de consolar a su compañero. — ¡No te disgustes por eso! Ese bestia de hombre ignora que sacrificando tus propios hijos tú fuiste nuestro bienhechor y el protector de nuestra tribu. No te inquietes. Los dioses enjugarán el escupitajo que ese necio arrojó sobre tu cara”». ³²

Nosotros nos sentimos inclinados a creer que en su origen, los panous estaban obligados a suministrar a los dueños del suelo un tributo en cabezas, tributo que había sido gradualmente transformado en mercado. Así se explica que los tchoutias se hicieran entregar todos los años cierto número de víctimas por una tribu a la que se había condonado todo impuesto, y la llamaban *sar* o libre. Otro ejemplo: Los bhouyas del Bengala tenían en otro tiempo una especie de rey que, empuñando el sable, el «Sable de la Dinastía», cortaba el cuello a un individuo de la alta y noble familia de los Kopat, la cual, como indemnización a tan triste fatalidad, tenía en usufructo un considerable dominio. Transcurriendo el tiempo, la ceremonia fue modificada: el hombre destinado al sacrificio caía al golpe de la espada que simulaba haberle dado muerte, y tres días después reaparecía entre los vivos diciendo haber salido de la tumba.

Hemos dicho que los khouds mataban sus hijas, pero no las sacrificaban. Esa expresión demasiado terminante debe ser rectificada y explicada. Los khouds no sacrificaban a sus hijos porque los panous entregaban los suyos, ¿pero y si los panous no hubieran hecho su macabra abdicación? Varios pasajes de la liturgia, muchos artículos de la dogmática prueban que en tal caso hubieran tenido que dar satisfacción a la sedienta diosa con la sangre de su propia progenitura, hasta con la de su propio padre, como hacían antes los adoradores de Moloch y todos esos Abraham que degollaban su Isaac. Ciertamente que no ofrecían a Tasi sus legítimos. Ya sabemos que en Khoudia los casamientos eran raros por el precio elevado a que habían llegado las jóvenes casaderas; pero los jóvenes que no podían encontrar su mitad en justas nupcias, contraían uniones temporales, precisamente con las víctimas designadas, con las mujeres jóvenes que habían comprado para inmolarlas. Sabían que les esperaba una muerte cruel, pero entre tanto, ¿por qué no habían de sacar el mejor partido posible de tan corta existencia? Más bien que aumentar sus desgracias por la visión constante de la muerte

³² Macpherson.

próxima, ¿no era preferible reír y divertirse, cantar y bailar, amar y ser amadas? Por su parte, ellas tenían necesidad de caricias y dulces pasatiempos. «Aceptemos, decían, un primer amante y un segundo si se presenta; no tenemos tiempo para perderlo en gazmoñerías». A la sombra de los santuarios indígenas, florecía la prostitución, como en los templos brahmánicos, donde anidan siempre hieródulas y bayaderas. La pobre mujer nada anhelaba tanto como quedarse en cinta, pues en tal caso se le perdonaba, al menos hasta haber dado a luz y haber detestado al fruto de su amor. Después del primer parto, tanto mejor para ella si llegaba a su segundo, y aun a un tercero; el aplazamiento de su ejecución podía ser ilimitado. Con frecuencia los afectos se hacían tiernos y profundos. A pesar de la cuchilla siempre suspendida sobre las cabezas, las uniones en que se amaban de veras eran numerosas; sobre el borde del precipicio se miraba con espanto el profundo abismo. A veces se compraban desgraciadas, que convertían en carne de placer, con la intención declarada de matarlas ante el altar cuando fueran demasiado viejas. Más de una fue inmolada con la criatura que llevaba al brazo. Madre, hijos e hijas, todo pasaba.

Hubiera sido cruel a los padres asistir al sacrificio de sus pobres hijos. También el canibalismo tiene sus accesos de humanidad. La regla, entre los poblados, era cambiar sus *poussiras*; tal era el nombre que daban a sus hijos desgraciados. Se presentaba un djanni y se llevaba a los inocentes, como el matarife se lleva a los terneros en un carro... Todo pasaba convenientemente. ¿Piensan acaso que los khouds ignoraban las atenciones debidas al ornato público, a las simpatías personales y a la conmiseración individual?

Procurándose víctimas de fuera de la tribu y expidiendo más lejos los niños que se había visto nacer, tenían la ventaja de inspirar menos piedad las inmolaciones. No porque hasta el último trance se fuera duro con las víctimas, ni porque se les tratara con rigor; bien al contrario. Las poussiahs eran favoritas de todo el mundo, eran los niños privilegiados de la comunidad, a cargo de la cual eran vestidos y alimentados, alimentados a veces hasta con sustancias seleccionadas, pues se tenía interés en que fueran gallardos, bien nacidos, dotados de agradable aspecto; ordinariamente entraban en las familias notables, que consideraban una prerrogativa y un manantial de prosperidades el hecho de darles alojamiento. Comer en su plato conservaba la salud y curaba a los enfermos. Así, pues, se compartía con los desgraciados la cama y la mesa, los trabajos y juegos con los compañeros de su edad. Aunque no les ocultaban la suerte que les estaba reservada, les hacían acariciar la esperanza de demorar su ejecución hasta plazo indefinido. En ello había algo de cierto; se les quería de verdad para no dejarlos hasta el último instante. Si llegaban a ser adultos, no había muchacha ni joven que no se sintiera halagado con su amistad y favor. Se alentaban especialmente las relaciones entre esos esclavos de ambos sexos, pues el producto de esas uniones pertenecía de derecho a la sangrienta diosa; su fecundidad aseguraba la perpetuidad de los sacrificios. Además, más se hubiera fertilizado la tierra con carne estéril.

Diez o doce días antes de la gran ceremonia, los patricios y notables del pueblo tomaban un baño, se purificaban según sus ritos. En el bosquecillo sagrado, de árboles majestuosos, supervivientes de la selva primitiva, refugio de las ninfas selváticas, dríadas y hamadriadas, notificaban a la diosa que la fiesta estaba próxima, que estuviese dispuesta.

Los tres primeros días los pasaban en orgías que se han calificado de indescritibles, en las que figuraban a veces mujeres disfrazadas de hombre y armadas como guerreros. En la gran esposa del dios Sol había que despertar los aletargados sentidos, suscitar su fecundidad adormecida, irritar los deseos por espectáculos sencillamente lúbricos. Tumultos de gritos y cantares. Tambores, redoblantes y cornamusas hacían furor, los ecos repercutían de colina en colina. La juventud perneaba y se estremecía, y, sin cesar la danza, las muchachas removían el suelo arrastrando sus talones, palpaban la tierra con los dedos como acariciándola, y decían: «¡Despierta, despierta Tierra, amiga nuestra!». En las fiestas de la sembrera los latinos

invocaban también Opos Cousiva, al mismo tiempo que arañaban la tierra con los dedos.³³ Cada cual se ha hecho bravo y se ha taraceado con su bermellón. La cobrería brilla y las fruslerías tintinean. Los cazadores dan gran parada formando con sus pieles de tigre y de oso, emplumándose como el gallo de los juncales, como un faisán de los bosques. Los celadores y celadoras agitan sus escobas y tirsos de plumas, simulando levantar una bandada de pavos reales. La miserable heroína ha sido ya lavada con agua abundante y la han hecho ayunar para que esté pura tanto por fuera como por dentro; viste con ropas nuevas. La pasean de puerta en puerta procesional y solemnemente, luego la llevan al bosque sombrío, residencia de la diosa. Bajo las guirnaldas de verdura, el sacerdote la ata con cuerdas a un árbol florido, de diez a doce metros de altura, coronado con una figura de pavo real.

Aquí, el pavo real, rey de la fiesta agrícola, representa evidentemente el Cielo. Tantos soles como ojos de oro sobre el abanico. El trono sobre el que se sentaba ele Gran Mongol representaba un pavo real con alas desplegadas y sus plumas resplandecientes:

«¡Que vuelvan los bellos días de Delhi! Bendito el trono de oro que el pavo iluminaba con sus pedrerías».³⁴

El trono real del Birma representa un pavo real y una liebre, símbolo que indica la doble descendencia solar y lunar, el estandarte de la dinastía es un pavo real volando sobre el campo de plata. La hechicera Garro no practicaría ningún rito religioso sin haberse puesto sus sandalias y adornado su cabeza con plumas de pavo real. Los khoud juran por las plumas de este pájaro, juran por el tigre y la termita. El elefante, otro símbolo del Sol, esposo de Deméter. Ante el elefante las mujeres se inclinan; mojan sus sienes con bermellón y hacen seguir a sus hijos el camino marcado con sus pisadas; no es, pues, extraño que la imagen del rey de los bosques adorne con frecuencia el ara de los sacrificios. Ocurre a veces que se establece un segundo puesto en honor de la diosa, representado en estos casos por tres piedras bajo las cuales se entierra un pavo real fundido en cobre.

Volvamos a la víctima. Ha sido coronada de flores, untada con aceite y manteca fundida, se le ha dado una mano de amarillo de azafrán, color de los espíritus luminosos y de los espíritus celestes, se prosternan ante ella y la adoran. La adoran para hacer con ella otra Tarí. Pues en la concepción verdaderamente ortodoxa del sacrificio, la hostia, sea hombre o mujer o virgen, cordelo o vaca, gallo o paloma, representa a la divinidad misma. Por eso los mejicanos la adoraban con los vestidos y atributos del Inmortal y que ella tenía que personificar. Ejecuciones vulgares y mezquinas las de los esclavos, las de los malhechores detestables; ¡pero qué gloriosas las inmolaciones de un dios mismo, de una diosa, y cuán meritorias las virtudes de su sangre!

Tarí, dice la leyenda khouda, tuvo la intención de sufrir todas las tardes el sacrificio de su persona. Quiso hacer ella como el gran rey Vikramajit,³⁵ que -más fuerte que San Dionisio y hasta más que el beato San Osorio-,³⁶ cada tarde se cortaba él mismo su propia cabeza y la llevaba como ofrenda a Devi. Pero sus adoradores, viendo la falta de destreza de la diosa, le aseguraron que era lo mismo degollarse por delegación. Tarí quiso convencerse de los consejos y razones que le dieron. Adoptó la teoría que después ha sido dogma: los dioses no piden otra cosa que inmolarse en provecho de la humanidad, pero lo más frecuente es que tengan otra cosa de qué ocuparse y puede darse el caso de no estar dispuestos en el momento preciso. Si no interviene, pues, en persona, intervienen por un sustituto, se encarnan en

³³ Lausauls.

³⁴ Canción Ourdua.

³⁵ Sherwill, *The Rajmahel Hills, Journal of the Asiatic Society*, 1851.

³⁶ Frodoar, *Histoire de l'Eglise de Reims*.

meriahs o intermediarios.³⁷ El *meriahs* será el plenipotenciario del ser divino, el representante de su poder y su otro El mismo.³⁸

Así es que los *khouds* y congéneres exigen la víctima en divinidad, la halagan, ensalzan su belleza, cantan sus alabanzas y bailan a su alrededor. Al anochecer todas se aproximan para tocarla, la desgraciada produce bienes sin cuento. En un instante la despojan de sus vestidos que hacen a jirones y se los disputan; perfuman sus manos pasándolas por los cabellos de la infeliz víctima, arañan sus menjurjes, solicitan un salivazo que los creyentes esperan con unción en medio de su cara. Después la multitud se retira, dejando a la nueva diosa fuertemente atada al poste del sacrificio, su trono y su columna de gloria; la abandonan hambrienta, palpitante, desnuda, con el frío de la media noche y los terrores del bosque, esperando la horrible tragedia del día siguiente. ¡Qué velada! La nueva hija de los dioses se cree que se entretiene deliciosamente en conversación con la gran Tarí, convertida en su madre y patrona. ¿Qué dicen a la pobre víctima la inmensa soledad y el espantoso silencio, interrumpido por el maullido del tigre, el mugido de las fieras y por las voces misteriosas del bosque, profiriendo palabras desconocidas? ¿Qué dice ella a los astros eternos que parecen mirarla finamente, a las estrellas centelleantes que parecen hacerle señas diciéndole: «Mañana serás de las nuestras»?

Al amanecer, el pueblo en masa acude para terminar. Música y algazara, pífanos, batintines y cencerros, gritos y aullidos ensordecedores. Se llenan de ruido y de zambra como en otros tiempos bacantes y bacantas; como en los misterios de Eleusis «se come tambor y se bebe timbal». Pues hay cosas a las que jamás nadie se atrevería, sin antes haber ahogado la razón en la locura, sin haber matado toda sensibilidad en una excitación desordenada, si no fuera porque cada uno quiere decir: «¡En esto no tenga parte!». En ese caso la multitud es la responsable, es decir, nadie. El axioma «El todo es la suma de las partes» no se aplica a las multitudes.

Sea lo que será, se rodea a la pobre joven, la compadecen, recuerdan que ayer aun la trataban como favorita, compañera de todos los juegos; se recuerdan las palabras, las expresiones, los rasgos característicos de la que suplica y forcejea queriendo vivir. «¡Mírenla cómo llora! ¿Tendrán la fiereza de matarla? ¡Tan alegre que ella era, tanto que reía, tan bien que cantaba! ¿Sabes tú que era la mejor amiga de tu mozuelo. Pensó proporcionarte un nietecito». Más de un buen padre de familia que se quedaría desconsolado si la infeliz se evadiera, lagrimea y se apiada tanto o más que los otros; derrama lágrimas, lágrimas de exquisita dulzura. Hace que derramen lágrimas las buenas almas: hace llorar la *meriah*; ¡feliz presagio! nadie dice que ni una sola víctima atada al potro haya sido libertada. El instinto del drama es innato, los más brutales y groseros tienen a veces necesidad de compadecer, prueba irrecusable de que son sensibles y caritativos. Y después de todo la infeliz es ya una diosa, no hay que olvidar esto. Si se deshace en lágrimas, las nubes esparcían por las campiñas la lluvia bienhechora; si su seno estalla en suspiros o se agita en sollozos, comunica la vida a los sembrados, la fertilidad al suelo.

Cuando la emoción ha llegado al colmo, el oficiante hace una señal, la multitud se calma, un buen orden se coloca alrededor. El espíritu divino invade al sacerdote y lo inspira, le hace cantar el origen de la institución sagrada:

«Al principio la Tierra, mansa informe de barro, no hubiera podido soportar la habitación del hombre, ni siquiera su propio peso; en ese limo diluido y siempre movable, ni árbol ni hierba hubiera podido echar raíces”.

³⁷ Algunos indianistas explican la palabra *meruahs* por la de *mediación*, y recuerdan que el nombre de los *miris* de Bengala, mensajeros o comisionarios, significa entrometido.

³⁸ Tim., II, 5. Hebreos, IX, 15.

“Entonces Dios dijo: «Derramen sangre humana ante mi cara», y se sacrificó a un niño ante Él... Cayendo sobre el suelo, las gotas sangrientas fijaron el terreno y lo consolidaron”».

Esta creencia es bastante general. En la India, se sabe de varios rajahs que esparcían sangre humana en los cimientos de los edificios públicos, pero el ilustre shah Djihan se contentó con degollar animales sobre la primera piedra de Delhi.³⁹ La Birmania se movía bajo los pies, hasta que Rani Ata la hubo consolidado por un sacrificio. Idea conexas: Erin, la Isla Santa, emergía cada séptimo año, luego se sumergía debajo del agua, pero por fin un ángel la fijó arrojando sobre ella un pedazo de hierro. Las dos rocas de Tyro, los futuros asientos flotaban a la ventura, hasta que se las hubo rociado con sangre:

«Por las liberaciones de la sangre sagrada, las colinas errantes echaron raíces entre las ondas del mar, y, sobre las rocas ya fijas, los hijos de la tierra levantaron a Tyro, la ciudad de amplias ubres».⁴⁰

También los negros habían hecho el mismo descubrimiento. El gran Djagga, en la plaza que debió ocupar su palacio, hizo decapitar un hombre; al través de la sangre que manaba, se dirigió a los cuatro puntos cardinales, luego descargó el primer picazo.⁴¹

Sin duda esta creencia debió fundamentarse sobre la observación más o menos precisa que, en zoología, la formación del esqueleto resistente coincide generalmente con la aparición de sangre roja, de la que debieron observar las propiedades aglutinantes. Y se dedujo que la sangre derramada daba consistencia a los barrizales y también a las carnes. ¡La sangre costaba tan poco en otro tiempo! Pero volvamos a nuestro texto:⁴²

«Y por las virtudes de la sangre esparcida empezaron las semillas a germinar, las plantas a crecer y los animales a reproducirse».

«Y Dios ordenó que para mantener la Tierra firme y sólida fuera regada con sangre al empezar cada nueva temporada, lo que han hecho todas las generaciones que nos han precedido en la vida”.

“Sentada sobre una piedra. Tarí comía un día manzanas. Y he ahí que una vez, pelando una, la diosa se corta un dedo, y la sangre cayó sobre el suelo, humedeció la tierra árida. E inmediatamente de cada gota surgieron matas de arroz y la campiña empezó a florecer”.⁴³

“Tarí vio que el arroz era abundante y bueno; entonces comprendió cuántas eran las virtudes de la sangre. ¡Si algunas gotas solamente habían producido esa abundancia, qué fertilidad no se desprendería de sus venas ampliamente abiertas! Tarí pensó entonces ofrecerse en sacrificio. Y se presentó, inclinó la frente bajo el cuchillo diciendo: «Heme aquí, yo soy la meriah y vengo para ser inmolada»”.⁴⁴

³⁹ Rajendrata Mitra, *Indo Ariaus*.

⁴⁰ Nounos, *Dionysiaques*.

⁴¹ Bastian, *San Salvador*.

⁴² Varios textos de redacción ligeramente diferente han sido reproducidos a continuación en forma un poco condensada.

⁴³ De una herida hecho a Odin por un sanglies salieron flores. También salieron rosas de la sangre de Venus, cuando se arañó en las zarzas, corriendo hacia Adonis que moría. En el mismo sitio la Madre de Gracia, Nuestra Señora, andando sobre las rocas, se hizo una herida en el talón, y dejó tras ella una rastra de esas flores que después se han llamado las rosas de Jericó. Sepp. *Heidenthum und Christenthum*.

⁴⁴ Cfr. Hebr., X, 7, etc.

“Los dioses y los hombres respondieron: «Tú haces bien, ¡oh Tarí Pennou! Pero si te inmoláramos de una vez para siempre, la virtud de tu sacrificio iría disminuyendo de día en día. Vale más sacrificarte todos los años y cada vez que tengamos necesidad»”.

“Por eso, ¡oh Pennou! tú entrarás en el cuerpo de las meriahs en la época de las sementeras, cuando los malos espíritus desolarán la Tierra, soplarán los vientos envenenados de la sequía, los miasmas de la aridez y de la pestilencia. Serás entonces sacrificada por el bien de todos”.

“Y la cosa fue convenida entre Tarí, los dioses y los hombres. Después ¡oh, khouds! siempre ha sido así”.

“¿Por qué, pues, pueblo te lamentas? Y tú, meriah, ¿por qué gritas, por qué sollozas? Ni es tuya la culpa, ni es nuestra, ni es de los padres que te han vendido. Tú has sido comprada y has sido pagada. Nuestro sudor y nuestro trabajo han adquirido tu persona, no hemos, pues, pecado contra la ley. Es necesario un sacrificio: ¿Tú, él, ella, qué importa? ¿Te ha tocado a ti la suerte, el destino se ha pronunciado contra ti? Cuando cansada y estéril la Tierra debe soportar, no obstante, nuevas mieses, ¿cómo darle fuerza sino con sangre? Da la tuya, como Pennon dio la suya sin vacilar”».

Abramos un paréntesis. Bien sea que los aborígenes hayan tomado a los indos esta parte de su culto, o bien sea que las dos religiones tengan igual naturaleza y un mismo origen, se observa que la teoría khouda del sacrificio es idéntica a la que desarrolla el Bhagavat-Gita:

«Al mismo tiempo que al hombre, el creador creó el sacrificio, diciendo: Por virtud del sacrificio ustedes se propagarán. ¡Hombres! el sacrificio será su vaca de la abundancia. Por él harán vivir los dioses, y los dioses a su vez se harán vivir ustedes. Haciéndose vivir así los unos a los otros, gozarán de feliz existencia. Pero quien coma sin dar parte a los Inmortales de los alimentos que ellos han hecho surgir, no puede ser sino un ladrón. Los que son honestos y probos, piensan primero en los dioses y luego en ellos mismos. No ocupándose sino de su vientre, lo que se come es pecado. No hay más vida que la que proviene de los alimentos, los cuales se derivan de la lluvia causada por el sacrificio».

Brahma es «el imperecedero sacrificio»; Indra, Soma, Hari y los otros dioses, se encarnaron en animales, con el único fin de hacerse inmolar. Pourousha, el Ser universal, fue degollada por los Inmortales. De su sustancia nacieron los pájaros del aire, los animales salvajes y domésticos y las ofrendas de manteca y de crema. El mundo, declaraban los rishis, en una serie de sacrificios enlazados con otros sacrificios. Suspenderlos sería paralizar la vida de la naturaleza. Siva, al que los tipperahs del Bengala decían haberle sacrificado hasta mil víctimas humanas por año, decía a los brahmanes: «Yo soy la verdadera hostia, es a mí a quien degüellan sobre los altares».

Y la religión india concuerda con todas las religiones que tienen conciencia de sí mismas. De Quetzalcoalt, si el espacio nos lo permitiera, podríamos comentar las múltiples y sorprendentes analogías del simbolismo de los sacrificios mejicanos y las de los meriahs. Quetzalcoalt se pinchó en los codos y en los dedos para derramar sangre que ofreció sobre su propio altar. Durante nueve días con nueve noches, el dios escandinavo Odin estuvo, en honor de Odin, colgado en un árbol agitado por los vientos:

«Yo sé haber estado, durante nueve largas noches, colgado al árbol agitado por los vientos. Una lanza me había traspasado; estaba consagrado a Odin, yo mismo a mí mismo».⁴⁵

⁴⁵ Edda, *Odin's Runenlied*.

Aun hoy, el profeta Elías, invisible sobre el monte Morijah, continúa haciendo humear holocaustos en buen olor del Eterno. Si no fuera por el sacrificio perpetuo, el mundo no podría subsistir, afirmaban los rabinos Filón de Biblos reproduce el mito de Belo el Antiguo inmolando su joven hijo Belo; sacrificando a Belo se hacía el precursor del Eterno Jehová. Pero sigamos en el curso de nuestra liturgia:

«“Todos los que viven sufren, ¿y tú quieres ser exceptuado del dolos común? Sabe que es necesario sangre para hacer vivir al mundo y a los dioses, y sangre para mantener la creación entera y para perpetuar la especie. Sin la sangre derramada, ni pueblos, ni naciones, ni reinos, conservarían su existencia. Tu sangre vertida ¡oh, meniah! saciará la sed de la Tierra, la animará con savia nueva”.

“En ti Pennou renace para sufrir, pero, diosa a tu vez, tú renacerás para su gloria. Entonces, meniah, acuérdate del pueblo khoud, de la aldea donde te hemos criado, donde te hemos prodigado solícitos cuidados”.

“¡Oh, Tarí Meriah! ¡líbranos del tigre, líbranos de la serpiente! ¡Oh, Pennou Meriah!; ¡danos lo que nuestra alma anhela!”».

Y entonces cada cual declara lo que más apasiona su corazón. No han terminado aún las invocaciones, cuando el djanni coge un hacha y se aproxima a la víctima. No debe morir atada, puesto que muere voluntaria y de buen grado, dicen. Entonces se le desata del potro, la adormecen haciéndola beber una pócima con opio, luego, con el mocho del hacha, le rompen codos y rodillas.

Aunque siempre el mismo en el fondo, el ritual varía en los detalles de la ejecución. La mayor parte de las comarcas tenían su método particular. La divinidad festejada llevaba varios nombres. Unos invocaban a la Tierra, otros al Sol, y en este último caso se inmolaban lo menos tres hombres colocados en línea de Esta a Oeste. Se lapidaba, se machacaba a golpes con estaca o pesados barrones de hierro que se compraban expresamente; se estrangulaba y se prensaba entre dos pesadas maderas. Se ahogaba en la ciénaga o en un depósito lleno con sangre de cerdos. Había para todos los gustos. Aquí se administraba un narcótico en gran dosis para abreviar los sufrimientos; allá, por el contrario, se aumentaban según el deseo, pretendiendo que el sacrificio sería tanto más eficaz cuanto más doloroso. A veces la víctima era quemada a fuego lento, suplicio elegido como el más cruel entre todos; a veces también se le mataba de un solo golpe al corazón y, en la herida abierta, el sacerdote introducía una astilla para que se impregnara de sangre. En otras partes la meniah era atada al poste por los cabellos; cuatro hombres separaban sus piernas, extendían sus brazos en cruz y el sacerdote la degollaba. O bien la cogían por los cuatro miembros, la tendían horizontalmente, la cara vuelta hacia el suelo; el sacerdote pronunciaba una oración corta, le cortaba la nuca y la sangre caía en un agujero lactando a la diosa cetónica. Otros empleaban un procedimiento más complicado: para hacer caer la víctima cabeza abajo, en el hoyo, se le colgaba por los talones y el cuello. Para no ser estrangulada se cogía instintivamente con las manos a los lados del armazón en que estaba suspendida, y el sacerdote, con el bisturí, le hacía incisiones en los tobillos, en los muslos y en la espalda; al séptimo golpe la decapitaba. Ya hecha la cosa, clavaba al potro el hierro encendido, hasta la próxima ejecución. Después del tercer sacrificio, el hierro había ganado en méritos. Iban a desprenderlo, y con gran pompa lo colocaban con sus inválidos en un templo. Otro método aun: El djanni metía forzosamente la cabeza del paciente en un banco hendido y un asistente cerraba las puntas extremas con una cuerda. La multitud esperaba el momento; e inmediatamente, con roncós gritos y rugidos de fiera, se arrojaba sobre la víctima; cada cual rasgaba con las uñas o con la navaja; todos arrancaban una piltrafa de carne palpitante; todos pellizcaban y despedazaban.

El empleo de instrumentos cortantes, observamos nosotros, es un endulzamiento de las costumbres, pues algunas hostias eran desechadas a dentelladas: prueba el cabrito que se laceraba vivo en los misterios de Baco Zagreus. Antiguamente, era un hombre despedazado lo que se ponía sobre el altar de Dionisos Omotes, Dionisos el Come Crudo.⁴⁶

Tarí, digna hermana de Moloch y otros «dioses de sangre», no es la única de su especie entre las divinidades khouds. A varios otros genios aéreos, subterráneos y terrestres les ofrendan sangre, mucha sangre. Si no se les ahíta, el suelo será infértil, árido; ni la lluvia ni el sol vendrán a su tiempo.

Los celtas, nuestros antepasados, tenían también sus meniah; compraban esclavos que trataban muy bien, y el año necesario los conducían al sacrificio con gran aparato. Cada doce años, la tribu de los albanes engordaba una cortesana para matarla luego a lanzadas ante el altar de Artemisa.⁴⁷ Al volver la temporada, las hieródulas que habían alimentado con manjares exquisitos eran sacrificadas a la diosa Siria. «Los espíritus de la Tierra están sedientos de sangre», decía Atenágoras. En las Targelias, los atenienses adornaban espléndidamente un hombre y una mujer, mantenidos a expensas del Estado, los conducían en procesión y los quemaban en los linderos de la campiña. En las fiestas de Patrac, en Acaia, se arrojaban animales vivos en las llamas de una hoguera; entre los tisianos, se arrojaban también ovejas y cabras; el culto de Deméter y el de Moloch se contenían el uno al otro.

Pasemos sobre los horrores de Cartago, repetidos en Upsala por los escandinavos, en Rugen y Romova por los antiguos eslavos. Hasta estos últimos tiempos, los ispahaneses celebraban la «Fiesta del Camello» o «Sacrificio de Abrahám», casi igual. El gran padre de la Meca enviaba uno de sus hijos adoptivos cabalgando sobre un camello bendito. Ese animal era paseado por la ciudad en medio de infernal zambra; en un momento dado, el rey le lanzaba una flecha sobre sus costados. En un instante la pobre bestia era asesinada, descuartizada, hecha pedazos pequeños y llevada lejos, distribuida entre todo el mundo; cada cual se llevaba aunque no fuera más que un pequeño fragmento para ponerlo en un puchero de arroz. Los ghiliaks y los ainos, adoptaban también un cachorro de oso, lo acariciaban y adormecían, lo trataban como niño mimado, hasta el día que se disputaban entre ellos sus pedazos. Los negros actuales no creen adquirir a alto precio los pobres éxitos de su rudimentaria agricultura empalando y cortando el cuello a un par de muchachas de soberbia belleza. Están persuadidos de que se necesita sangre para atraer la lluvia. El mismo dogma es profesado por los pieles rojas. Por lo mismo, los paunies mataban un cautivo de Sioux infligiéndole horribles tormentos, y con su sangre asperjaban las hortalizas. En Méjico y en Nicaragua, la víctima, antes de ser degollada representaba la divinidad, haciéndose inmolar por el bien del pueblo. No se nos dice que su carne fuera enterrada en tierra, pero el corazón, fuente de sangre, era la obvención de los jefes y los sacerdotes. Los precedentes ejemplos, tomados de cien autores, podrán ser suficientes.

De la meriah destrozada, los sacerdotes no dejan más que las entrañas y la cabeza, y aun a éste se le suelen arrancar los cabellos. Las aves de rapiña y los chacales no tienen gran festín, pues al siguiente día, entrañas, cráneo y esqueleto son quemados al mismo tiempo que un carnero. Cuidadosamente recogidas, y no sin solemnidad, las cenizas son aventadas para que el aire las esparza por los campos; en algunas partes las mezclan con los granos destinados a la siembra que se quiere sustraer a la invasión de los insectos. Esas cenizas poseen todas las propiedades de las carnes vivas,⁴⁸ todas las virtudes de la sangre que da al arroz, al trigo, al mijo, la facultad de conservar la vida, de alimentarla. Sin su acción, el índigo no podría alcanzar su hermoso color azul, el alcanfor no se depositaría sobre la semilla del alcanforero. Si no se

⁴⁶ Plutarco, Vita Themist... XIII; Pelopon, XXI. -Clemens, *Cohortationes ad gentes*-.

⁴⁷ Estrabón.

⁴⁸ Cf. Hebreos, IX, 13. -Números, XIX, 9.

hubieran rociado los umbrales, la casa y los graneros serían invadidos por los espíritus de la calentura, las pestilencias y el hambre.⁴⁹

Los despojos de las víctimas, los sacrificadores se los disputan para enterrarlos lo antes posible en sus jardines, o para suspenderlos encima del arroyo que riega sus campos lo antes posible, pues desde el momento que el sol se pone la hostia ha perdido su eficacia. Los pueblos que asisten al sacrificio organizan relevos, hacen maravillas de celeridad. Que un agricultor entierre en su campo la mitad del cadáver o el más pequeño fragmento, el efecto es el mismo. Sobre ese dogma fundamental, la teología djanni coincide con la cristiana. La carne divina obra cualitativamente y no cuantitativamente; la acción es por naturaleza y no por volumen; no es un abono para tratar de carretadas, sino un punto luminoso que irradia hacia todas partes. Catonismo o catolicismo, el misterio se formula en términos idénticos: el Ser supremo se encarna para comunicar su sustancia al fiel que la come. Tarí transmite al suelo su fecundidad por la intervención de meriah. La acción de la carne divinizada se detiene ante los límites de la propiedad bendita sin sobrepasar sus linderos. A los devotos de Cristo, les está vedada la facultad de comunicar por procuración. Y lo mismo para fecundizar sus barbechos que por un filete de carne sacrificada, el propietario khoud no puede tampoco hacerse representar por amigos o vecinos. El primero en herir la Tarí hecha carne, el primero en abrir la vena fecundante, en cortar en los músculos que contienen la vida, se apropia el bocado más exquisito del pedazo supremo. No hay uno que no desee ser servido antes que los otros, pero todos no se exponen al peligroso privilegio. Conviene saber que el primero en esgrimir el cuchillo queda como magnetizado por el contacto divino. Si se le sacrificara inmediatamente, su cuerpo comunicaría también la fertilidad a los campos. En consecuencia, cada pueblo elige a un campeón listo y fuerte, envuelto en tela con varias vueltas, puesto así a prueba del hierro. Mientras que él se esfuerza para herir el primero en la meriah, sus amigos vigilan para que él mismo no reciba un mal golpe.

Una sangre dotada de tan preciosas cualidades, parece que los khouds debieran preferir ingurgitarla ellos mismos o derramarla sobre sus campos. Los konús del Arracán criban a flechazos un toro atado a un poste; hombres, mujeres y niños chupan la sangre que derrama las heridas. Pero en la especie el sentimiento ha triunfado sobre la lógica, y los khouds se contentan gustosos con la sangre de ovejas y búfalos degollados en nombre de Tarí, para curar diversas enfermedades, tales como la demencia y posesión. Cuando ellos llaman a las ordalías o juicios de Dios, ponen arroz en remojo en esa sangre, y el perjuro que lo probara caería en el instante mismo muerto por la diosa.

Durante largo tiempo los civilizados de las inmediaciones no conocieron los ritos sangrientos sino por vagos rumores. En 1836, Russell, testigo presencial de esas atrocidades, informó oficialmente al Directorio de la Compañía de las Indias. ¿Pero cómo abolir la monstruosa costumbre?

Al principio, los habitantes de la llanura inmolaban, también ellos, meriah a las divinidades agrícolas; pero la civilización remontaba el curso de los ríos, rechazó lentamente la práctica cruel. Los khouds del mediodía habían abandonado desde mediados del siglo XVIII; sólo los altos países quedaron fieles a la antigua ortodoxia. Los dos bandos enarbolaban cada cual el estandarte de un cónyuge de pareja divina. Los abolicionistas estaban por Boure, el Sol, Creador supremo, que ellos decían ser un modelo de delicadeza con su esposa y hasta con todo género femenino, que introdujo en el mundo el mal y el pecado. Los conservadores, al contrario, tomaron el partido de la Tierra, Madre universal. Unos decían que la efusión de sangre meriah, necesaria para la consolidación del cuerpo político, motivaba la agresión de tribus, hasta la existencia de naciones extranjeras y de toda la sociedad humana. La discusión subió de tono, la rivalidad se acentuó y los congéneres meridionales llegaron a tomar como

⁴⁹ Cf. Éxodo, XII, 13.

abominación la costumbre de sus antecesores. Quien había asistido a una de esas matanzas, pasaba por estar contaminado por los efluvios de la sangre; hubiera puesto su vida en peligro si se hubiera hecho visible antes de los siete días preceptuados. Los solanianos, fanáticos de Boura, no hubieran dado un golpe de azadón durante los cinco o seis días que precedían al plenilunio de Diciembre, época en la cual los demetrianos enterraban la carne meriah. Hasta ponían centinelas en las fronteras para impedir que un enemigo no alterara su suelo dejando en él un fragmento de esa sustancia nociva. El dios Sol no hubiera perdonado esa profanación al suelo que él había hecho suyo, y se hubiera vengado con terribles plagas. Estaban expuestos a una eventualidad peligrosa: los demonios y divinidades inferiores sentían predilección por ese alimento, hasta no querían otro:

«Nosotros tenemos en Cattingya una laguna muy abundante en caza por las eflorescencias salinas de los que los animales se muestran orgullosos. Pero una tribu rival, para perjudicarnos, arrojó en la laguna una carroña... Desde entonces no han cobrado piezas más que los cazadores de Gourdapour, mientras que nosotros, los de Cattingya, volvemos siempre con las manos vacías. ¿Por qué? Porque los demonios favorecen a los que le regalaron la carne humana».

¿Se debía decir también allí «dejen hacer, dejen pasar»? ¿Era cuestión de esperar a que la civilización creciente que había suprimido los sacrificios en el mediodía, los suprimiera también en el Norte? Hubiera sido necesario esperar pacientemente durante siglos, por lo menos durante dos o tres generaciones. El gobierno inglés, que intervino directamente en tantas cosas menos importantes, comprendió que debía obrar como soberano. Prohibir los sacrificios humanos por medio de una orden motivada, era muy fácil en teoría. Pero no tardaron en reconocer que para conseguir la supresión de sacrificios, la Compañía debía destruir la organización civil y política, destruir quizá una parte de la nación khouda; en todo caso, necesitaría hacer algunas ejecuciones sumarias y degollaciones de las que era difícil prever el fin. El remedio hubiera sido peor que el mal. El Consejo de Indias tanteó durante algún tiempo. El primer acto sistemático, inspirado por Macpherson, fue reconocer oficialmente la existencia de esas tribus esparcidas, hacerlas comprender que la administración de Calcuta se instituía como su centro y la confederaba bajo su presidencia, y declaraba que en el porvenir ella intervendría en sus cuestiones importantes, querellas y diferencias. Por esta vez la autoridad superior se mostró benévola, prudente y resuelta; comprendió que no bastaba con un reglamento clavado en la punta de las bayonetas para suprimir una religión. Mandó tropas, a cuyo frente iban oficiales inteligentes y hombres de bien -pues se encuentran cuando se los busca de verdad-. En esa selección hay que mencionar en primer término a Macpherson, Campbell, Taylor, Russell Richetts, Mac-Viccar y Frye, quienes en los años 1848-1852 operaron en los distritos de peor fama.

Llevando con tacto su misión verdaderamente civilizadora, la expedición evitó fracasos y brutalidades. Buscando las víctimas señaladas para próximos sacrificios, libertaron algunos cientos de ellas. Bastante numerosos para aplastar todas las resistencias que se hubieran opuesto, la tropa procuraba evitar las colisiones; lo cual no impidió que algunas veces tuvieran que enseñar los dientes y abrirse camino a viva fuerza. Lo más frecuente era que el oficial hiciera comparecer a los caciques, les explicaba lo que exigía y por qué lo exigía; no los dejaba hasta que le juraban:

«Que la tierra me niegue sus frutos, que me ahogue el arroz, que el agua se me trague, que el tigre me devore, que devore a mis hijos si violo el compromiso que adquiero por mí y por mi pueblo de renunciar al sacrificio de seres humanos».

Desde el momento que había jurado, podían darse por satisfechos los representantes de la civilización, pues los khouds no tienen más que una palabra. Como medida de precaución, se inscribía la edad, nombre y número de todos los niños, y sobre todo de la progenitura poussiah,

siervos y esclavos, que hubieran podido sustituir a las meriah en título. Se les anunciaba que el siguiente año volverían a hacerles una visita y tomar escrupulosos informes. Para tener las conciencias tranquilas, Campbell aceptó con gusto que el gobierno y todos sus funcionarios fueran, ante el cielo y la tierra, declarados responsables de la cesación de los sacrificios; él se prestó a un sacramento solemne por el cual caía sobre su cabeza la ira de todos los dioses y diosas. Y luego, para presentarse como más poderoso que el Olimpo khoud, puso un día la mano sobre sus ídolos, reputados como temibles entre los temibles, los destruyó como malhechores aplastándolos bajo el peso de los elefantes que llevaban los bagajes. El último acto, no el más fácil, fue convencer a las víctimas. Por cada una que, pálida y temblorosa, se refugiaba en su campamento, arrastrando la cadena o llevando la marca de hierro en los puños o en los tobillos, precaución significativa del suplicio que se preparaba, más de dos huían de los libertadores y se refugiaban detrás de los salvajes ejecutores. Les habían hecho creer que los extranjeros las someterían a un suplicio más horroroso que la inmolación a Tarí; que serían martirizadas para que su sangre arrastrara toda el agua a los estanques secos de la llanura; que serían devoradas por tigres sagrados protectores de la reina de las Indias. Las infelices meriahs se quedaban sin saber lo que les pasaba cuando se les dejaba en libertad para quedarse o marcharse donde quisieran. Algunas fueron colocadas en casa de jóvenes jefes y ambiciosos personajes bajo el compromiso tácito de que el gobierno favorecería a sus maridos. Las que se colocaron en los colegios de misioneros fueron casadas con convertidos; pero se observó que no se convirtieron sino a medias; los profesores les reprochaban el capricho de la insubordinación, la pereza y la golosina. Se vieron algunas que huyeron, volvieron a su aldea y declararon que vivir con los extranjeros les era imposible, y que preferían ser degolladas por los suyos. Las ambiciosas lamentaban que se les hubiera privado de la magnífica ocasión de convertirse en diosas. Muchas meriahs eran ya mujeres y madres. La idea de abandonar sus familias las desesperaba; pero se les hizo saber que la unión con sus amantes sería considerada como matrimonio legal. En cuanto se publicó el edicto de gobierno, se vieron presentarse a muchas que se habían ocultado. La perspectiva de ser inmolada tarde o temprano las asustaba menos que la idea de tener que abandonar inmediatamente sus familias y afectos. ¡Pobres criaturas que se resignaban a una muerte cruel para gozar de un poco de amor y de maternidad! Habían aceptado el sacrificio, también ellas, convencidas de que su sangre producía efectos saludables a la comunidad.

En cuanto a los sacerdotes, humillados, pero no convencidos, hubieran querido oponer una feroz resistencia; ¿pero cómo oponerse a la poderosa argumentación de los cañones y los fusiles? Eso se veía bien claro: Loha Sol, Boura, Señor de los ejércitos, no tenían bastante talla para luchar contra un coronel inglés. No hubo más remedio que ceder.

Ceder... más bien transigir. Pues la religión, ni entre los salvajes, se declara jamás vencida. La Iglesia se presenta en disposiciones las más pacíficas, en temperamentos los más conciliadores, cuando comparece ante gentes dispuestas a pasarse sin ella; es entonces admirable en los compromisos, ingeniosa para encontrar acomodamientos con el cielo. Con relación a los violentos, tiene tesoros de indulgencia, los deja «perder el cielo», pero con relación a los que ella sospecha débiles, su arrogancia no conoce límites; con los vencidos jamás conoció la piedad.

Cuando se vieron amenazados por los artilleros y los fusileros, los teólogos khouds hicieron el descubrimiento oportuno de que Tarí había recomendado, no mandado, que podían suprimirse las víctimas humanas; que monos, perros y cerdos salvajes le serían igual. Se enteraron a tiempo de que la carne meriah es superior a la otra, relativamente, no absolutamente; que la cabeza de un hombre vale más que diez bovinas, pero no más que cien. Era, pues, posible un arreglo.

Por muchos siglos la inmolación de una persona constituyó el acto supremo de las religiones, el medio de comprar el favor de los poderes celestes o infernales, según puede comprenderse.

Pero la fe se debilitó a medida que aumentaron los conocimientos. Entonces surgió la piedad. El agricultor descubrió que para tener la lluvia en tiempo oportuno, importaba lo mismo un niño que un cordero sacrificados ante el altar del dios de las Nubes; y desde entonces prefirió sacrificar el pequeño de una oveja al suyo propio. Pero sin embargo, estaba aún lejos de sospechar que con sangre o sin ella, no llovía ni más ni menos. Los representantes de la divinidad debieron tomar su partido ante el descubrimiento intempestivo y aceptar las modificaciones que imponía. No pudiendo hacer otra cosa, se resignaron ¡ay!... Desde que un sacerdote aceptó un ternero, desde que cedió al carnero el puesto del hombre, la ficción substituyó a la realidad, la ortodoxia siguió la corriente. Substituciones cada día más atrevidas señalaron la caída, indicaron la degeneración del dogma. Al dejarse arrastrar, los dioses se vieron defraudados y menospreciados; se les arañó hasta no dejar de ellos más que una miseria. A los dioses indos, en los tiempos en que eran parientes de Tarí y de Loha, se les sacrificaban también meriahs, muchas meriahs, pero con el tiempo se substituyó el ser humano por el caballo, el caballo por el toro, el toro por el carnero, éste por el cabrito, el cabrito por el pollo y los pollos por flores, por muchas flores. «Demasiadas flores», gritaba Calchas. En otro tiempo, al Pouroucha Medha se le servía un espléndido banquete: ciento ochenta y cinco personas;⁵⁰ ni unos menos; hombres y mujeres, niños y niñas, todo era bueno a condición de ser jóvenes. Pero las reformas llegaron; se ataban, como antes, las víctimas al potro; luego, en medio de letanías en honor de Narayana inmolado, el sacrificador esgrimía un cuchillo, cortaba los lazos de los cautivos, y después servían a la divinidad un tente en pie de manteca y grasa fundida. ¡Pobre regalo a tanta majestad! Del mismo modo, los persas llegaron a presentar al dios del Fuego, no el toro estipulado, sino un pelo enseñado de lejos. Los eslavos substituyeron las degollaciones de hombres por la ofrenda de juguetes, de algunas esencias quemadas. Los chinos, siempre ingeniosos, incineraban monigotes de papel. Parecidamente, los romanos, comprometidos a servir todos los años treinta hombres a Tiebra, le servían treinta maniqués de mimbre. Habían prometido ciervos que reemplazaron por ovejas, pero especificando netamente que se les llamarían *ciervos*. En otras partes, en vez de descargar lanzadas sobre cabezas humanas, se descargaban sobre nueces de coco, sobre ajos o adormideras. En las fiestas de nuestras, los chiquillos y jóvenes rústicos -última irrisión-, se regalan con pastelería figurada de la que ignoran perfectamente el origen. Inocente recuerdo de un ritual terrible.

Los djannis no podían decir que su Tarí no tuviera ya la costumbre de las transiciones. Ya había permitido, en la Fiesta de la Sementera, sustituir un toro por un hombre. Los demetriacos de Kalahandí hacían elección de un novillo que se convertía en propiedad comunal. Al destetarse quedaba libre como el caballo destinado por los brahmanes al servicio de la *Açvamedha*, encontraba siempre abierta la puerta de su establo, vagaba por los campos, recorría los jardines, se paseaba por los trigos, hociaba las legumbres, devastaba las plantaciones. Los campesinos no se acercaban a él más que para hacerle cosquillas, acariciarlo y darle golosinas; todo era para contentarlo. Ya llegado a toro, era conducido al santuario de la diosa.

En bancos bajos junto al altar, están depositadas las muestras de sementera que se trataba de hacer fecundas. Mientras que el animal las lamía pasando la lengua por aquí y allá, un golpe certero lo derribaba; lo degollaban y en su boca ponían una de las piernas delanteras; modo de demostrar que la piadosa bestia se había prestado voluntaria al sacrificio. El cuerpo era bien pronto despedazado por los campesinos, que, con un trozo en la mano, corrían para ir a enterrarlo en su huerto. La sangre y las entrañas se ponían aparte, sobre cuyos residuos se rompían dos botijas y se derramaban vituallas a granel.

Al día siguiente los labradores se presentaban ante las semillas amontonadas, en las que cada cual clavaba la reja de su arado para que adquiriera virtudes prolíficas. Entonces se anunciaba la llegada de un sacerdote llamado Pot-Radj por medio de chasquidos de látigo; Pot-Radj llevaba el mismo nombre que la fauna que decía representar. Llevaba consigo un cabrito, la

⁵⁰ Iadjour-Vida.

«víctima del arado», *hari meriah*, lo degollaba en un instante, mezclaba su carne con la del toro muerto la víspera y lo ponía dentro de un cesto. De en medio de los labradores, salía entonces un hombre que saltaba sobre el cesto, lo cogía y huía.

La multitud corría detrás a grandes zancadas y gritando desahogado alrededor del pueblo, mientras que el corredor arrojaba a derecha e izquierda pedazos que antes desgarraba con sus dientes; era que llamaba a la pandilla de diablos, a los cuales, por su parte, daban los ladrones abundantes reses y pollos. Con el sable desenvainado, los paiks vigilaban para que ningún extranjero cogiera una sola piltrafa, pues ello hubiera bastado para escamotear los méritos de tan costoso sacrificio. No es eso todo. Al regresar de la expedición, la multitud se apoderaba del primer toro que encontraba, lo sacrificaba y todos os que tenían derecho tomaban su parte.

Durante los dos primeros días, las ofrendas habían sido presentadas en nombre de la comunidad, pero al tercero y cuarto, los particulares quedaban en libertad de ofrecer por su parte toda clase de presentes hechos con su propio y privado nombre, solicitando los favores de Tarí o cualquiera otra divinidad campestre. No escatimaban el sacrificio. Se vio con frecuencia que una aldea cualquiera degollaba cuatro o cinco docenas de bueyes, ovejas a centenares, apilando las cabezas en dos montones. Y entonces las mujeres que habían hecho votos, se despojaban de su escaso vestido, y rodeadas de amigas corrían por las calles y los caminos, saltando y bailando, agitando ramas y esgrimiendo grandes hojas. Unas querían que se las fecundara al mismo tiempo que la tierra, otras dar gracias a la divinidad por haber sido madres.

Observemos de paso, y sin ahondar más en la materia, que los ritos agrícolas marcan cierta predilección por la desnudez de los celebrantes. En las inmediaciones de Madras, una fiesta anual reúne millares de peregrinos que degüellan rebaños enteros, y cuando el aire se ha rarificado por los vapores de sangre, se desnudan, corren en procesión agitando ramas verdes y luego van a bañarse. Del mismo modo los Dodolse esclavos son paseados por los campos, vestidos solamente con hojas y flores. Una leyenda de Tchamna, cerca de Asuretsir, cuenta que el agua se negaba obstinadamente a correr por un canal que acababan de abrir. Los discretos decidieron que para poner en movimiento la arteria de riego, era indispensable que la bella y virtuosa princesa de la casa reinante consintiera que le cortaran la cabeza. La generosa joven aceptó con gusto. Pero ese no era sino su más pequeño mérito. Antes tuvo que correr desnuda por el cauce del canal y ante la muchedumbre reunida. Veinticinco siglos más tarde, el señor Coventry no pidió tanto a la ilustre lady Godeva. Pero volvamos a nuestros khouds.

Al quinto y último día, gran procesión. Los fieles, con música al frente, se dirigen al templo de Pot-Radj para asistir a un acto de alta liturgia, un verdadero misterio.

Bajo el altar está oculto un cordero que el sacerdote parece disimular. No tarde en descubrirlo y hace restallas su látigo -sin duda en imitación del trueno-, le toca con la vara la cabeza y lo insensibiliza por algunos pases magnéticos. En cuanto sus miembros están rígidos, se pone los cuatro pies sobre una mano, salta y da vueltas alrededor del altar. Después de algunos minutos de esa maniobra, deja su víctima sobre una piedra. En ese instante los asistentes se arrojan sobre el sacerdote, lo derriban, le atan las manos a las espaldas y lo empujan hacia un corro que forman entre todos. Grita y vociferan, mientras que los músicos, tambor en mano, descargan golpes con toda su fuerza. Excitado, tanto o más que los otros, el djanni agita los ojos, eriza los pelos. Su dios le invade; Pot-Radj, encarnado ya en su persona, salta sobre el cordero estupefacto, lo coge con los dientes, lo sacude, lo ataca por el cuello y lo mata a mordiscos. Se detiene, descansa, pero es para meter luego la cabeza entre las entrañas, removerlo todo y sacarla chorreando sangre. Satisfechos ya, los asistentes cogen el cadáver y lo entierran al pie del altar. Se acuerdan entonces que ante Tarí están amontonadas las semillas, las carnes y huesos, las cabezas de numerosas víctimas. Y todos, cualquiera que sea la casta a que pertenezcan, se arrojan sobre el montón y se disputan los fragmentos, cada cual

para su campo. El energúmeno se ha ocultado en la ciénaga y no reaparece hasta pasados tres días. Esto no es más que la antepenúltima escena.

Para cerrar la fiesta, los campesinos llevan en triunfo, alrededor de sus cultivos, la imagen de la diosa y la cabeza del toro que fue inmolado primero. Orden y decencia, no vienen al caso. Cuanto más locos, más se alegra la tierra y más gana en vigor. Se cruza un juego de palabras picantes, de expresiones nada discretas, de gestos obscenos, burlas y ofensas. En las Lenéas de Dionisos, los viticultores eran los más escandalosos; aquí los pastores son los zambristas. Quieren decir su palabra sobre los asuntos del momento. Con verbo endiablado, ofenden a todo el mundo y a sus propios padres, toman como blanco de sus locuras a los notables, a las autoridades, y ni siquiera sale bien librada la diosa. De su parte, las asadis, bailarinas y prostitutas unidas al culto, asedian a los ciudadanos más graves y respetables, abrazan a brahmanes, saltan encaramadas sobre las espaldas de los señores presentes. Después de las emociones de la meniah inmolada, después del espectáculo de las degollaciones, después de los llantos y los gritos, después de tanta sangre derramada, hay que reír grandemente, entregarse a jovialidades. El alma soliviantada no vuelve a su equilibrio sino pasando por una agitación contraria. Así es como la loca multitud llega a la capilla sagrada del dios Término, donde entierran la cabeza del toro. Al día siguiente de las saturnales, nadie piensa en ello y cada cual se entrega a sus ocupaciones habituales.

Así, pues, las meniahs podían, ayer aun, ser vistas en el potro del sacrificio, restos vivos de una religión prehistórica. Las evoluciones por las que ha pasado la humanidad en el tiempo, se repiten en el espacio. En los repliegues y rincones del laberinto que forman las montañas y los valles del Khoudistán, con la multiplicidad de climas y de exposiciones, bajo la acción de vientos secos o húmedos, la flora intelectual de los períodos anteriores se encuentra esparcida, pero bastante completa. Los siglos se sobreviven, se compenetran los unos con los otros. La pequeña gota de rocío, la más pequeña, refleja todo un paisaje. Nuestro individuo, de corta duración sin embargo, puede asistir a la larga procesión de las edades, hacerse contemporáneo de los tiempos pasados y de los períodos futuros: no hay más que saber ver y mirar a su alrededor, no hay más que saber comprender.

Esos khouds, esos todas y badagas, esos apaches, esos esquimales, se les desdeña como pueblos, por no ser más que pueblos niños; se les desprecia, como no teniendo más que rudimentos de inteligencia y de moralidad. Pero precisamente por su inteligencia infantil y su moralidad rudimentaria debieran excitar interés. Los grandes hombres, los juiciosos y avanzados, no representan más que su personalidad; los individuos superiores no sabrían enseñarnos tanto como los humildes y los débiles que nos muestra la humanidad en sus comienzos. Los naturalistas estiman los infinitamente pequeños lo menos al igual de los infinitamente grandes; los infusorios, las mucosidades, los fermentos, las descomposiciones, atraen sus pensamientos tanto como los sistemas solares, tanto como las trayectorias de cometas y los torbellinos constelados. Tampoco para el moralista existen seres demasiado viles, pues el más miserable de los hombres es aún nuestro hermano, huesos de nuestros huesos y carne de nuestra carne. No hay grandeza, no existe bajeza de la que nosotros no seamos solidarios.

¿No se nos ha contado que Newton vio caer una manzana y se preguntó: ¿Por qué?? «Meditando», vio bambolearse la multitud confusa de las estrellas; dirigirse hacia la Vía Láctea, confundirse, componerse y recomponerse. Dos palabras llamearon sobre las oscuras profundidades del espacio inmenso. Gravitación universal.